

BIANCA

Elizabeth Power

AMOR SECRETO

Argumento

¿Podría aquella pasión revelar su precioso secreto?

La ejecutiva de publicidad Mel Sheraton tenía su vida controlada y le gustaba que así fuera. Hasta que un viaje a Italia la hizo enfrentarse a su pasado… personificado en el hombre con el que había mantenido una aventura de una noche, el guapísimo millonario Vann Capella.

Arrastrada por el calor de la pasión italiana, Mel se dio cuenta de que toda su vida se desmoronaba. Si pasaba más tiempo con Vann, corría el riesgo de que descubriera su secreto. Pero ella también había descubierto algo: no podía vivir sin él.

Capítulo 1

El había subido de dos en dos los escalones que unían la playa con la plataforma de madera del bar y se encontraba sentado solo en una de las mesas. Su llegada había producido un cierto interés entre las bañistas, lo cual era normal dada la apostura del hombre que acabada de amarrar su lancha en el embarcadero para tomar un refrigerio.

Bajo la cubierta de rafia del restaurante playero, con unas gafas oscuras que protegían sus ojos del fuerte sol italiano, Mel Sheraton se sintió inevitablemente atraída por él.

Probablemente, el hombre estaría en la treintena y tenía la piel olivácea de los italianos, una cabellera negra abundante y peinada hacia atrás que le llegaba casi hasta los hombros, desafiando provocativamente las normas del buen gusto. Pero su perfil era aristocrático y Mel supo por su mirada que disponía de una mente ágil y perspicaz.

-De acuerdo, es un hombre interesante, pero no hace falta que te lo comas con los ojos -dijo Karen Kingsley, interrumpiendo la concentración de Mel; mientras posaba la vista hacia los tres niños que jugaban a salpicarse en el agua.

-Vamos, Mel. No sé si te has dado cuenta, pero no te quita la vista de encima desde que llegó.

-No seas tonta -respondió ella, llevándose el vaso a la boca para beber un trago de agua mineral-. En todo caso, estará mirándote a ti.

Karen había sido modelo profesional hasta dos años antes, momento en que se había casado y había decidido dedicar todas sus energías al hogar y a dirigir una pequeña galería de arte contemporáneo en Roma. Seguía siendo una preciosidad de rasgos delicados y espesa melena, en claro contraste con la opinión que Mel tenía sobre sí misma. Ella creía que su pequeña figura de cabello cobrizo estaba simplemente en la media.

-Sabes que no es verdad. Y si se hubiera dado el caso de que él se hubiera interesado por mí, habría visto inmediatamente mi anillo de casada y me habría descartado. Y no me digas que eres inmune a los atractivos de un hombre como ese, porque no pienso creerte, sobre todo porque sé que has hecho un verdadero esfuerzo para hacer caso omiso de su presencia en cuanto se ha sentado.

-¡Dios santo! ¿Tan evidente ha sido?

-Sí -dijo Karen mirándola a los ojos con una sonrisa chispeante que provocó una carcajada en ambas.

Karen era una buena amiga, pensó Mel. Se habían conocido hacía años cuando ella había trabajado como modelo para la promoción de una de las ediciones del salón del automóvil en Alemania, en una

campaña publicitaria organizada por la empresa de Jonathan Harvey, dé la que Mel era directora de marketing y ventas.

Karen había llegado desde Roma a Positano dos días antes para disfrutar de unas cortas vacaciones con Mel y con Zoé, la hija de esta. Al día siguiente, Karen se llevaría a Zoé a Roma, ya que Mel debía quedarse para recibir al resto del equipo de su empresa y preparar una semana de agasajo y vacaciones para sus mejores clientes, en la que se mezclarían las reuniones de trabajo con las fiestas.

Con el rabillo del ojo, se había dado cuenta de que sus risas habían provocado una mirada intensa del hombre sobre el que conversaban.

-No soy inmune -confesó Mel con seriedad, evitando mirar en su dirección-. Pero tengo que pensar en Zoé.

La niña era la causa de que ella hubiera pedido viajar hasta Positano con unos días de antelación. Deseaba disfrutar de su hija. Y no había dudado en quitarle a Jonathan de la cabeza la idea de acompañarlas. Se relajó, paseando la mirada por el pintoresco puerto de mar, que olía a cremas solares y a pescado a la parrilla. Tenía que tener cuidado con los hombres. Nunca olvidaría la dura lección que había aprendido hacía ya muchos años sobre lo devastadora que podía llegar a ser la simple atracción sexual. Aquello le había costado tener que cambiar de vida.

Instintivamente, volvió a mirar a los bañistas. Zoé era tan buena nadadora como había sido su hermana Kelly, pero a pesar de que no deseaba convertirse en una madre aprensiva, pensó que había hecho mal en confiar en la vigilancia de aquellos dos adolescentes a los que acababan de conocer. Sin embargo, no quería recordar la muerte de Kelly y meneó la cabeza para ahuyentar semejante idea de su cabeza. Con la guardia baja, sus ojos volvieron a posarse sobre los musculosos y bronceados hombros de aquel hombre, cubiertos con una simple camiseta de algodón que también marcaba las masculinas líneas de su torso. Desde donde estaba podía apreciar que llevaba pantalones cortos y que sus piernas estaban cubiertas por un vello oscuro. Sintió una leve punzada de deseo en el estómago y durante unos segundos no pudo apartar la vista de los ojos del desconocido con una intensidad que no deseaba. Atrapada por una inusitada sensación de magnetismo sexual, perdió la noción de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Lo único que importaba era el torrente de sangre que su corazón bombeaba a toda velocidad y lo que parecía ser una ardiente mirada por parte de él, que la recorría de arriba abajo. Ella llevaba un sencillo vestido de algodón que se había puesto sin ropa interior, después de quitarse el bikini mojado. Y sus pezones se marcaban tan enhiestos que nadie podría dudar de que estaba físicamente excitada.

Mortificada, cambió de postura y miró a los nadadores. De repente, se dio cuenta de que Zoé estaba lejos de la orilla y parecía en apuros. Nadie le estaba prestando la menor atención. ¡No era posible!

-¡Dios mío!

-¿Qué pasa? -se alarmó Karen.

-¡Zoé! -gritó Mel, levantándose de la silla para salir corriendo, derramando a su paso uno de los vasos llenos de hielo. Pero el hombre había evaluado la situación rápidamente, se le había adelantado y ya bajaba las escaleras a toda velocidad.

Muerta de miedo, intentó alcanzarlo, sin conseguirlo. Estaba tan aterrorizada que no se dio cuenta de cómo la gente se arremolinaba para mirar la escena con preocupación. Su mirada estaba fija en el hombre que, habiéndose deshecho de los zapatos y la cartera descuidadamente, se lanzaba vestido al mar, como una flecha. Cuando emergió, se sacudió el agua de los ojos con la mano y nadó rápidamente hacia la niña con un estilo impecable.

Con una mezcla de horror y fascinación, Mel observó cómo la distancia entre ellos se acortaba mientras ella hacía caso omiso, ciega y sorda, del alboroto que se había creado a su alrededor. El adolescente que había estado a cargo de Zoé también nadada hacia ella, pero el hombre llegó antes y, con un suspiro de alivio, Mel comprobó que la atrapaba entre sus brazos y empezaba a nadar de vuelta hacia la playa con su hija colgada del cuello.

-No pasa nada, Zoé está bien -la consoló Karen, pasándole un brazo por los hombros.

La gente volvía a sus tumbonas con expresiones de alivio.

-No debería haberla dejado nadar sola, no me tenía que haber dejado convencer, a pesar de que los adolescentes se comprometieron a cuidarla.

-No puedes meterla en una burbuja de cristal -dijo Karen filosóficamente-. Por supuesto que debías permitírselo, es mejor nadadora que tú y, además, estaba acompañada.

-Se suponía que estaba acompañada -repuso Mel con acritud y enfado. No debía haber sido tan tonta como para confiar en unos chavales tan jóvenes, se dijo, llena de culpabilidad mientras corría hacia el hombre que acababa de depositar a la niña en la orilla de la playa. La pequeña tosía entrecortadamente.

-Zoé -musitó Mel, abrazando a su hija y haciendo caso omiso del hombre.

-Estoy bien, estoy bien -respondió la niña tosiendo con impaciencia. A pesar de que sólo tenía doce años, Zoé era una persona sensata que odiaba que se organizara jaleo por su causa-. Me dio un

calambre -dijo con una mueca de dolor al intentar levantarse.

Mel la hizo sentarse de nuevo y se puso a masajearle la pierna.

-No es importante -dijo la profunda voz del hombre, en un inglés perfecto con ligeros acentos italianos.

Era una voz que Mel no podría haber olvidado ni en un millón de años. Aunque hasta ese momento no le había prestado atención, de pronto se fijó en sus largos y poderosos muslos.

-Esa pierna le dolerá durante un día o dos -prosiguió él-, pero su hermana es una niña muy valiente. Sin embargo, no sería mala idea vigilarla durante los próximos días, los tirones suelen ser recurrentes.

Zoé empezaba a sentirse más entera y sonrió espléndidamente ante la equivocación del hombre, pero en aquel momento Mel no se sentía capaz de compartir la diversión de la niña.

Recriminándose aún su descuido, llena al mismo tiempo de gratitud y de pavor, se puso en pie.

-Gracias... -dijo titubeante para a continuación quedarse sin habla mientras reconocía las duras, pero esculturales, facciones del hombre.

-Me llamo Vann. Vann Capella -se presentó él suponiendo que eso era lo que ella esperaba.

Mel se mantuvo unos segundos en silencio, atónita por los insondables misterios del destino. Vann Capella. No hubiera sido necesario que se presentara. Durante catorce años ese hombre había poblado sus sueños y también su vigilia. Jamás se le habría ocurrido que sus caminos pudieran volver a cruzarse. Pero allí estaba él, como el ave fénix resucitando de sus cenizas y saliendo del túnel del tiempo para hostigar sus amargos recuerdos.

-Sí..., bueno, gracias -articuló al fin, sin saber muy bien lo que estaba diciendo. Fuera lo que fuera, seguro que no era lo más indicado para la ocasión, reflexionó con la mente ausente, mientras pensaba en que podía haberle dicho algo como: «Encantada de volverte a ver» o «no estaba segura de que fueras tú». Pero en realidad tampoco se habían conocido tanto, en absoluto-. No sé qué decir -añadió, apretándose las sienes con los dedos.

-Creo que ya lo has dicho todo -repuso él con una brillante y gentil sonrisa.

Vann dirigió una mirada al semidesnudo hombro de ella y Mel se dio cuenta de que su ligero vestido de playa debía transparentarse al haberse mojado mientras abrazaba a Zoé. Estaba claro que la forma de sus redondos pechos se marcaba claramente bajo el atento escrutinio de Vann Capella. ¡Pero él no la había reconocido! Su alivio fue tremendo.

-¿Te encuentras bien? -preguntó él poniéndole la mano sobre el

hombro-. Creo que has sufrido un shock. ¿Quieres sentarte? ¿Puedo ofrecerte una bebida? ¿Un coñac o algo así?

Mel meneó la cabeza, tratando de recobrar la compostura. El estaba cerca y hasta ella llegaba el aroma almizclado de su cuerpo, mezclado con el olor salado del mar. La camiseta y los pantalones cortos colgaban empapados, dejándole apreciar los músculos de su torso e imaginar el bronceado de su piel cálida.

-¡No! -exclamó ella, impresionada por la fuerza letal de su sexualidad-. No, estoy bien -añadió con la esperanza de que él achacara su evidente confusión a lo que había pasado con Zoé.

-¿Estás segura? -dijo estudiándola sin el menor atisbo de reconocimiento.

-Sí -repuso ella rehaciéndose poco a poco-. Sí, estoy bien. Gracias de nuevo por haber ayudado a mi hija.

-¿Tu hija? -dijo él, sorprendido, mirando a la niña que seguía sentada masajeándose la pierna mientras sus profundos ojos azules adoraban a su salvador.

-Todo el mundo dice que mamá es demasiado joven para tener una hija de mi edad -su rostro repetía el mismo óvalo perfecto de Mel, pero sus cejas eran más espesas y su boca más firme-. Pero no me importa, al contrario, me divierte.

-Eres una niña muy lista -comentó el hombre.

En circunstancias normales, en presencia de cualquier otra persona, Mel se hubiera echado a reír porque su hija era una niña precoz, inteligente, ingeniosa y muy suya. Pero no era una situación normal. Estaba delante de Vann Capella. ¡Y ese hombre acababa de salvarle la vida a Zoé!

Rehaciéndose del terror que la había embargado al ver a Zoé luchando sola contra la marea, Mel apartó la vista con expresión emocionada. Resultaba irónico que pudiera haberse producido una tragedia si él no hubiera estado allí para evitarlo. ¡Por no mencionar que Vann Capella había tomado a su hija por su hermana! Se preguntó si su subconsciente lo habría reconocido ya cuando se produjo el primer intercambio de miradas en el bar, lleno de sensualidad, por más que ella hubiera apartado el pensamiento de su cabeza. Pero él no la había reconocido, lo cual era comprensible teniendo en cuenta que ella sólo había supuesto un breve y molesto inconveniente en su vida.

-Gracias de nuevo. Me temo que ahora debemos marcharnos.

-Mamá... -se quejó Zoé-. ¿De verdad tenemos que irnos? -preguntó dejando bien claro que estaba disfrutando de la compañía del desconocido.

-Me temo que sí-contestó Mel con tensión, perdiendo su paciencia

habitual.

—Puede que nos veamos de nuevo —dijo él, sonriendo a la niña-. Y ten cuidado con esa pierna.

—Lo tendré —prometió Zoé.

-Ella se marcha a Roma mañana por la mañana -explicó Mel rápidamente, luchando contra sus emociones.

-Qué lástima -repuso él mientras Mel volvía a admirar la potencia de sus músculos y el aura de virilidad que emanaba de todo su cuerpo-. Al menos, dime cómo te llamas.

-Mel -repuso ella temblando-. Mel Sheraton.

Él la miró con el ceño fruncido, pero luego volvió a mostrar una sonrisa radiante.

-Mel Sheraton -repitió Vann Capella, sin el menor síntoma de reconocimiento, para alivio de ella-. Encantado de haberte servido de ayuda -añadió antes de alejarse para recoger los zapatos y dirigirse directamente a la lancha que tenía amarrada en el pequeño embarcadero.

-¡Era Vann Capella! -dijo Karen, incrédula-. Iba a decírtelo antes de que salieras corriendo. Vann Capella -repitió su amiga con entusiasmo-. ¡Y lo has rechazado!

Mientras la lancha se alejaba dejando un surco de espuma en el mar, Mel suspiró aliviada.

-Sólo me ha ofrecido un coñac, Karen. Y únicamente porque me ha visto nerviosa por Zoé -contestó ella, incapaz de confesarle a su amiga el miedo que había sentido al poder ser reconocida, entre otras cosas.

-Te estaba ofreciendo mucho más que eso y lo sabes -dijo Karen en tono de reprimenda.

-¿Quién es? -preguntó Zoé mientras regresaban a la terraza.

El cuerpo de Mel se tensó de nuevo y tuvo que hacer un esfuerzo para tragar saliva. Quería despertar de aquella pesadilla. Deseaba que Vann Capella volviera a desaparecer para siempre.

-¿Que quién es? -se asombró Karen, con una mirada de incredulidad dirigida hacia Zoé, sin darse cuenta del desconcierto de su amiga-. Es el propietario de las empresas Capella, un conglomerado de compañías internacionales que trabajan en todos los sectores imaginables. Es un hombre hecho a sí mismo que pronto aparecerá en las listas de los solteros millonarios más apetecibles de Inglaterra.

— ¿Por qué no te vas a comprar un helado? —le dijo Mel a su hija rápidamente.

-De acuerdo -repuso la menor encogiéndose de hombros-. Era un tipo simpático, para ser tan mayor, quiero decir.

Karen rió, pero Mel sólo pudo componer una sonrisa a medias.

-Eres una cobarde -dijo Karen cuando Zoé se hubo marchado-. Aparece un hombre que muestra interés por ti y ni siquiera te dignas a hablar con él ni a explicarle a tu hija quién acaba de rescatarla. Estoy segura de que le hubiera gustado saber que, antes de convertirse en uno de los mayores magnates del planeta, fue el alma de una banda de pop que entusiasmaba a las quinceañeras, hace ya... ¿cuánto? ¿Once o doce años?

-No creo que a Zoé le interesen esos detalles -respondió Mel, sin corregir a su amiga sobre las fechas-. La banda se separó antes de que ella naciera.

-Hubo un escándalo, ¿no? Creo que el manager era un ser sin escrúpulos que los arruinó desde el punto de vista económico. Lo único que sé a ciencia cierta es que cuando la banda se separó, nunca se volvió a hablar de ninguno de sus miembros, con excepción de Vann, que se convirtió en uno de los reyes del comercio internacional, después de haber pagado todas las deudas del grupo, lo cual resulta muy magnánimo por su parte. ¡Y ha estado aquí! -exclamó con admiración-. Vann Capella... ¿Quién se lo hubiera podido imaginar?

-Eso es cierto -comentó Mel con más vitriolo del que le hubiera gustado.

-Tenía razón, ¿sabes? Pareces descompuesta. ¿Estás segura de que te sientes bien?

-Perfectamente -suspiró Mel, deseando que Karen olvidara el tema.

-Supongo que se hace llamar Vann porque suena más internacional que Giovanni. Pero no es del todo italiano, ¿verdad? Su madre era inglesa, ¿no?

-No lo sé -mintió ella mientras volvían a sentarse en la mesa del bar- Yo no era aficionada a su música.

-A todo el mundo le gustaba -exageró Karen-. Tenía un físico irresistible y una voz profunda y sexy. Y en vez de cantar, parecía que susurraba palabras de amor, acompañado por el bajo. Sin embargo, recuerdo que en una entrevista de hace unos años confesó que en aquella época era un simple muchacho anglo-italiano que se vio atrapado por un éxito inesperado y dejó bien claro que no lo recordaba con orgullo. Prefería que se le viese como el empresario audaz en que se había convertido después. Pero sus admiradoras se llevaron un disgusto de muerte cuando abandonó la música, yo entre ellas.

Mel dirigió una mirada hacia el quiosco de los helados, donde Zoé mantenía una agradable conversación con el heladero mientras se decidía por uno de los sabores.

-Tenía quince millones de admiradoras -comentó Mel con emoción

contenida.

-Cierto. Y se conserva estupendamente, yo creo que incluso se podría decir que ha mejorado con los años. ¡Supongo que todavía le persiguen cientos de mujeres!

Mel miró hacia el suelo, centrando la vista en una mancha de humedad dejada por el vaso lleno de hielos que ella había derramado. Sin embargo, la mesa estaba limpia y seca, gracias al atento servicio del bar.

-Las apariencias no lo son todo -dijo, mirándose la magulladura que se había hecho en la rodilla con la pata de la mesa.

-Pero son un punto de partida irresistible.

-¿Un punto de partida para qué? -inquirió Mel con recelo.

-No lo sé... ¿Para otro encuentro fortuito? ¿Para pasar un par de noches de ensueño? ¿Para tener la aventura del siglo?

-Pensé que estabas felizmente casada.

-Y lo estoy, pero puedo admirar a los hombres apuestos, ¿no? No pienso cambiar a Simón por ningún otro hombre. Estaba pensando en ti.

-Pues piensa en otra cosa -repuso Mel riendo sin humor.

La mayor parte de la gente había abandonado la playa en dirección al funicular que los devolvería a los hoteles que estaban en la cima de la montaña. Sólo quedaba una pareja de enamorados al lado de ellas, sin parar de mirarse y hacerse arrumacos.

Quizá un amor como el de esos jóvenes pudiera durar toda una vida, pero su madre se había casado dos veces y divorciado otras tantas, por lo que Mel dudaba del amor eterno.

-Me olvidaba de que no te gustan las aventuras pasajeras -dijo Karen con simpatía-. En realidad, tampoco creo que estés dispuesta a aceptar un compromiso más a largo plazo. Desde que te conozco, hace ya tres años, jamás te he visto salir con un hombre en serio, a pesar de los esfuerzos de Jonathan. No aprovechas las oportunidades. Aunque es evidente que no siempre te has comportado así.

La risa de Zoé llegó hasta ellas desde la heladería. Probablemente le estaba contado su reciente aventura al hombre de mediana edad que atendía el quiosco y que acababa de entregarle un cucurucho lleno hasta los topes como deferencia hacia la encantadora niña que podía haber muerto ahogada.

-Eso fue hace mucho tiempo -dijo Mel.

-Pues ya es hora de que vuelvas a plantearte la posibilidad de encontrar al hombre de tu vida. Y rechazar a los millonarios que surgen en el camino no me parece la mejor manera de hacerlo. Creo que se ha quedado helado y que no volverá a interesarse por ti si

vuelves a tropezártelo.

-Estoy segura de que eso no va a suceder -repuso Mel con sentimiento-. De todas maneras, creo que le dio la impresión de que Zoé y yo nos marcharíamos mañana. Además, no es mi tipo.

-¿Y cuál es tu tipo? ¿Alguien con quien puedas sentirte segura, como el padre de Zoé? Hay muchos hombres de esa clase, ¿sabes? Hombres con los que se puede compartir la vida tranquilamente. Pero tienes que darles la oportunidad de acercarse a ti. Tienes que vivir un poco más, Mel. Divertirte.

-¿Y llamas diversión a tener una aventura con Vann Capella? Antes preferiría suicidarme.

-¿Piensas que sólo serías una más en su larga lista de conquistas? En eso seguramente tendrías razón -comentó Karen riendo-. ¡Pero qué aventura, Dios!

-No lo creo -repuso Mel con mayor acritud de la que pretendía.

-¿Te disgusta ese hombre en especial, no? ¿Podrías decirme por qué?

Mel miró hacia otro lado. El mar estaba en calma, al igual que su propia alma.

-No es ningún secreto. Salió en todos los periódicos. Ese hombre fue el responsable de la muerte de mi hermana.

Capítulo 2

Todo el equipo se hallaba reunido en la sala de conferencias cuando Mel llegó de desayunar el lunes por la mañana. Las sillas estaban colocadas en dos filas ordenadas, tal y como ella había pedido. Pasó revista al resto de los detalles. Había un ramo de flores frescas en la mesa presidencial y la pantalla y el proyector estaban dispuestos para su uso en la presentación de la empresa que se haría ese día. Las carpetas de documentación que contenían la agenda para la semana estaban en su sitio.

-Está claro que has trabajado en serio para organizar todo esto -dijo Jonathan, acercándose a ella-. Nuestros clientes se sentirán impresionados.

Alto, rubio y al principio de la treintena, Jonathan Harvey era el director ejecutivo de Jonathan Harvey y Asociados, y el jefe directo de Mel, aunque durante el último año habían cenado juntos varias veces fuera de horas de trabajo.

-Cuento con un buen equipo -reconoció ella, mirando hacia donde Jack Slater y Hannah Merrifield, dos de los más jóvenes agentes de ventas, estaban dando los últimos toques a la preparación del evento-. Ya me conoces -bromeó-, yo sólo he estado paseando por aquí perezosamente.

-¡No te rías de mí! -exclamó Jonathan de buen humor-. Puede que parezca que acabas de salir de un anuncio de productos de belleza -dijo fijándose en el pasador de plata con el que ella se había recogido el pelo, en su complexión juvenil que apenas necesitaba un toque de maquillaje y en el traje gris perla que tan bien se ajustaba a su pequeña figura-, pero yo sé que has trabajado más que nadie.

Mel se sintió halagada, pero se encontraba cansada, no por el trabajo, sino por las dos noches que llevaba sin dormir después de haber vuelto a ver a Vann Capella al cabo de tanto tiempo.

-¿Lo has pasado bien estos últimos días con tu hija? -preguntó Jonathan finalmente.

-Ha sido muy divertido -dijo porque eso era lo que se esperaba que dijera. No quería dar a entender que la tarea de una madre pudiera resumirse en tres días pasados en la playa, pero por alguna razón Mel pensó que Jonathan no sería capaz de comprender los compromisos y las preocupaciones que acarreaba la maternidad. Además, los clientes empezaban a llegar.

Con un gesto, Mel indicó a Jack y a Hannah que se acercaran a la puerta para darles la bienvenida. Jonathan se unió a ellos para entregar las carpetas de documentación.

Todos ellos eran directores ejecutivos o de marketing,

acompañados de sus esposas y socios. Eran los altos cargos de las empresas internacionales para las que trabajaban, la mayor parte de mediana o avanzada edad, todos acaudalados y mimados por el éxito empresarial.

Mientras Mel miraba por la ventana, pudo ver la llegada de un elegante Aston Martin con los cristales oscuros. Estaba hablando con un hombre mayor y dicharachero sobre publicidad cuando sus ojos se fijaron en la puerta. Abrió los labios, muda de sorpresa. ¡Era Vann Capella! Y estaba estrechándole la mano a Jonathan, a tan sólo unos metros de donde ella estaba. La impresión de volver a verlo, con un aspecto tan distinguido e impresionante como siempre, desdibujó la percepción que Mel tenía de lo que pasaba a su alrededor.

No llevaba corbata, a diferencia del resto de los asistentes, pero sí un traje claro con una camisa sin cuello de color blanco. Estaba claro que Vann no se sentía a gusto respetando las convenciones sociales. Su cabello negro como el azabache peinado hacia atrás enfatizaba su potente masculinidad. Aparentaba exactamente lo que era, un hombre rico, poderoso e imponente. Probablemente era uno de los hombres más jóvenes de entre los allí reunidos, calculó Mel, y sin embargo, su presencia dominaba la sala.

Cuando terminó de saludar a Jonathan y la vio, el espacio que los separaba pareció llenarse de una energía peligrosa. Durante unos breves instantes, Mel no pudo ni moverse, atrapada por el cepo de los intensos recuerdos. Pero el hombre mayor con el que había estado hablando hizo una pausa, esperando la respuesta a una pregunta que ella no había escuchado, y tuvo que recuperar la compostura rápidamente.

Improvisó una explicación con la esperanza de que encajara con la interrumpida conversación que ya no le interesaba lo más mínimo. Se sorprendió a sí misma deseando ser una persona diferente y estar en un lugar distinto. En cualquier lugar donde Vann no estuviera.

Mientras los clientes iban tomando asiento, vio con el rabillo del ojo que Vann hacía lo propio. ¿Qué estaba haciendo él allí? No había llegado la noche anterior junto al resto de los invitados y su nombre no estaba en la lista. Entonces, ¿qué hacía allí?

Mel hizo de anfitriona durante toda la mañana, explicando con la ayuda del proyector las premisas y los logros más recientes de la empresa de publicidad para la que trabajaba, pero su mente estaba en otro sitio y tuvo que realizar un auténtico despliegue de profesionalidad ciega. Contestó acertadamente a las preguntas de los clientes sin perder la calma y se felicitó a sí misma cuando la sesión hubo terminado, al tiempo que guardaba los documentos en el

maletín. Pero toda su experiencia en materia de negocios no fue suficiente para aplacar el feroz latido de su pulso al ver cómo Jonathan se acercaba a ella, seguido de Vann, mientras ella felicitaba a Jack y a Hannah por el éxito de la mañana.

-Vann, quiero presentarte a mi mano derecha, Mel Sheraton. Mel, este es Vann Capella -dijo el director ejecutivo lleno de orgullo.

Aunque a Mel siempre le había parecido que Jonathan era un hombre apuesto, en esa ocasión quedaba totalmente eclipsado por la irresistible presencia de ese otro hombre, que era más alto y corpulento que él. Hannah lo miraba como hipnotizada.

Con el corazón bombeando a toda prisa, con todos los nervios en alerta, hizo acopio de sus buenos modales para forzarse a aceptar la mano que Vann le tendía.

-¿Cómo está la pequeña nadadora? -preguntó con suavidad y tono divertido.

Incapaz de pensar con claridad, consciente sólo de la presencia física del hombre, ella frunció el ceño antes de poder responder.

-Bien, gracias, está bien.

-¿En Roma?

-A su edad es más divertido ir de tiendas que jugar en la playa -murmuró ella, sin necesidad de dar tantas explicaciones.

-¿Os conocíais ya? -preguntó Jonathan, asombrado.

Pero Vann no lo miró.

-¿Nos conocíamos, Mel? -preguntó con su mejor sonrisa.

Durante un momento dio la impresión de que ambos estaban solos en la sala de conferencias, y el tono interrogativo había dado a entender que había una cierta intimidad entre ellos. Pero el significado de su pregunta alarmó a Mel, que tragó saliva y se humedeció los labios. ¿Se refería él al incidente en la playa? ¿O la había reconocido?

Dadas las circunstancias, hizo lo único que parecía pertinente. Ignoró a Vann y le contó a Jonathan una versión resumida de lo ocurrido a Zoé en la playa.

-Simplemente llegué antes que tú -señaló Vann, como si ella hubiera sido perfectamente capaz de desafiar la fuerza de la marea y rescatar a su hija.

Se produjo un silencio durante el cual Vann estudió los rasgos de Mel, notando intrigado su incomodidad. Finalmente Jonathan atinó a decir algo.

-Vann ha venido a sustituir a Austin Heywood, que no ha podido asistir. Ha asumido el control de la empresa Heywood la semana pasada para intentar rescatar la sección de comunicaciones y, como

estaba pasando unos días en su casa cerca de aquí, decidió llamarme para ver si era posible venir en persona a conocer nuestra empresa.

Esa llamada había sido puramente retórica, pensó Mel, ya que Vann Capella era de esos hombres que siempre hacen lo que quieren.

-Y yo le dije que estaríamos encantados de recibir a un cliente tan ilustre -prosiguió Jonathan-. Que nos gustaría aprender de él todo lo que sabe sobre negocios. ¡Hemos tenido la suerte de toparnos con el rey Midas!

Esa última declaración produjo risas en los tres, aunque Mel pensó que sólo la de Jonathan era genuina. Mel se quedó impresionada de que Vann siguiera acumulando empresas, pero le irritó la excesiva deferencia de Jonathan para con él.

-Estoy segura de que todo lo que pueda enseñarnos merecerá la pena -comentó ella educadamente, a pesar de todo. Al fin y al cabo se trataba de un cliente, de un buen cliente, y su profesionalidad la obligaba a mostrarse cortés.

-Estoy deseando empezar -bromeó Vann, dirigiéndole una cautivadora sonrisa a Mel, acompañada de una mirada predatoria.

¿Había conseguido llegar al interior de su memoria?, se preguntó ella, mortificada. ¿Tenía él ya la menor sospecha de quién era ella? No era posible. Mel se sentía sudorosa a pesar del aire acondicionado de la sala, y le había empezado a doler la cabeza. Deseaba desaparecer.

-Bueno, ha sido un placer volver a verte -mintió con la boca seca-. Espero que podamos reanudar esta conversación pronto, quizá antes de que acabe el día.

-Más pronto aún -intervino Jonathan antes de que el otro hombre pudiera articular palabra-. Vann ha aceptado comer con nosotros.

Ese nosotros se refería a ellos dos y a dos de los más antiguos clientes de la empresa con sus esposas. -Qué agradable -repuso ella forzando una sonrisa y decidida a que nadie pudiera atisbar sus verdaderos sentimientos detrás de la máscara de profesionalidad. Sin embargo, pudo darse cuenta de que los inquisitivos ojos de Vann habían detectado su inquietud, aunque desconocían la causa.

La comida se sirvió en la terraza del hotel, con una vista magnífica de las montañas y del valle que descendía hasta el mar. Muy por debajo de ellos estaba el pueblo de Positano, inclinado sobre la ladera y poblado de casas llenas de colorido.

Primero se habló de negocios, pero rápidamente la conversación se tornó más casual. Se alabó la artesanía de la zona, se comentó la belleza de la cercana isla de Capri y se describió el esplendor de las próximas ruinas de Pompeya.

-Los romanos fueron un pueblo muy inteligente -dijo John Squire,

el cliente de más edad. Era un hombre robusto, rubicundo y risueño, de unos sesenta años, que no paraba de dar palmadas en la rodilla a su esposa, Maureen.

-No lo suficientemente inteligentes como para mantener su imperio -dijo el otro cliente, un hombre alto y delgado de expresión adusta que estaba sentado al lado de Mel.

-Eso pasó porque no contaban con la ayuda de Vann -apostilló Jonathan, desde el otro lado de Mel-. Si él hubiera estado al mando hace dos mil años, habrían conquistado el universo entero.

La carcajada fue general, seguida por comentarios afirmativos y complacientes.

-No creo que los directivos de mis empresas estén aún preparados para viajar por las galaxias -comentó Vann, suavemente lacónico.

Se había quitado la chaqueta, como todos los demás, y estaba sentado enfrente de Mel, por lo que era difícil apartar la mirada de sus potentes hombros y cuando él le había dedicado una sonrisa encubierta, ella no había podido evitar sonrojarse, tan excitada como molesta.

-Llegará el momento -bromeó Jonathan-. No hay muchos hombres que hayan sido capaces de enamorar a millones de quinceañeras para luego convertirse en uno de los más importantes magnates del mundo. ¿Sabíais que Vann fue el fundador de...? -dejó las palabras en suspenso porque no se acordaba del nombre del grupo musical y miró a su nuevo cliente-. Lo siento, fue hace mucho tiempo.

-Exactamente -enfatizó Vann con una sonrisa que pretendía ridiculizar esa época de su vida-. Aquello sólo fue una fase anormal de mi vida, una aberración, nada más.

Como ella, pensó Mel con una punzada de dolor que no deseaba experimentar. Un simple extravío sobre aguas turbulentas. Descartada y olvidada.

Mel se alegró de que la comida, exquisitamente presentada, llegara a su fin, porque apenas había sido capaz de probar bocado.

-Hoy no parecías tener hambre, Mel -rió Maureen Squire mientras se levantaban de la mesa-. Te has resistido hasta los postres. ¿Es así como consigues mantener esa espléndida figura?

Todos la miraron, pero ella sólo estaba pendiente de los ojos de Vann, que estaban fijos en las rodillas que la falda del traje no tapaba.

-Mel podría comer por diez sin ganar un solo gramo -comentó Jonathan, sin hacer caso de la súbita falta de apetito de su colaboradora.

Mel vio cómo Vann apretaba los labios y sintió sobre sí una mirada escrutadora, pero desconcertada.

-Quizá la estés haciendo trabajar demasiado, Harvey. Desde luego, no se puede decir que hoy haya comido por diez.

Maldito fuera ese hombre por recalcar el asunto, aunque supuso que sólo trataba de defenderla del comentario poco delicado de Jonathan. ¿Pero para qué necesitaba ella que la defendiera un hombre que ni siquiera era capaz de reconocerla después de haber hecho sufrir a su familia tan terriblemente? Le dolía la cabeza y deseaba irse.

—Tienes razón, Vann —insistió Jonathan—, Mel no ha comido mucho hoy. ¿No te encontrarás mal, verdad? -preguntó con el ceño fruncido mientras se ponía la chaqueta.

-No, claro que no -repuso Mel rápidamente, consciente de la mirada de esos poderosos ojos que no se apartaban de ella. Vann había agarrado su propia chaqueta, pero se la había colgado descuidadamente sobre un hombro y Mel trató de no dejarse llevar por su atractivo. Sin embargo, la posibilidad de quejarse de un dolor de cabeza delante de sus mejores clientes era inadmisible-. Debe ser el calor, me quita el apetito.

Sólo deseaba desaparecer, escaparse a su habitación y disponer de la calma suficiente como para pensar en cómo sortear la difícil y tortuosa situación que se dibujaba ante ella.

Le llegó la oportunidad cuando los Squire y la otra pareja decidieron salir de excursión esa tarde, aprovechando la cortesía del hotel, que había puesto un coche a su disposición. Antes de que nadie pudiera protestar, Mel se disculpó rápidamente, dejando a Vann en el vestíbulo junto a su director ejecutivo.

La habitación estaba oscura y fresca. La camarera había entrado a limpiar y había dejado las cortinas corridas y el aire acondicionado puesto. Agradecida, Mel se metió en el baño, se dio una ducha y se envolvió en el albornoz. Como aún le latían dolorosamente las sienes, abrió la nevera para buscar una botella de agua mineral y se tomó dos calmantes antes de descorrer las cortinas. La luz del sol entró a raudales haciéndola parpadear. Sin las cosas de Zoé, la habitación parecía vacía y solitaria. Salió al balcón y divisó los hermosos jardines del hotel, llenos de buganvillas, con el mar al fondo de la ladera. Había deseado tanto pasar unos días en Positano que apenas podía creerse que esa semana se fuera a convertir en la peor de toda su vida. Se le saltaron las lágrimas y todo por culpa de un solo hombre Vann Capella.

Su aparición había abierto heridas que creía cicatrizadas hace mucho tiempo. El hecho de que él no la hubiera reconocido era una bendición, pero su alivio estaba teñido de dolor, furia y amargura. Sin embargo, tenía que reconocer que sólo se habían visto una vez y que

en aquel momento ella era una joven casi adolescente con el pelo corto y teñido de negro y un cuerpo que no manifestaba aún las curvas de la maternidad. Era normal que ella sí lo hubiera reconocido, al fin y al cabo, él era una celebridad y su rostro aparecía constantemente en las revistas y los periódicos. Mientras que ella... no era nadie.

Trató de convencerse de que hacía catorce años de aquello y de que el asunto estaba olvidado, pero los demonios se habían desatado y campaban por sus respetos, recuperando los recuerdos que tanto la habían avergonzado.

Todo había sucedido cuando ella acababa de cumplir dieciocho años y la banda había llegado a la ciudad donde Mel vivía con su madre y su hermana. Kelly era todavía una quinceañera y estaba obsesionada, como todas las niñas de su edad, con Vann Capella y su grupo. Mel recordaba cómo su madre, Sharon Ratcliffe, abandonada por dos maridos, había luchado sola para sacar a dos hijas adelante, y de cómo la ausencia de figuras paternas había creado un vínculo muy especial entre las tres, lleno de amor y ternura, y de rechazo a los hombres. Era irónico con semejante educación, Mel hubiera dejado que Vann Capella arruinara su vida durante la noche de aquel fatídico concierto.

Kelly no había parado de hablar del concierto durante las semanas anteriores, iba a ir con una amiga que ya había comprado las entradas. Pero Mel no había compartido su afición. Sin desdeñar la música del grupo, tenía la opinión de que Vann Capella sólo podía ser un tipo arrogante y taciturno.

La noche que dejaron a Kelly en casa de su amiga para que se fueran juntas al concierto, Mel no pudo imaginar que esa sería la última vez que vería a su hermanastra viva. Kelly había muerto mientras gritaba como una loca durante el concierto. En el hospital dijeron que había sido un ataque al corazón, habían recibido un ramo de flores del manager de la banda y la policía había comprobado que la seguridad había sido la adecuada, pero Mel no podía dejar de culpar a ese endiosado cantante que provocaba raptos de histeria entre las adolescentes. Y por si fuera poco, él había declarado fríamente a los periódicos que la muerte de una seguidora no era de su incumbencia. «No es problema mío», había dicho textualmente.

Mel había sentido una mezcla de furia y dolor. Le debía a su hermana dejarle bien claro a ese hombre lo que pensaba de su inhumana frialdad y su insensible arrogancia.

Se había enterado por casualidad de que aquella noche tocarían en Londres y que luego los llevarían en helicóptero hasta un hotel

campestre cercano a Bath para que pudieran descansar antes de iniciar la gira australiana. Y, decidida a enfrentarse con él personalmente, había dado una excusa a su madre y se había montado en el destartalado Mini rojo rumbo al suroeste.

Era más de medianoche cuando Mel vio las indicaciones del hotel Palladian. Estaban en pleno mes de enero y había conducido con frío y lloviendo. El caprichoso utilitario se había estropeado a mitad del camino, aunque al cabo de unos minutos había decidido volver a arrancar. Cuando llegó estaba despeinada y mugrienta.

Las luces del interior del edificio sugerían un clima de lujo exquisito, en el patio exterior había varios coches aparcados y un helicóptero en el helipuerto. Dejó su Mini entre un Porsche y un Rolls Royce. Estaba exhausta y no había comido desde hacía horas, pero nada le impediría pedir justicia para Kelly. Salió del coche, se mojó con la lluvia y apenas pudo soportar el frío.

Uno de los porteros del hotel había oído el coche y se asomó para investigar. Le preguntó si tenía una habitación reservada o si era amiga de alguien que se hospedara allí. De algún modo, ella se las arregló para entrar, pidiendo ver a Vann Capella.

Apareció el director del hotel y le volvió a preguntar a quién quería ver. También quería saber cómo se había enterado de que la banda descansaba allí, temeroso de que esa información confidencial llegara a oídos de la prensa o de las admiradoras. Le preguntó de qué asunto se trataba y cuando ella se negó a responder, él le pidió con educación y firmeza que se marchara.

Ella le informó de que no estaba dispuesta a moverse del sitio hasta que no consiguiera su objetivo, por lo que el director le pidió que tomara asiento y esperara.

A continuación se presentó un hombre de aspecto fiero, con el pelo muy corto y peores modales, que le preguntó que quién diablos se creía que era ella para aparecer por allí pidiendo ver al cantante de la banda. La agarró por un hombro tan brutalmente que le hizo un cardenal mientras la arrastraba hacia la salida. Si no se iba en ese mismo momento, amenazó, llamaría a la policía. Más tarde, ella descubrió que se trataba de Bern Clayton, el manager de la banda.

-Soy la hermana de Kelly Ratcliffe -le espetó con acritud-. Estoy segura de que Vann querrá hablar conmigo.

Él contestó que sentía mucho lo de su hermana, pero que si quería algo debería marcharse a casa como una buena chica y buscarse un abogado.

-Esperaré -había contestado ella, cruzándose de brazos.

-Haz lo que quieras -había dicho el hombre sacando su teléfono

móvil para llamar a la policía.

Pero detrás de ellos se oyó otra voz, profunda y decidida.

-Hablaré con ella.

Era la primera vez que Mel veía a Vann Capella en persona. Ni las fotografías ni la televisión habían sido capaces de mostrar lo imponente de la aguerrida estampa y el inconfundible aura sexual de ese hombre joven que había llenado de fantasías las cabezas de millones de adolescentes.

Bajo el elegante dintel, era más alto de lo que Mel había supuesto, su aire de arrogancia más sobrecogedora. Vestía pantalones oscuros con una camiseta negra cubierta por una camisa blanca que llevaba desabrochada. Parecía como si acabara de salir de la ducha, pensó Mel, porque el espeso cabello negro estaba aún mojado. No era precisamente guapo, sino irresistiblemente atractivo.

-¡Tú! -gritó Mel- ¡Tú has matado a mi hermana!

-Por Dios santo, Vann, ¿te has vuelto loco? -intervino Bern Clayton lanzando un juramento.

-Probablemente -repuso él-. Pero... ¿a ti qué te importa?

Mel se dio cuenta de que no existía demasiada cordialidad entre ambos hombres, pero el manager insistió.

-¿Te das cuenta de los problemas que nos puede traer todo esto?

-No te preocupes, Clayton. Estoy seguro de que podrás arreglarlo.

-¿Y por qué no? Al fin y al cabo no es tu problema, ¿no? -intervino Mel, sacando fuerza de flaqueza para lanzarse a arañarle la cara casi enajenada.

Mel fue consciente de la textura de su piel mientras hincaba las uñas sobre sus pómulos, sintiendo la resistencia de sus músculos.

El la tomó en brazos y ella se desmayó, agotada.

Capítulo 3

CUANDO se recuperó y su mente empezó a funcionar de nuevo, se encontró sentada, con la cabeza agachada, en el borde de una chaise longue. Tenía los pies sobre una gruesa moqueta, ligeramente iluminada por una luz indirecta, y cerca de ella vio un par de pies masculinos bien plantados.

-¿Te encuentras mejor ahora?

El tono de voz, profundo y preocupado, obligó a Mel a levantar la cabeza y mirar al hombre. Tenía las piernas largas y las caderas estrechas. La camiseta negra sin mangas tapaba lo que debía ser un torso musculoso y bronceado. Se había quitado la camisa blanca. Su cabello se estaba rizando al secarse. Pero fueron sus brillantes e inquisitivos ojos azules, acompañados por unas espesas cejas arqueadas los que subyugaron a Mel.

Ella asintió, con la boca seca. No se había esperado que él fuera tan apuesto. Detrás de él, haciendo juego con el resto de los muebles de época, había una enorme cama con dosel.

-Lo siento -se disculpó él al ver que ella le lanzaba una mirada de censura-. Todos los salones estaban ocupados y, en vista de tu... delicado estado... pensé que te gustaría disfrutar de un poco de intimidad.

Mel se llevó las manos a las sienes, tratado de poner las cosas en su sitio. Era su suite, concluyó.

-¿Me he desmayado? -preguntó mirándolo a los ojos, que se mostraban fríos y penetrantes.

-Más o menos -dijo él con una mueca casi cruel. Cruel y sensual.

-¿Y me has traído hasta aquí?

-Como ya te he dicho, pensé que preferirías un poco de privacidad. Pero mis motivos no han sido puramente altruistas. Si iba a hablar contigo, no me apetecía hacerlo delante de una concurrida audiencia.

Su tono sonaba frío y calculador, sin acento italiano. Vagamente recordó que Kelly le había dicho que había vivido mucho tiempo en Inglaterra.

-De acuerdo, siento haberte atacado -admitió ella, sin disculparse del todo-. Pero tú te lo buscaste. ¡Sólo eres un idiota insensible! ¿Cómo te piensas que nos sentimos al leer lo que habías dicho sobre Kelly, despreciándola de ese modo para seguir tu gira sin dedicarle un solo pensamiento? -gritó ella, sin poder contenerse, y liberando su furia y frustración con cada sílaba-. ¿No se te ocurrió pensar que ella tenía una familia que estaría pasando por un auténtico infierno? ¿Cómo te habrías sentido si a ti te hubiera pasado lo mismo?

-Terriblemente mal -dijo él mientras ella lo miraba sorprendida-.

Fatal.

-Entonces, ¿por qué dijiste aquello?

-No lo dije.

-¿Qué quieres decir? Todo el mundo lo leyó en los periódicos.

-Seguro que sí. Pero una de las primeras cosas que se aprenden en este negocio es a no creer todo lo que se lee. Mis palabras fueron malinterpretadas. Lo que realmente dije fue que Kelly tenía un defecto en el corazón y que, aunque se hubiera producido una tragedia durante nuestro concierto, no se podía culpar ni a la banda ni a nadie más. Sin embargo, los periódicos venden más ejemplares con titulares sensacionalistas. Pero lo que publicaron no fue lo que yo dije. No soy... ¿cómo dijiste?... un idiota insensible. Y no tengo más remedio que terminar la gira. Me guste o no, he firmado un contrato. Tengo responsabilidades y compromisos. Pero siento mucho lo sucedido -dijo finalmente metiéndose las manos en los bolsillos-. Y comprendo cómo te sientes. Probablemente yo sentiría lo mismo si me hubiera pasado a mí. Pero la verdad es que nadie tuvo la culpa.

Mel sintió un dolor tan profundo que fue incapaz de responder. Se miró las manos. Él había dicho que no había sido culpa de nadie. Y ella había concentrado todos sus esfuerzos en culpar a Vann y en enfrentarse con él, pero al oír su versión de los hechos, se quedó desarmada. ¡Sin embargo, alguien tenía que hacerse responsable! No era suficiente con decir que la culpa no era de nadie.

-¡Nunca debería haber sucedido! -gritó con lágrimas en los ojos-. ¡No debería estar permitido que volváis locas a las chicas! ¡Sólo lo hacéis por la fama y la adulación! ¡Ella sólo tenía quince años, por Dios! ¡Era una niña dulce e inocente y tú la has matado! -ella se dejó caer sobre la moqueta, y aporreó la chaise longue con los puños, llena de rabia.

-¡Por Dios...! -dijo él, acercándose a ella para tomarla de las manos y evitar que siguiera haciéndose daño. Luego la abrazó-. ¡No pasa nada! ¡Venga! ¡No pasa nada! ¡Tranquilízate!

Ella lloraba como una histérica, su rostro contra el hombro de él.

Rápidamente, él la depositó sobre la cama y se sentó junto a ella, acariciándola y susurrando palabras tranquilizadoras, meciéndola como si fuera un bebé.

-Calma, calma. No pasa nada.

Siguió meciéndola hasta que su llanto empezó a remitir. Mientras se calmaba, Mel fue plenamente consciente de la fuerza de los brazos que la sostenían y del aroma que emanaba ese hombre.

-¿Te encuentras mejor? -preguntó él.

-Sí -contestó ella, incorporándose-. Pero me gustaría lavarme la

cara.

-Claro, ahí está el baño.

Mel entró al lujoso cuarto de baño y se miró en el espejo. Lo que vio fue un rostro manchado de rimel, pálido y con los parpados enrojecidos e hinchados. Se lavó la cara y las manos y se secó con una toalla que olía a gel de baño. Mientras intentaba colocarse el cabello se imaginó a Vann dándose una ducha después del agotador concierto y se preguntó si habría bajado al vestíbulo nada más oírla gritar o si se lo había pensado antes de actuar.

-¿Va todo bien? -preguntó Vann desde el dormitorio.

Ella salió del baño, tan cansada que apenas podía caminar en dirección recta.

-Será mejor que me vaya -dijo Mel, recogiendo su chaqueta con un gesto exhausto.

-Tú no te vas a ninguna parte -intervino él, deteniéndola con una mano firme-. No estás en condiciones de conducir. Supongo que has llegado en coche, ¿no?

Mel soltó un ligero gruñido de asentimiento.

-No puedo quedarme aquí -se defendió ella débilmente. No tenía dinero para pagar una habitación en un hotel tan caro.

-Sí puedes -la corrigió Vann inmediatamente mientras la tomaba en brazos con agilidad y la depositaba de nuevo sobre la cama-. Me hago responsable de ti por esta noche, así que no protestes. Te quedas.

-¿Y... dónde vas a dormir tú?

-Bueno creo que por una vez podría mostrarme galante con una dama, pero estoy agotado. Y no te preocupes por mí -añadió al darse cuenta de su expresión de alarma-. Estoy completamente exhausto, no tengo energías para nada más esta noche. Dormiré como un bendito. ¿Hace cuántas horas que no comes?

-No lo sé.

-Avisaré para que te traigan algo.

-No tengo hambre.

-Puede que no, pero tienes que comer -dijo él dirigiéndose al teléfono.

-¿Por qué no me has echado a la calle? -preguntó ella cuando él hubo terminado de pedir la comida.

-¿Como hubiera hecho Bern Clayton? Me refiero a nuestro manager, el tipo que iba a llamar a la policía. En contra de lo que te haya podido parecer...-se interrumpió al ver que nuevas lágrimas acudían a los ojos de ella-, lo siento. Ni siquiera sé cómo te llamas.

-Lissa -repuso ella. Estaba pasando por la típica época en que los jóvenes intentan cambiarse el nombre que han usado siendo niños. Y

ella había decidido acortar Melissa y dejarlo simplemente en Lissa.

—Bueno, Lissa, como te decía no soy un ser humano carente de corazón. Y, además, te equivocas al pensar que todo es gloria y diversión en este negocio. La sensación de estar siendo explotado es demoledora y la superficialidad que se masca en el día a día a veces me pone enfermo.

La vehemencia de sus palabras sorprendió a Mel. Ella pensaba que ese hombre se regodeaba en su fama. Sin embargo... estaba empezando a convencerse de que podía haberse equivocado al juzgarlo. Cuando llegó la camarera con la comida.

-Sólo una cucharada más -rogó él diez minutos más tarde.

-No puedo -dijo ella después de haberse comido la mitad de la crema de verduras, sentada en la cama con la espalda reposando sobre un montón de almohadas.

-Bueno, supongo que por lo menos ya no tienes el estómago vacío -aceptó él, apartando el plato.

Ella lo miró y se dio cuenta horrorizada del par de marcas rojas que tenía en los pómulos.

-Siento haberte arañado -dijo, contrita.

Él suspiró y dejó caer los párpados en silenciosa aceptación de la disculpa. Pero cuando volvió a abrirlos sus miradas quedaron prendidas la una de la otra, acelerando el ritmo cardiaco de Mel.

-¿Les has dicho a tus padres que venías aquí?

-No -repuso ella, asombrada de que sus modales fueran tan exquisitos-. De todas maneras tengo dieciocho años y puedo hacer lo que me plazca.

-Qué mayor -bromeó él, con una sonrisa tan perfecta que ella imaginó cómo sería sentir esa boca sobre la suya-. Nadie puede hacer nunca exactamente lo que quiere. Todos tenemos responsabilidades adquiridas.

Ella se preguntó cómo había podido pensar alguna vez que ese hombre era egoísta y arrogante. Bueno, algo arrogante sí era, pero desde luego no una persona fría y desalmada. Se había interesado por ella y había hecho todo lo posible para que se encontrara mejor. Era una persona considerada, incluso tierna...

-¿Estás segura de que no hay nadie preocupándose por ti? ¿No deberías llamar por teléfono?

-Necesitaba salir de casa. Además, sólo se trata de mi madre y... -se incorporó inmediatamente, presionándose las sienes, no podía volver a llorar.

-Descansa -le susurró él suavemente, empujándola de nuevo sobre la cama-. Te sentirás mejor por la mañana.

Lloró en sueños. Estaba corriendo por un paisaje desierto buscando algo muy valioso que había perdido. Al fin vio un árbol gigantesco en medio de un enorme prado. Llegó hasta él y se acomodó a su sombra sintiendo un calor reconfortante. Curiosamente, una rama baja apretaba su pecho, pero ella se sentía reconfortada y segura.

Gruñó suavemente y se removió.

-Es sólo un sueño -dijo una voz profunda colándose a través de las hojas del árbol-. Es sólo un sueño, no pasa nada.

Mel abrió los ojos y durante un instante sólo percibió la oscuridad que la rodeaba, sin poder recordar dónde estaba. Pero de pronto todo volvió a su mente, el concierto, Kelly, el loco viaje hasta el hotel donde se hospedaba la banda. La presencia de Vann...

Mientras recuperaba la consciencia, soltó un gemido al darse cuenta de que el árbol no era tal, sino el torso de Vann, y la rama, su brazo cruzado sobre el pecho de ella.

-¿Estás bien? -preguntó él, apartando el brazo.

No estaba bien, pero asintió, completamente despierta, preguntándose si él se habría desnudado por completo antes de meterse debajo del edredón. Ella aún llevaba puestos los pantalones y el jersey y estaba cuidadosamente tapada con la ropa de cama.

-Ella era todo lo que yo tenía aparte de mi madre -musitó-. Sigo pensando que si no hubiera ido a ese concierto, nada habría pasado.

-No lo hagas.

-¿Qué?

-No sigas torturándote. No pudiste evitarlo, aunque es cierto que cuando se produce una tragedia todos tendemos a pensar que si hubiéramos actuado de otra manera, las cosas habrían sucedido de otro modo. Es sólo un mecanismo de defensa para soportar el dolor de la pérdida.

-¿Mecanismo de defensa?

-Sí, hay varios. El primero, no creer que lo que ha pasado sea cierto, el segundo la rabia y el tercero la culpabilidad. Pero hay que aprender a poner las cosas en su sitio.

Parecía que él hablaba por experiencia. ¿Qué era lo que le había contado Kelly? Que su padre había muerto de... ¿un ataque al corazón? Y que su madre se había tomado una sobredosis de hipnóticos al año de perder a su marido, cuando él sólo tenía... ¿catorce años?

-Pero duele... tanto -comentó ella con un suspiro.

Él le pasó un brazo por los hombros, tan reconfortante y protector como el árbol del sueño.

-Cuanto mayor haya sido el amor que hayas sentido por una

persona, mayor será también el dolor.

-Preferiría no haber amado a nadie.

-No sabes lo que dices -afirmó él de forma conmovedora-. Amar y ser amado es una suerte de la que no todo el mundo puede disfrutar.

-Supongo que sí -admitió ella, reflexionando sobre las desgracias que él había tenido que asumir. Deseó acariciarle la mejilla. Él la miró.

-Mañana... -dijo él con voz ronca, acariciándole la barbilla- me gustaría que me dejaras tu número de teléfono.

-¿Mi número de teléfono? -repitió ella, temblando por la caricia y acomodándose en su brazo.

Pero, de repente, él se alejó de ella.

-Será mejor que me vaya.

Ella se sintió súbitamente perdida mientras la recorría un escalofrío.

-¡No te marches!

-No sabes lo que pides -la reprendió suavemente.

-Sí, lo sé. No quiero quedarme sola. Por favor, abrázame.

El la miró durante unos segundos eternos, conteniéndose. Pero luego relajó los hombros, como si acabara de perder una batalla consigo mismo, soltó un suspiro y abrió los brazos para que ella se refugiara en ellos.

-Ven aquí -dijo.

Mel cambió de posición, dejándose abrazar. Debajo de la mejilla, los contornos de su masculino pecho desnudo resultaron ser una almohada cálida y aterciopelada.

-Me estás tentando, lo sabes, ¿no?-insinuó él.

-¿De veras? -preguntó ella inocentemente embargada por una oleada de sensaciones.

Mel había tenido varios novios durante la adolescencia con los que había compartido secretos besos y caricias en la playa. El cuerpo masculino no era un completo misterio para ella. Pero ninguno de ellos la había hecho sentir como aquel hombre en concreto. Se moría por estrechar el contacto.

Él frotó la barbilla contra su cabello y ella levantó la cabeza, buscando dejarse envolver por el calor que emanaba Vann, con la esperanza de olvidar por completo sus pesares.

Sin poder resistirse a su necesidad, Mel le acarició los arañazos de los pómulos. La textura de su piel encendió en ella una especie de corriente eléctrica que afectó a todos sus músculos. Inconscientemente, susurró su nombre y él aprovechó que tenía la boca entreabierta para acercar la suya, pero algo lo detuvo.

-¿Estás segura de que quieres que lo hagamos?

-¿Hacer qué? -musitó ella, huyendo de la sensatez y dejándose dominar por el deseo de entregarse para librarse de la soledad y del dolor.

-Lo sabes perfectamente.

-Sí.

-¿Y no te importa?

-No me importa.

-Porque te sientes desgraciada y alterada.

Ella sabía que él tenía razón, pero su necesidad iba más allá.

-Por favor -rogó con voz trémula.

Ella sintió cómo él se tensaba y, a continuación, cómo su boca descendía sobre la suya para besarla con una pasión tal que la respuesta de ella fue frotarse contra sus caderas mientras disfrutaba de la presión de sus brazos.

A pesar de que no estaba habituada a sentir la cruda pasión masculina, su cuerpo respondió con urgencia. Enredó los dedos en su cabello durante unos instantes y luego le acarició los potentes hombros.

La boca de él devoró la suya y luego repartió besos ardientes por sus mejillas y su cuello, antes de volver a besar sus labios con intensidad. Él metió la mano por debajo del jersey de ella y el contacto la hizo gemir de gozo.

-Calma, calma -pidió Vann, mordiéndola en el hombro, con tono complacido.

Mel sintió que sus pechos endurecidos reclamaban caricias y se restregó contra él, notando su erección, antes de quitarse el jersey y el sostén con premura, exponiendo sus pequeños senos y la curvatura de su cintura. Se lamentó de su falta de experiencia cuando él le quitó los pantalones y las braguitas, para desnudarse a continuación y mostrarle su gloriosa masculinidad en estado de máxima excitación.

-Eres preciosa -murmuró él mientras se inclinaba para pasar la lengua por uno de sus pezones y luego succionarlo. A ella le dio la impresión de que todo empezaba a dar vueltas, poseída por las lujuriosas sensaciones que él forjaba. De pronto, perdió el miedo y dejó de sentir vergüenza para regodearse en su propia feminidad.

-No tengo preservativos -dijo él con una voz espesada por el deseo-. Tendría que ir a buscarlos.

-No importa -repuso ella, incapaz de separarse de él ni por un instante-. No hay problema.

-¿Estás tomando la píldora?

Ella no contestó, sabiendo que si decía la verdad, él se retiraría. Y

él tomó su silencio como un sí mientras ella se abrazaba a su cuerpo con fuerza. Pero él no la penetró de inmediato, sino que se aseguró de que ella estaba plenamente dispuesta besándola en los lugares más recónditos de su cuerpo mientras ella gemía cada vez con mayor intensidad. Cuando él decidió entrar en ella, Mel no notó dolor alguno, sino un éxtasis exquisito cuya intensidad fue creciendo a medida que él la embestía cuidadosamente. Ella levantó las caderas para acompasarse a su ritmo y se sintió llena y completa en medio de un espacio desconocido y protagonizado por las delicias del gozo.

Más tarde, acurrucada junto a su cuerpo, después de haber tenido la experiencia sexual más importante de su vida, volvió a pensar en el dolor que la había llevado hasta aquella habitación de hotel.

-Sabes lo que es el sufrimiento, ¿verdad? -preguntó ella refiriéndose a los padres de él.

-Sí -repuso Vann, comprendiendo la pregunta.

-Tiene que haber sido horrible.

-Sí.

-¿Qué pasó?

-No creo que te gustara saberlo.

-Cuéntamelo.

-¿Quieres que nos hagamos confidencias? -preguntó él con cinismo-. ¿Es eso la intimidad para ti? ¿Descubrir los secretos más profundos? Pensaba que todo el mundo sabía que mi padre murió borracho y que mi madre se suicidó al cabo de un año.

-¿Por qué? ¿Cómo pudo abandonarte así?

-Supongo que echaba de menos a mi padre. ¡Dios sabrá por qué! Nunca fueron felices. Como ella deseaba vivir en Inglaterra y él en Italia, pasaban muchos meses separados.

-¿Y tú? ¿Con quién vivías?

-Con el que hubiera ganado la partida en cada ocasión. Me utilizaban de arma arrojadiza y luchaban como posesos para tenerme consigo. Supongo que deberían haberse divorciado, pero habían crecido en un ambiente en el que la ética y la moral estaban por encima de todo. Yo no me sentía querido, apenas me hacían caso, ocupados como estaban en sus eternas reyertas. Pero cuando murieron, sólo sentí culpabilidad. ¡Una culpabilidad mortificante! ¡Como si yo hubiera podido hacer algo para ayudarlos!

-Lo siento -dijo ella con el corazón lleno de compasión y ternura, acariciándole el pecho. No le preguntó nada más porque sabía de su largo peregrinaje por casas de acogida y de cómo había empezado a ganarse el pan con trabajos indignos hasta que una noche, en un local nocturno, había agarrado una guitarra que alguien había dejado

abandonada y había improvisado una de sus primeras baladas, cosechando un éxito tal que, al poco tiempo, ya había formado una banda propia.

Pero Mel no quería pensar en ello porque, sin darse cuenta, volvía a sentirse excitada por sus caricias, al igual que él, según pudo comprobar al tocar su miembro viril. Al instante siguiente, él estaba de nuevo sobre ella, presionando su vulva con delicadeza a la espera de recibir permiso para volver a penetrarla. Ella gimió y él pasó a la acción, perdiéndose ambos por segunda vez en la gloria de los cuerpos compartidos.

Un extraño sonido la despertó. La luz grisácea de la mañana se colaba por una rendija entre las cortinas. El sitio de Vann en la cama estaba vacío, pero la huella de su cuerpo la hizo sonreír al recordar la apasionada sesión de amor nocturno.

Se puso en pie y se acercó a la ventana a tiempo de ver cómo despegaba el helicóptero en medio de una tormenta de nieve.

Alguien llamó a la puerta.

-Vann -exclamó ella, envolviéndose en la cortina-. Entra.

Pero era Bern Clayton, que se quedó de piedra al darse cuenta de que ella estaba desnuda.

-¿Dónde está Vann? -preguntó Mel.

-Se ha marchado. ¿Qué esperabas? -repuso él con rudeza-. Tiene una entrevista para la televisión y luego se marcha a Australia. Si pensabas haberte despedido de él, me temo que ya es demasiado tarde. A lo mejor no ha querido despertarte -añadió con cierta compasión al ver el dolor en los ojos de ella-. Me dijo que me ocupara de que desayunaras bien y de que llegaras a casa sin problemas.

A casa. En ese momento recordó que él le había pedido su número de teléfono, seguramente porque sabía que iba a tener que marcharse temprano.

-Me dijo que se pondría en contacto conmigo, pero no sabe dónde buscarme -anunció, desesperada-. Me pidió mi número de teléfono. Lo dejaré escrito en un papel antes de irme. ¿Podría usted entregárselo?

-Y eso fue... ¿antes o después? -preguntó el hombre con brutalidad.

Mel se humedeció los labios. ¿Qué sugería ese tipo? Lo vio menear la cabeza.

-Todas las jovencitas sois iguales -comentó-. Unas ingenuas. Os acostáis una noche con un hombre y os creéis que tenéis sobre él alguna especie de privilegio. Pero no es así. Especialmente con un hombre como Vann. No me gustaría tener que decirte esto, cariño, y siento mucho lo de tu hermana, pero él probablemente sólo pretendía que te sintieras mejor. Estoy seguro de que no quería herirte, pero

apareciste y estuviste dispuesta a... -levantó las manos como para dar a entender que no había nada más que decir.

-No fue exactamente así -susurró Mel, herida por lo inhumano de la conversación, que dejaba la ternura que habían sentido esa noche en un mero accidente sórdido.

-¿Qué te pensabas que era? ¿Algo verdadero entre él y tú? -se mofó el manager-. Cuando vayas creciendo aprenderás a no tomarte las cosas tan en serio. Venir hasta aquí no ha sido una buena idea. Vann tiene una carrera profesional y debe proteger su reputación. Si la prensa conociera vuestra relación, caería sobre ambos sin compasión. Pero lo menos que podemos hacer -dijo llevándose la mano a la cartera para sacar unos billetes- es pagarte la gasolina de vuelta a casa.

Ella se alejó del dinero que él había arrojado sobre la cama, sintiéndose como una prostituta.

¿Había hablado Vann con su manager en esos términos? No se lo podía creer, pero quizá fuera cierto que ella era sólo una ingenua.

-Si realmente quisiera contactar conmigo, no sabrá dónde encontrarme -insistió-. Si le doy mi número de teléfono, ¿se ocupará usted de que llegue a sus manos?

-Si quisiera buscarte te encontraría en un instante.

-Por favor...

-De acuerdo, se lo daré. Pero ya no puedo hacer nada más por ti. Déjalo encima de la mesilla antes de irte.

Y así lo había hecho ella, añadiendo una nota personal que, catorce años más tarde, la hacía encogerse de vergüenza. Tanto como la tontería que había cometido al compartir aquella noche con él. Era algo de lo que no quería acordarse y ni siquiera se lo había contado a su amiga Karen cuando ésta había preguntado. Sí le había contado lo que había pasado con su hermana y que se había enfrentado personalmente con Vann, incluso había mencionado que había llegado a desmayarse de puro agotamiento y que había pasado la noche en el hotel. Pero Karen había preferido no insistir al enterarse de que Sharon Ratcliffe había muerto al poco tiempo por causa del mismo defecto genético en el corazón que Kelly, incapaz de soportar su pérdida.

Seis meses más tarde, Mel había leído en una revista que la banda de Vann se había separado y nunca más había vuelto a saber nada de él.

Capítulo 4

JONATHAN conversaba amigablemente con varios clientes cuando Mel irrumpió en la terraza aquella noche. No había bajado a cenar por culpa de la migraña, pero se había recuperado lo suficiente como para darse una ducha y vestirse para asistir a la fiesta de bienvenida que había preparado para sus huéspedes.

-Mel..., me alegro de que te encuentres mejor -dijo Jonathan yendo a su encuentro y mirándola con aprecio.

Mel había escogido una camisola de crepé de un color verde pálido, sin mangas y de cuello escotado, y unos amplios pantalones a juego, que destacaban sensualmente su figura. Se había dejado el cabello suelto en una cascada de brillantes rizos color cobre y la impresión general, con sus ojos verdes y rizadas pestañas oscuras, era de una feminidad incuestionable.

-Estás estupenda -le susurró Jonathan, impresionado-. Permíteme que te consiga una bebida -añadió haciendo gestos a un camarero para que se acercara. Finalmente puso en sus manos una copa de champán-. Necesito hablar contigo ahora mismo -prosiguió en voz baja, echando un vistazo a un grupo de clientes que estaba en la esquina opuesta de la terraza.

Mel siguió el curso de su mirada y su pulso se aceleró al ver a Vann dominando el grupo con su altura. Sabía que no se había quedado a cenar y no esperaba que asistiera a la fiesta. Se volvió hacia Jonathan, que estaba a mitad de una frase.

-... Escuchado por casualidad cómo Vann le decía a Squire que está aquí para estudiar nuestra forma de trabajar y decidir si debe dejar la empresa Heywood en nuestras manos o asignársela a otra de las compañías de publicidad con las que suele trabajar.

-Tiene derecho a elegir -dijo Mel, concentrándose en la conversación-. Era sólo un broma -añadió al ver la cara de estupefacción de su jefe. Heywood era una gran empresa y Jonathan estaba preocupado por perderla como cliente desde que había cambiado de manos-. Somos los mejores, y toda la gente que hay aquí reunida lo sabe -remarcó Mel.

-Y tu trabajo consiste en que Vann se convenza de ello.

-¿Mi trabajo? ¿Por qué yo? -preguntó azorada por el dolor-. Estoy segura de que el señor Capella sólo querrá tratar con el jefe máximo, que eres tú -dijo tratando de no dejar que se notara su inquietud, próxima al pánico.

-Vamos, Mel, compréndelo -la urgió Jonathan con un deje de impaciencia-. Usa la cabeza. Puede que ese hombre hable un inglés impecable, pero es un italiano de sangre caliente, sensible a los

encantos de una mujer tan femenina como tú. Además, creo que le gustas.

-¡No seas ridículo! -exclamó Mel, indignada por la sutil sugerencia de Jonathan.

-Sé amable con él -le advirtió su jefe, enojado.

-¿Amable?

-Ya sabes lo que quiero decir.

-No estoy muy segura.

-Vamos, Mel. Deja de mostrarte tan reacia. No quiero decir que tengas que acostarte con él. ¿No se te habrá ocurrido semejante cosa, verdad?

Mel había contado con la protección de Jonathan para evitar en la medida de lo posible el contacto con Vann, pero la situación acababa de volverse contra ella.

-Lo único que te pido -insistió su jefe- es que uses tu brillante encanto. Tenemos que demostrarle nuestra hospitalidad. Por favor, no hagas nada que pueda ahuyentarlo -advirtió.

Mel sintió un escalofrío y dio un sorbo de champán con la esperanza de que el alcohol le templara los nervios. Mientras, la banda empezaba a tocar los primeros temas de baile.

-Haré mi trabajo -dijo con firmeza justo antes de que se oyera la voz de Jack Slater, que quería consultar algo con Jonathan.

Mel se alegró de poder quedarse a solas. Varias parejas danzaban sobre la pista de baile. Los demás estaban reunidos en grupos de pie, o sentados, bebiendo champán.

Aunque sabía que su obligación era circular entre los grupos, agasajando a sus clientes con su entretenida conversación, decidió que ya que iba a tener que ocuparse de la empresa Heywood, le vendría bien tomar un poco el aire para reflexionar sobre el tema.

Una vez se hubo asegurado de que nadie la miraba, se dirigió hacia el final de la terraza, poco iluminado, y apoyó los dos brazos sobre la balaustrada, sosteniendo aún la copa de champán entre las manos.

La cálida brisa le acarició los hombros desnudos. Al fondo se distinguían los reflejos plateados de algunos yates fondeados en las cercanías del puerto, pero ese espectáculo no era nada comparado con las miles de luces que destellaban en el cercano pueblo de Positano, como si se tratara de un cuento de hadas.

-¿Qué clase de viajero solitario necesita la protección de la Virgen María teniéndote a ti?

Mel se dio la vuelta tan rápido que casi tiró el champán. Temblando, observó que Vann se acercaba a ella, vestido con un traje oscuro que le sentaba de maravilla, aunque no llevaba corbata.

Haciendo un esfuerzo por apartar la vista de él, Mel alzó los ojos para admirar la estatua iluminada de la Virgen María que coronaba la cima de la ladera.

-Yo no soy infalible, ella sí -respondió, mirándolo a los ojos.

-Si un hombre depositara su confianza en ti, ¿podría salir escaldado? -bromeó él con cierto cinismo.

-Depende del hombre -afirmó Mel tomando un sorbo de champán.

-¿Qué estabas mirando con tanto interés? ¿El paisaje? ¿Acaso prefieres hacer turismo en vez de tener que atender a hombres como yo? -preguntó él con una sonrisa.

-Al contrario de lo que pueda parecer, estoy encantada de disfrutar de la compañía de mis clientes -aseguró ella con la mayor profesionalidad y una sonrisa radiante-. Pero la vista es tan irresistible, que no he podido evitar ceder a la tentación. No creo que nadie haya notado mi ausencia -se disculpó echando una mirada al cónclave de clientes que charlaba y reía-, nadie aparte de ti.

-Deberías visitar el pueblo vecino de Praiano, es una preciosidad, al igual que el resto de los pueblos hasta Amalfi. Puedo llevarte, es uno de los trayectos más románticos del mundo.

La excursión parecía interesante, pero el adjetivo que él había usado para describirla encendió todas las alarmas en la mente y el cuerpo de Mel.

-Eres muy amable, pero creo que estaré demasiado ocupada como para hacer viajes de recreo -repuso ella tratando de cerrar la puerta a una voz interior que la animaba a aceptar.

-¿Demasiado ocupada como para hacer felices a los clientes? -bromeó él con un ligero toque de amonestación-. Pensaba que ese era tu trabajo. Además, apostaría cualquier cosa a que eso era precisamente lo que tu jefe te estaba pidiendo mientras charlaba contigo dirigiéndome discretas miradas hace unos minutos.

-Podrías perder la apuesta, dado que es imposible que pudieras escucharnos desde el otro lado de la terraza.

-Soy un experto en interpretar el lenguaje corporal, me entretiene. Además, acabas de aceptar que me habías visto.

¡Maldito fuera!, pensó Mel tratando de conciliar los recuerdos del hombre tierno al que se había entregado hacía catorce años con el magnate cínico y sofisticado que tenía ante ella.

-¿Y qué otras conclusiones has sacado de nuestro lenguaje corporal?

-Que no sólo sois compañeros de trabajo.

-Eso no es verdad -protestó Mel sin pensar.

-En ese caso, baila conmigo.

Mel reprimió el instinto de negarse. Al fin y al cabo, él no la había reconocido ni era probable que lo hiciera. Pero no tuvo más remedio que confesarse a sí misma que, a pesar de los años transcurridos, de las lecciones aprendidas y de la madurez adquirida, se sentía tan atraída por él como el primer día. Y, aunque lo mejor era evitar cualquier tipo de contacto, excusarse resultaría descortés. Después de todo, ya acababa de rechazar una excursión turística, y era perfectamente consciente de las miradas de advertencia que le estaba dirigiendo Jonathan. Tenía que comportarse como una profesional.

-De acuerdo.

-Prometo no hacerte daño -repuso él tomándola entre los brazos-. Relájate, estás tensa.

« ¡Eso es porque no puedo soportar la situación!», se dijo Mel, deseando poder gritárselo a la cara. Sin embargo, cerró los ojos y se dejó llevar por las devastadoras sensaciones físicas que le provocaba el contacto con su cuerpo. Sólo habían compartido una noche, y luego él la había olvidado, pero ella estaba sucumbiendo a su encanto sin poder refrenarse.

-Dime, ¿de qué nombre es abreviatura Mel? -preguntó él-. ¿De Melissa?

Ella sintió.

-Es un nombre precioso -comentó él.

-Gracias.

-Igual de hermoso que la mujer que así se llama. ¿Me dijiste que tu amiga se iba a llevar a tu hija a Roma?

-Sí -respondió ella, sorprendida por el cambio de conversación.

-¿Debo entender entonces que no existe ningún señor Sheraton? No llevas anillo de casada, ¿lo estás?

Hubiera sido muy fácil mentir en ese momento para protegerse, pensó Mel, pero se dio cuenta a tiempo de que él podría descubrirla hablando con Jonathan o con cualquiera de los clientes.

-Ya no -lo embaucó.

-Y tampoco mantienes ninguna relación seria, aparte de las ilusiones que tu jefe pueda estar haciéndose, ¿verdad?

-¿Por qué dices eso?

-Por las miradas que me dirigiste el otro día en el bar de la playa.

-Pensé que te conocía -repuso ella, sin darse cuenta de la trascendencia de sus palabras. Al instante de haberlas pronunciado, deseó que se la tragara la tierra.

-¿Miras así a todos los hombres que crees conocer?

-¿Así? ¿Cómo? -inquirió ella, avergonzada.

-Somos adultos -repuso él-. No creo que haga falta que te lo

explique, pero si eso es lo que deseas…

-¡No!

-Luego sabes de lo que estamos hablando, ¿no es así?

-Escucha, siento haberte enviado un mensaje erróneo aquel día -se excusó ella débilmente, tratando de no perder la compostura-, pero la verdad es que mi mirada no era intencionada. ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

Él alzó una ceja mostrando su escepticismo.

-Desde luego -aceptó complaciente, sin que Mel pudiera entender cómo había abandonado el juego tan fácilmente.

-Hablemos de ti, por ejemplo. No sabía que nos estabas poniendo a prueba como empresa.

-No es un secreto -dijo él-. Estoy bastante satisfecho con mis publicistas habituales. Pero quiero lo mejor para Heywood, la empresa ha estado perdiendo mucho dinero.

-¿Puedo preguntarte por qué decidiste hacerte con las riendas?

-Austin es un viejo amigo y el precio de las acciones de la empresa había tocado fondo, lo que representaba una buena oportunidad de ayudar a un amigo sin arriesgar demasiado. Pero mis intereses no son puramente altruistas, quiero que Heywood vuelva a dar beneficios.

-Por supuesto -repuso Mel-. ¿Has pensado que haya podido ser culpa nuestra que las acciones hayan bajado tanto?

-Desde luego que no. Creo que ha habido problemas de mala gestión, unidos a un cambio de tendencia en el mercado. Pero estamos preparados para actualizar el producto.

-Entonces no eres un simple inversor, piensas tomar decisiones ejecutivas.

Él dejó que su mirada vagara perezosamente por el óvalo perfecto del rostro de Mel, deteniéndose brevemente en su boca para luego acariciar sus hombros mientras seguían bailando.

-Eso es exactamente lo que pienso hacer.

Mel se preguntó con excitación si él habría tomado esa decisión al saber que eso supondría tener que trabajar estrechamente con ella, aunque no creía que todo un magnate de acero fuera a dejarse llevar por las pasiones en lo tocante a negocios.

-He oído hablar muy bien del prestigio de vuestra empresa -prosiguió él-, por no mencionar los éxitos que os avalan. Y después de haber presenciado la presentación de esta mañana, entiendo vuestra fama. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Harvey?

Mel le dio una breve explicación sobre los cinco años que llevaba trabajando con Jonathan, desde su incorporación a la empresa como agente de ventas hasta su ascenso a directora de marketing.

Él la escuchó con atención.

-Y antes, ¿qué hacías?

-Me ocupaba de Zoé -repuso ella cautelosamente, reacia a hablar de su vida íntima-. Dividía mi tiempo entre los estudios universitarios y mi trabajo en casa como mecanógrafa. No tenía demasiado dinero en aquella época, pero cuando Zoé empezó a ir al colegio, dispuse de más tiempo para dedicarlo a mi carrera profesional.

-Entonces, tu marido estuvo contigo muy poco tiempo, ¿no?

Ella no había pretendido dar la impresión de que había criado a Zoé completamente sola, pero supuso que su tono de voz la había delatado.

-¿Qué haces con tu hija cuando estás trabajando? -insistió él, decidido a no dejar ni una sola piedra por remover-. ¿Tienes otras amigas en Inglaterra dispuestas a cuidar de ella?

Algo en su tono de voz la obligó a ponerse a la defensiva.

-Paso todo mi tiempo libre con ella y me preocupo de que hagamos cosas interesantes y educativas. Pero tengo que trabajar para vivir y Zoé lo sabe. Me tomo vacaciones cuando ella las tiene y el resto del tiempo está en casa de amigas de su misma edad. Odia que me comporte como una gallina clueca, es muy independiente y responsable para su edad.

-Me lo puedo imaginar -repuso él, metiéndole la mano por debajo de la camisola para apoyarla sobre la piel desnuda de su espalda.

Ella sintió la fortaleza y calor de esa mano y recordó vivamente el erotismo de su único encuentro sexual, pero trató de mantener la conversación.

-¿Crees que soy una trabajadora despiadada que descuida su casa y a su familia? -preguntó acusadoramente, sin saber muy bien por qué se había sentido atacada-. ¿Me estás criticando?

Unas sombras cruzaron el semblante de Vann mientras seguían girando al compás de la música.

-En absoluto. Al contrario, te admiro. Es evidente que has tenido que luchar contra muchas dificultades para encontrar tu puesto en la vida y eso es digno de encomio. Muestras coraje y determinación.

-Pero...

-¿Tiene que haber un pero? -preguntó él suavemente mientras la estrechaba contra sí.

Mel aspiró el profundo aroma especiado de ese hombre, consciente de que su cuerpo reaccionaba intensamente ante su proximidad. Siendo medio italiano, Mel sabía que Vann había heredado una cultura que respetaba profundamente los valores de la familia y que, de alguna manera, censuraba su modo de vida.

-Me temo que no estás seguro de que la vida que yo llevo coincida con el ideal de criar a una niña, ¿me equivoco? Sin embargo, tienes que entender que aunque yo deseo lo mejor para ella, la vida impone su propio ritmo.

-Sólo pretendía resaltar que debe ser difícil compaginar la vida laboral con la maternidad, sin un marido que te apoye -dijo él con la intención de aplacarla.

-Hay momentos mejores y peores -comentó Mel.

-Me lo puedo imaginar.

¿De veras?, se preguntó ella con amargura. ¿Era ese hombre capaz de imaginarse lo que suponía cuidar a una niña cuando estaba enferma? ¿De saber cómo era haber pasado apuros, ahorrando cada céntimo para poder sobrevivir durante los primeros años? ¿De lo que suponía hacer trabajos mal pagados mientras terminaba los estudios?

-¿Cuántos años tiene? -preguntó él-. Déjame que lo adivine. ¿Doce?

-Exactamente -repuso Mel con sagacidad, sabiendo que iba a cumplir los trece en breve y que esos meses de diferencia podían suponer mucho si él acababa reconociéndola.

-¿Recién cumplidos?

-¿Qué más da? Es sólo una niña.

-Supongo que sí -contestó él con el ceño fruncido.

La música se había acabado y las parejas se separaron para aplaudir a la banda. Automáticamente, ellos hicieron lo mismo.

-Bueno, gracias por el baile -dijo Mel con evidente alivio-. Creo que ahora debo atender un poco al resto de los clientes -dirigió un rápido vistazo a Jonathan, que los estaba mirando, y se dio cuenta de que no parecía demasiado contento-. Estaré encantada de comentar contigo las ideas que tengas con respecto a Heywood durante la semana, pero si tienes alguna pregunta que hacerme ahora...

-Sí, tengo una.

-¿Sí?

-¿Nos hemos visto alguna otra vez en el pasado?

Lo inesperado de su pregunta la dejó prácticamente bloqueada. Bajo su atento escrutinio, Mel se sintió casi mareada. Pero estaba convencida de que él no la había reconocido y ella no pensaba despejar sus dudas.

-Si hubiera sido así, me acordaría -mintió con una falsa carcajada.

Durante un instante le pareció que aquellos ojos perspicaces iban a ser capaces de derribar todas sus defensas, pero de pronto apareció John Squire y le dio una palmada en el hombro a Vann a modo de saludo. Mel aprovechó la ocasión para escabullirse, preguntándose cuántos episodios de ese tipo podrían aguantar sus nervios.

Capítulo 5

JONATHAN parecía estar de mal genio a la mañana siguiente mientras se reunía con Mel a la hora del desayuno, junto a una de las amplias ventanas del restaurante del hotel.

-Sé que te pedí que fueras amable con él -dijo sin preámbulo alguno, ocupando una silla enfrente de ella-. ¿Pero no crees que estás llegando demasiado lejos? Maureen Squire me comentó que hacíais una pareja estupenda -se quejó, celoso.

-Me limité a bailar con él -puntualizó Mel, deseando olvidarse de Vann Capella y de cómo se había sentido entre sus brazos. Estaba contenta de que no se alojara en el hotel, de que tuviera una casa de campo en los alrededores de la costa-. Teniendo en consideración la situación, no hubiera podido negarme, ¿no es cierto?

-No sólo bailabais, sino que llamasteis la atención de todos. ¿De qué hablabais con tanto interés?

Mel tuvo la tentación de decirle que eso no era de su incumbencia. Ya tenía suficientes problemas como para que Jonathan añadiera sus quejas. Pero había un contrato en juego.

-De su nueva campaña publicitaria. Y de Zoé.

Hablamos de Zoé -añadió dándose cuenta de que Vann había demostrado más interés por su hija en cuestión de unos minutos que Jonathan al cabo de los años-. Pero no lo subestimes, Jonathan, sabe que sólo pretendemos quedarnos con la cuenta de Heywood, no es tonto.

-Ni tú tampoco -advirtió él, tomándose un yogur-. Podría conseguir tus favores y olvidarte al día siguiente.

Como si no lo supiera, se dijo Mel, contenta al ver que Hannah se acercaba, vestida como ella, con una camiseta y unos pantalones cortos, para proponerle una excursión a Positano.

Era justo lo que necesitaba para distraerse, se dijo Mel, dispuesta a cualquier cosa con tal de alejarse de Vann y de Jonathan. Bajaron por el reguero de estrechas e incómodas escaleras que unían el hotel con el pueblo y su esfuerzo requirió tanta concentración, que ambas se echaron a reír al alcanzar el centro de Positano.

-¿Qué tal fue bailar con él? -preguntó Hannah, una vez sentadas en la terraza de una de las cafeterías mientras bebían un zumo de frutas.

-¿Con quién?

-Lo sabes perfectamente -repuso su ayudante con una risotada.

-Era una simple cuestión de trabajo -dijo Mel encogiéndose de hombros mientras miraba hacia los turistas que hacían cola para tomar el barco hacia Sorrento.

-¡Me gustaría tener un trabajo como el tuyo!

-¿De veras? No parecías estarlo pasando mal con Jack -le recordó Mel, sabiendo que Hannah estaba interesada por él.

Luego pasearon por las pendientes calles del pueblo, admirando diversas obras de artesanía. Pasaron por delante de la catedral hasta llegar a la playa. Cuando llegaron a la plaza donde el hotel tenía la cortesía de poner coches a disposición de los clientes a los que no les agradara la idea de trepar de nuevo por las estrechas escalinatas hasta su alojamiento, sintieron el bocinazo de un Fiat rojo conducido por uno de los camareros que había trabado relación con Hannah.

-Quiere saber si deseamos que nos suba hasta el hotel -dijo Hannah después de hablar con él.

-Vete tú -dijo Mel. Había visto una falda durante el paseo y estaba pensando en la posibilidad de volver para comprársela-. Quiero hacer unas compras. Gracias. Subiré en el autobús más tarde.

Se tomó su tiempo para remontar la cuesta arriba, llegó a la tienda y mientras deliberaba sobre la posibilidad de adquirir esa falda dorada y ocre de estilo gitano, oyó una voz a sus espaldas.

-Creo que está diseñada justo para ti. Y la misma falda te costaría el doble en Nueva York o en Roma.

Mel se dio la vuelta para ver la sonrisa de Vann, sintiendo que su presencia le originaba una mezcla de consternación y excitación.

-No estabas en el hotel esta mañana -dijo, tratando de hacer caso omiso a su aura de fuerza y vitalidad, pero dándose cuenta de que, con sus palabras, parecía que había estado pensando en él.

-Tenía que arreglar unos asuntos -dijo mirando la redondez de los pechos que se adivinaban bajo la veraniega camiseta y las piernas morenas que sus pantalones cortos dejaban al descubierto. Pero afortunadamente, la dueña de la tienda, una mujer de mediana edad, se acercó a ofrecer su ayuda en un inglés con mucho acento italiano. Vann respondió en un italiano fluido.

-Le he dicho que te ibas a quedar con ella.

-¿Siempre tomas decisiones por los demás? -preguntó Mel con incredulidad.

Él sonrió divertido.

-Ahorra mucho tiempo. Además, creo haber interpretado con acierto tu mirada de deseo.

Ella hizo una mueca, pensando que seguramente él no se había dado cuenta de lo que podían dar a entender sus palabras. Pero su presencia era demasiado inquietante y los recuerdos de la noche anterior unidos a los de aquella noche de pasión de hacía catorce años, le provocaron una punzada de deseo que le humedeció la entrepierna y endureció sus senos.

Evitó mirarlo mientras se dirigía al mostrador para pagar su compra.

-Signore -empezó la dueña del establecimiento para seguir con una larga perorata en italiano, de la que Mel no entendió ni una sola palabra, por lo que miró a Vann interrogativamente.

-Quiere saber si me gustaría comprar algún complemento para el amor de mi vida -tradujo él con tono divertido mientras la vendedora mostraba una delicada cadena de oro con una sonrisa.

-Supongo que le habrás aclarado las cosas. Que le habrás explicado que no somos pareja -respondió Mel, demasiado perturbada como para compartir su divertimento.

-¿Qué te ha hecho suponer que se trataba de ti?

Mel se sonrojó hasta la raíz del cabello al verse entrampada de aquella manera. Se sintió invadida por una suerte de malestar y desasosiego, lo cual era completamente absurdo. Al fin y al cabo, todos sus recuerdos habían permanecido enterrados durantes años.

-¿Por qué tengo la impresión de que disfrutas confundiendo a la gente?

-No lo hago. Sólo me resisto a decir que una cosa es blanca cuando yo la veo negra, eso es todo. ¿Quieres volver al hotel ahora? Vamos, te llevaré.

Su coche era el Aston Martin negro que ella había visto el día anterior. El olor a cuero de los sillones impregnó sus fosas nasales, pero toda su mente le pedía acabar con aquella situación cuanto antes. Sin embargo, él no era tonto, se dijo, sabía que ella le ocultaba algo, aunque no supiera lo que era. « ¡Tienes que decírselo!», gritó una voz en su interior. Y, sin embargo, no se sentía capaz porque hubiera supuesto una humillación difícil de soportar.

No se creía capaz de seguir atendiendo a Vann como cliente, pero desentenderse de él habría supuesto contarle la verdad a Jonathan, y eso era impensable. Además, se debía a su trabajo y era una profesional. No podía dejar que una noche olvidada hacía años arruinara su carrera, después de haber luchado tanto por ella.

Se alegró de que el coche aparcara finalmente delante del hotel, después de haber subido la ladera.

-Aparte de la conferencia de esta tarde, a la cual no podré asistir, no veo que haya otros compromisos en la agenda de la semana -dijo Vann mientras echaba el freno de mano.

Mel suspiró. ¿Significaba eso que él pensaba marcharse y acabar así con la pesadilla?

-Cierto. Puedes recuperar tu preciosa libertad -dijo con una carcajada.

-En ese caso, como no tienes otros compromisos, no te importará que monopolice tu atención para discutir varias ideas que tengo sobre la campaña publicitaria de Heywood. Me encantará escuchar tus expertas opiniones. Te recogeré mañana a las nueve y podremos conversar mientras hacemos una excursión por la costa.

Mel se sintió como si una apisonadora le hubiera pasado por encima.

-Estás de broma -dijo Karen cuando Mel la llamó para ver cómo estaba Zoé y para contarle que se había visto obligada a aceptar la propuesta de Vann Capella-. Pensaba que me llamabas para decirme que Jonathan te había pedido en matrimonio y que habías cedido.

-Ni loca -repuso Mel con una mueca.

-Pero supongo que no debe estar muy contento de ver crecer la intimidad entre tú y Capella.

Era verdad. Jonathan no se había mostrado especialmente feliz al saber que Vann pretendía llevársela para discutir la campaña publicitaria durante una excursión, en vez de en las salas del hotel, como hacía el resto de los clientes. A Mel le hubiera gustado señalarle el hecho de que había sido él mismo el que la había lanzado directamente en los brazos de Vann.

-Son negocios -se limitó a decir.

-¿De veras?

-Sí -repuso Mel, aunque su amiga ya no la escuchaba.

-Espérate a que se lo cuente a Simón -comentó con entusiasmo-. Por no pensar en tu hija. No hace más que hablar de él desde que llegamos a Roma. ¿Quieres hablar con ella?

No hubiera sido necesario hacer esa última pregunta porque Zoé ya se había lanzado sobre el teléfono.

-¡Tenías que habérmelo contado! -gritó Zoé, indignada-. Debería haberme quedado en Positano. Siempre eres tú la que más se divierte. ¡No es justo!

Mel se lo tomó con calma y le recordó a su hija que había sido ella la que había insistido en irse con Karen a Roma de compras, y que iban a pasar siete días maravillosos en cuanto llegara el fin de semana, alquilando un coche para recorrer las partes más bonitas de Italia.

Sin embargo, cuando colgó el teléfono se quedó con la sensación de que iba a tener que luchar mucho contra sí misma a partir de ese momento.

Estuvo tentada de ponerse la falda nueva, pero cambió de idea al pensar que podía estarle enviando a Vann un mensaje equivocado. Por lo demás tenía que reconocer que él llevaba la batuta, se dijo, desesperanzada, mientras escogía una falda de algodón en tonos

turquesa y azul marino, una chaqueta a juego y una blusa turquesa.

A pesar de su determinación, no pudo evitar que el pulso se le acelerara cuando, desde uno de los sofás de la recepción, entrevió a Vann aparcando delante del hotel. Ella llegó a la puerta al mismo tiempo que él la abría para entrar.

-Buon giorno -la saludó.

Mel se quedó temblando por su profundo tono de voz con acento italiano. No pudo evitar percibir la carga letal de carisma y virilidad que él desprendía y que la mantenía atraída como por un imán. La camiseta gris que llevaba, junto a unos pantalones claros y sueltos, marcaba la anchura de sus espaldas y la musculación de su torso. Su cabello negro brillaba por encima de ese ceño fruncido con aire intelectual, acentuando la silueta de una nariz fuerte y de pómulos y mandíbulas prominentes.

-Buon giorno -saludó ella a su vez, con una sonrisa, consciente de cómo él la miraba de arriba abajo mientras salían a la calle.

-Debes ser la primera mujer que no me hace esperar -la felicitó él, abriendo la puerta del pasajero.

-Soy una mujer de negocios, Vann. Hace ya mucho tiempo que aprendí que el tiempo es oro y que tener a alguien esperando resulta caro y descortés.

-¿Lo mides todo en términos de tiempo y dinero? -preguntó él desde el asiento del conductor.

-Sí, cuando estoy trabajando. Suponía que una persona de tu categoría sabría apreciarlo.

-Sí, desde luego -repuso él con un ligero tono de burla-. Vamos, Mel -añadió con expresión más seria mientras encendía el motor-, relájate durante unas horas. Ese es el secreto del éxito. Trabaja hasta el límite si es necesario, pero diviértete tanto como trabajas.

Sintiéndose extrañamente aleccionada, Mel dejó caer la espalda sobre el respaldo de cuero, tratando de seguir sus instrucciones mientras bajaban la sinuosa ladera. Se dejó encantar por lo pintoresco del pequeño pueblo de Positano, mientras atravesaban a su paso diversos atascos. Un perro se cruzó en su camino, pero saltó hacia atrás tan a tiempo que Vann soltó una carcajada.

-Creo que no está permitido que los perros hagan eso en Inglaterra -bromeó Mel, recuperándose del susto.

-Tampoco creo que aquí sea legal -se rió Vann, contento al ver que ella sonreía-. Eso está mejor -comentó antes de volver a depositar la atención en la carretera.

En cuestión de minutos salieron del pueblo y enfilaron hacia el sur, por una autovía que bordeaba los impresionantes acantilados.

-¿Cómo se llama esa isla? -preguntó Mel.

-Es sólo una entre muchas, y el archipiélago se llama Sirenusa. Se dice que hace mucho tiempo un rey quiso construir un castillo y su hechicero le dijo que para contentar a los dioses debería matar a todas las aves de corral de las islas. Pero una niña consiguió salvar a su gallo, escondiéndolo en la cama, y cuando este cantó a la mañana siguiente el hechicero decidió que los auspicios estaban en contra. Es por eso que Positano carece de castillo.

-Me da la impresión de que pretendes embaucarme -sonrió Mel.

-¿Por qué habría de hacerlo? Esas historias de viejas siempre contienen algún elemento de verdad.

-De acuerdo, será verdad -rió Mel con ganas. Hacía tiempo que no se sentía tan feliz. Era estupendo estar bromeando con él de esa manera. Jamás en los últimos catorce años había pensado que una situación como esa fuera posible. A pesar de los inconvenientes, se sintió dispuesta a divertirse-. ¿Y qué le pasó a la niña?

-¿A la niña? -repitió él encogiéndose de hombros-. ¿Quién sabe? No era importante para la historia.

Esas últimas palabras alteraron los nervios de Mel.

-Pues a mí me parece que debería tener una importancia capital -dijo en tono casual mientras una corriente fría recorría su alma.

«No te dejes conducir hacia el terreno de lo personal», se advirtió a sí misma. «No estás aquí para divertirte, a pesar de lo relajante e interesante que pueda llegar a ser la excursión». Sintió dolor al pensar que ella había dejado de ser importante para él a la mañana siguiente del día en que se habían conocido. Que él no había sentido la necesidad de buscarla durante todos aquellos años. Tenía que entenderlo, ella no había significado nada para él. Creía que lo tenía completamente asumido, pero su súbita aparición, así como su insistencia por pasar tanto tiempo con ella, la había sumido en un estado de desconcierto insuperable. Pero si él se enteraba de quién era ella, no sólo tendría que pasar por la humillación de no haber sido reconocida, sino también probablemente por la de que él ni siquiera recordara aquella noche.

Sería una idiotez dejarle mezclarse en sus sentimientos por segunda vez, se dijo. Especialmente cuando por fin había conseguido que su vida transcurriera tranquilamente y se sentía dueña de su propio destino. La vida sentimental de su madre había sido demasiado complicada y frustrante como para que ella acabara en la misma trampa. Zoé y ella vivían felizmente y así tendrían que seguir las cosas.

-Tienes una mirada implacable -comentó él sacándola de sus

pensamientos.

-¿De veras? -respondió ella sin poder evitar un gesto tenso-. Es todo este... paisaje, me cuesta asimilar tanta belleza -añadió sin mentir del todo.

Se dio cuenta de por qué él le había dicho que era una de las excursiones más románticas del mundo a medida que cruzaban pueblos blancos decorados exuberantemente con los tonos rojos y rosas de los geranios y las buganvillas. Las montañas dominaban el pasaje de la izquierda y los acantilados marinos el de la derecha. Los bancales de tierra estaban llenos de vides y cítricos, salpicados por bellísimas mansiones en cuyos terrenos destacaba el azul inmaculado de las piscinas. De vez en cuando se atisbaba una pequeña cala a la que se podía acceder por una estrecha escalinata empinada y donde anclaban pequeñas embarcaciones.

-Jamás he visto un paisaje tan bonito -aseguró ella.

-Me lo creo -repuso él.

Ella soltó un grito al ver que un autobús se les acercaba en dirección contraria, obligando a Vann a dar un volantazo que los arrimó peligrosamente al borde del acantilado.

-Relájate -dijo él, divertido por la risa trémula de ella-. Estás totalmente a salvo conmigo.

Pero eso ella ya lo sabía, las ruedas del Aston Martin se pegaban a la carretera y la conducción de Vann era impecable. Miró esas manos seguras, unas manos que en cierta ocasión habían acariciado su cuerpo, marcándola de tal manera que nunca había podido llegar a sentir lo mismo con ningún otro nombre.

Recuperó los recuerdos de aquella noche sin vergüenza, sintiendo una necesidad física que su voluntad no podía controlar.

En ese momento, él empezó a hablar de sus ideas para la campaña publicitaria, de las cosas que se le habían ocurrido para mejorar la productividad de la empresa y la imagen corporativa frente a la competencia. Habló demostrando unos conocimientos de marketing y de cómo funcionaba la psicología del consumidor que ella estaba lejos de suponer que tuviera, pero que explicaban en gran medida su éxito empresarial de los últimos años.

Ella se mantuvo atenta a sus palabras, matizando ciertos aspectos con la fuerza de su propia experiencia profesional y recibiendo como respuesta el halagador aplauso incondicional de su cliente. Él la animó a que siguiera hablando y ella supo que estaba realmente impresionado.

Pararon a tomar un café en Amalfi, delante de la impresionante catedral. Y seguían hablando de negocios cuando el camarero les trajo

el segundo capuchino.

-Formamos un buen equipo -dijo Vann con una sonrisa satisfecha-. Estoy pensando en ofrecerte un trabajo en la dirección de mi multinacional.

Ella sabía que sólo bromeaba, pero su corazón latió más aprisa.

-Para mí sólo eres un cliente más -se apresuró a afirmar con amabilidad-, un cliente con el que estoy encantada de intercambiar ideas. Pero adoro mi trabajo y tendrías que pagarme un salario desorbitado para seducirme -añadió con mayor seriedad.

-¿Quién ha hablado de seducción? -preguntó él con intención mirándola a los ojos.

-Hablaba en sentido figurado -repuso ella, desconcertada por el tono íntimo que había cobrado la conversación súbitamente.

-¿Cuántos años tienes, Mel?

-Treinta y uno. ¿Cuántos te pensabas que tenía? -preguntó al ver que él alzaba una ceja.

-Suponía que alrededor de esa edad, ya que tienes una hija de doce años, pero la verdad es que no aparentas más de veinticinco.

-Todo el mundo dice lo mismo. Guardo un retrato en el ático.

-¿Para que absorba las consecuencias de todos tus pecados mientras tú te mantienes joven y pura?

-¿Te gusta Oscar Wilde?

-Admiro su ingenio.

-¡Qué casualidad! -comentó Mel, sintiéndose feliz al saber que compartían intereses literarios-. ¿Pero quién afirma que yo sea joven y pura?

-¿No lo eres? -preguntó él con una sonrisa- ¿Me equivoqué al compararte con la Virgen María?

-Totalmente -sonrió ella ante la provocación mientras daba un sorbo al café. La nata estaba fría y el café caliente, el contraste era maravilloso.

-¿Qué pasó con el padre de Zoé? -preguntó él de improviso.

-¿Qué? -se sorprendió ella, agitada-. Nada, no funcionó -improvisó rápidamente.

-¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Ella depositó la cuchara sobre el platillo.

-Muy poco, en realidad. Se marchó antes de que Zoé naciera.

-¿No llegó a conocerla? Qué difícil tuvo que ser para ti -comentó comprensivamente.

-Fue culpa mía. Era joven e impetuosa -aclaró ella deseando cambiar de tema.

-Demasiado joven para el compromiso, eso está claro -dijo él con

tono de censura-. ¿Y nunca has sentido la tentación de casarte con otro hombre?

-¿Por qué tendría que hacerlo? Tengo una casa preciosa, un trabajo estupendo y una hija maravillosa.

-¿Y eso te parece suficiente? -preguntó él con una mirada inquisitiva.

¿Lo era?, se preguntó Mel, sintiendo lástima de sí misma.

-Sí -respondió con firmeza-. Al contrario de lo que la sociedad pueda pensar, el destino de una mujer no siempre tiene por qué acabar en el matrimonio. Ese es mi caso.

-¿Ni siquiera por el bien de tu hija?

-Nunca me casaría sólo por ella. Tendría que estar enamorada.

La magia de la mañana había perdido su encanto súbitamente, barrida por su incómodo interrogatorio. Y por una punzada de culpabilidad propia generada por el inquietante pensamiento de que quizá se estaba equivocando al privar a su hija de conocer a su verdadero padre. Al recordar la conversación con Zoé del día anterior, no tuvo más remedio que aceptar que a su hija le habría gustado contar con una figura paterna, aún sin conocer la identidad del hombre que le había salvado la vida en la playa.

-¿No apruebas mi estilo de vida, verdad? -dijo ella al cabo de unos momentos.

-No tengo suficientes datos como para aprobar o desaprobar -repuso él con calma apaciguadora-. Pero sí sé que cuando se menciona el tema, te pones a la defensiva.

-¡Eso no es cierto! -repuso ella faltando a la verdad, pero sin encontrar otra respuesta posible que le permitiera mantener la privacidad.

-Puedes echarle la culpa a mis ancestros italianos por pensar que una niña necesita tener un padre y una madre. Creo sinceramente que esas dos visiones del mundo ayudan a los niños a crecer saludablemente. Pero es sólo una opinión.

-Y como opinión la respeto, pero estoy contenta con la vida que llevo y nunca me casaré sólo por el bien de mi hija. Aunque pueda parecerte egoísta, si alguna vez tengo un marido será un hombre que me ame y al que yo corresponda -dijo ella apurando el café con cierto nerviosismo.

-¿Dónde fue, Mel?

-¿Dónde fue qué?

-¿Dónde nos hemos visto anteriormente?

Capítulo 6

LOS OJOS de él eran tan intensos que ella bajó la mirada para estudiar el jarrón de flores amarillas que decoraba el centro de la mesa.

-¿Has conocido a tantas mujeres que no puedes recordarlas a todas? -preguntó al fin con una carcajada fingida.

-Contéstame.

-Bueno, si realmente nos hubiéramos conocido en el pasado -repuso ella con coraje ocultando sus sentimientos tras una máscara-, mi ego sufriría al saber que se me puede olvidar tan fácilmente.

-Olvidarte sería completamente inhumano.

«Pues eso es exactamente lo que has hecho», gritó una voz dentro de ella.

-Me imagino que utilizas esta misma táctica con todas las mujeres -lo acusó al fin con desenvoltura intentando recobrar el control de sus emociones.

Él la agarró de pronto por la muñeca con fuerza y ella soltó un gemido de sobresalto.

-No me dedico ni me he dedicado nunca al halago fácil. Lo único que sé es que algo vibró entre nosotros en aquel bar de la playa, creo que sentimos algo en común y que esa sensación se mantuvo hasta que me oíste hablar y supiste quién era. ¿Por qué te cerraste en banda?

-Ya te lo he dicho. Recibiste una impresión equivocada...

-¿Es por eso por lo que el pulso te late a toda velocidad? ¿O piensas negar también la evidencia?

-Es pura química -contestó ella con un ligero gesto de menosprecio.

-Y tú estás dispuesta a resistirte hasta el final, ¿no?

-No quiero complicaciones -admitió ella con sensatez.

-Yo pagaré -dijo él al ver que Mel abría el bolso, después de que el camarero hubiera dejado la cuenta sobre la mesa mientras hablaban.

-Eres mi cliente -se quejó ella.

-Olvídalo -dijo él con un tono firme e incisivo que la obligó a desistir-. ¿Lista para marcharnos?

Al intentar cerrar la cartera, Mel dejó caer varias fotografías con gesto nervioso. Vann se inclinó a recogerlas y se fijó en una de Zoé con su madre en una playa. Mel estaba en bikini y Zoé en bañador con una gorra de béisbol puesta al revés. Después de estudiarla durante unos segundos, se las devolvió.

Poniéndose en pie, Mel observó cómo las líneas del rostro de Vann parecían haberse endurecido. Daba la impresión de que hubiera perdido el humor que había sido la tónica del resto de la mañana. Pero ese no era su problema, se dijo, siguiéndolo hasta el coche que

estaba aparcado a pleno sol. Entraron y él puso el aire acondicionado, cuyo ruido los excusaba de conversar.

Vann pasó un brazo sobre el asiento de ella y giró la cabeza. Para dar marcha atrás, pensó Mel antes de darse cuenta de que la tenía atrapada entre sus brazos e iba a besarla.

Ella murmuró una protesta ahogada, tratando en vano de separarse de él, pero su boca la buscó con ansia y Mel perdió la partida, dejándose envolver por su masculino aroma y por la cálida y afrodisíaca proximidad de su cuerpo. Dándose por vencida, lo abrazó y abrió la boca para intensificar el beso, para dar salida a una necesidad que llevaba varios días acechándola y que sólo podía satisfacer ese hombre.

De pronto, él dio por finalizado el contacto, la soltó y quitó el aire acondicionado.

-Ahora ya sabemos de lo que hablamos, ¿no? -preguntó Vann sin esperar respuesta mientras maniobraba marcha atrás, dejando a Mel avergonzada y sorprendida por la profunda avidez de su propio cuerpo.

Había caído una tormenta durante la noche, pero la mañana era soleada, el aire estaba limpio y olía a jazmín. Jonathan estaba apoyado en la baranda de la terraza, hablando con Hannah y con otro de sus ayudantes mientras admiraban las vistas, cuando llegó Mel para reunirse con ellos.

-¿Lo pasaste bien ayer? -preguntó Jonathan con una sonrisa fría.

El resto de los presentes debió intuir la tensión que denotaban sus palabras porque todos desaparecieron rápidamente después de dar los buenos días.

-Fue un día muy constructivo -respondió ella con tono profesional. Se habían visto durante la cena del día anterior, pero habían estado tan ocupados con los clientes que no habían podido intercambiar palabra-. De hecho, Vann ha prometido traer hoy un resumen de sus ideas para reconducir la campaña publicitaria de Heywood, así que tendrás la oportunidad de echarles un vistazo si quieres. No te preocupes, Jonathan -añadió con una espléndida sonrisa-, creo que sigue con nosotros.

-Eso no me preocupa, lo que realmente me preocupa es que esté intentando seducirte.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Mel sin saber si él había detectado algo sospechoso en su comportamiento.

-Pasaste mucho tiempo con él ayer. Jamás pensé que fueras a pasar todo el día fuera. De hecho, había pensado en salir contigo a comer en algún restaurante pintoresco... Pero el negocio es el negocio -concluyó

más apaciblemente.

No sólo eso, pensó ella. Después de aquel beso que había parecido querer demostrar que había algo entre ellos a pesar de las reticencias de Mel, Vann no había vuelto a mencionar el tema. Tras salir de Amalfi, habían regresado a Positano para celebrar un almuerzo tardío mientras seguían hablando de negocios, unidos esa vez por una compartida inclinación hacia la degustación de vinos. La sobremesa había sido larga y él había conseguido guiarla hacia temas de conversación de tipo personal, poniéndola en dificultades para responder sin traicionarse. Mel había detectado un cierto cinismo en su forma de hablar y se había preguntado si tendría que ver con la categórica negación de haberse conocido en el pasado que ella había hecho en Amalfi. Vann no era idiota y parecía sospechar firmemente haberla conocido con anterioridad. Pero lo único que Mel podía hacer, dadas las circunstancias, era rezar para que la semana terminara sin que él hallara la respuesta en su memoria.

-Lo estás sobrellevando sin problemas, ¿no? -preguntó Jonathan con gesto preocupado al verla tan ensimismada.

-Por supuesto -aseguró ella forzando otra sonrisa-. Como siempre, Jonathan. Y tienes razón, a mí también me gustaría pasar un rato contigo y disfrutar del entorno.

-Pues lo siento, pero necesito disponer de ella durante unas horas -dijo la voz de Vann-. Eso sí, prometo devolvértela sana y salva en cuanto terminemos de hablar de negocios.

A Mel se le cayó el alma a los pies antes de que su corazón empezara a bombear a toda velocidad al volverse para mirarlo a los ojos.

-Buenos días, Vann -lo saludó Jonathan-. No hay problema. Tómate todo el tiempo que necesites. Mel estará encantada de atenderte.

-Gracias, haré buen uso de sus conocimientos -comentó Vann con una sonrisa burlona que respondía a la torcida mirada que Mel le había dirigido-. ¿Lista, Mel?

-¿Adonde vamos? -preguntó ella al ver las llaves del coche en su mano.

-He pensado que podemos estudiar todos los papeles que tengo en mi casa de la costa. No te preocupes por tu virtud porque estaremos acompañados por Quintina, mi ama de llaves.

-Estás muy positivo esta mañana. ¿Has pensado en firmar un contrato con nosotros?

-Eso depende.

-¿De qué?

-No soy una persona fácil de satisfacer -dijo él, abriendo la puerta

del hotel para cederle el paso a Mel.

Su casa de la costa era una residencia lujosa y laberíntica, situada muy cerca de Positano, con vistas espectaculares sobre el mar. Las paredes exteriores estaban pintadas de blanco y forradas de espléndidas buganvillas de color violeta. Los suelos estaban cubiertos de baldosas de barro, como era costumbre en la zona.

Al salir del coche refrigerado, Mel sintió toda la potencia del sol italiano sobre sus hombros mientras Vann la guiaba por la escalinata de mármol hasta la puerta principal. Dentro, el ambiente era fresco y acogedor. A Zoé le hubiera encantado, pensó Mel con una punzada de culpabilidad. El amplio vestíbulo estaba sobriamente decorado con antigüedades y las superficies adornadas por ramos de flores frescas. No le dio tiempo a pensar en quién sería responsable de tanta delicadeza femenina porque al instante se presentó una mujer de mediana edad, que sólo podía ser Quintina.

Él hizo las presentaciones.

-Quintina es la encargada de convertir mi casa en un hogar -explicó Vann-. Marco, su marido, atiende el jardín y los huertos, pero no lo vas a conocer hoy porque está en Sorrento. Estamos solos con Quintina.

-Tengo una grande familia -balbuceó Quintina en inglés-. Sé cómo cuidar a... un uomo... un hombre.

A Mel le gustó la mujer.

-Es una cuestión de práctica, ¿no? -repuso amablemente.

Vann le dijo algo a Quintina en italiano y la mujer rió antes de contestarle. La relación entre ellos parecía sana y cordial.

-¿Qué ha dicho? -preguntó Mel.

-Que eres una mujer preciosa, pero que me ande con cuidado porque guardas secretos ocultos -explicó Vann una vez hubo enviado a Quintina en busca de refrescos.

Mel rió desconsoladamente.

-¿Es clarividente?

-No lo sé. ¿Tú qué opinas?

Lo penetrante de su mirada la dejó con la boca seca. Mel se preguntó si Vann sospechaba que le estaba mintiendo. Levantó la mirada de sus ojos verdes y buscó en los de él, con una mezcla de esperanza y miedo, la primera señal de reconocimiento. Pero él apartó la vista.

-Pongámonos a trabajar -dijo Vann.

Pasaron la mayor parte de la mañana en su despacho, una sala en la que se repetía la elegancia de toda la casa, muebles clásicos, pinturas originales, una pared forrada de libros y un gran ventanal

que daba al jardín.

En una vitrina, junto a otras piezas de cerámica y cristal, se encontraba un disco de platino enmarcado que había captado inmediatamente la atención de Mel.

-Mi último tributo a una época de locura -dijo Vann.

-¿No lo echas de menos? -preguntó ella, alejándose incómoda de la vitrina.

-No -su respuesta había sido fría y decidida-. Después de que nuestro manager nos robara y de que el resto de la banda discutiera, dejó de interesarme el tema.

-¿No te hubiera podido pasar algo así en cualquier otro negocio?

-Es cierto. Pero aquella experiencia me enseñó algo muy importante.

-¿Qué?

-Me enseñó a mantener siempre el control.

-¿No contabas con el control sobre millones de chicas que te admiraban y gritaban hasta desgañitarse en los conciertos?

-Eso cansa al cabo de cierto tiempo -repuso él con una máscara de granito antes de mostrar una sonrisa mientras recorría con los ojos los hombros y las doradas piernas de ella-. ¿Y tú, Mel? ¿Conseguí hacerte gritar a ti también?

Mel se sentía ciertamente debilitada por su atento escrutinio y no pudo evitar recordar aquella noche que habían compartido juntos, unidos por la pasión y el éxtasis. Se sintió excitada.

—Como acabas de decir... será mejor que nos pongamos a trabajar.

Era casi la hora de comer cuando Vann anunció que necesitaba darse un baño en la piscina.

-¿Has traído bañador? -le preguntó a Mel-. Si no, puedo intentar buscar algún bikini que te sirva.

-No será necesario -dijo ella-. He venido preparada. Había pensado utilizar la piscina del hotel en algún momento del día. Después de nuestra reunión.

-Sin tirantes -dijo él al verla salir del lujoso dormitorio con un bikini de color melocotón, cuya parte inferior constaba de dos triángulos sujetos por unas cintas.

Llegaron a la piscina y él se tiró de inmediato, nadando hasta el otro extremo donde la esperó bajo una cascada artificial.

-No hay nada más feo que ponerse un vestido sin tirantes y que se vean las marcas del bañador -explicó ella.

-Sí, yo también comparto esa preocupación -bromeó él.

Ella se echó a reír, sintiéndose más relajada.

-Si yo fuera la propietaria de esta casa, nada podría alejarme de

ella -dijo nadando hacia la cascada-. No se cómo puedes soportar tantos viajes.

-Las obligaciones internacionales hacen mucho más dulce el regreso. Paso largas temporadas en Nueva Cork, Chicago y Londres. Pero como he vivido mucho tiempo en Inglaterra, me siento medio italiano y medio inglés, nunca un extranjero. Pero siempre regreso a esta casa cuando necesito descansar y olvidarme de todo. ¿Y tú?

-¿Yo qué?

-¿Dónde naciste? ¿Dónde creciste?

Mel se tensó. Le había dicho el día anterior que había pasado la mayor parte de su vida adulta en Londres, así que optó por encogerse de hombros.

-La verdad es que nunca estuvimos mucho tiempo en un lugar fijo -repuso evitando mencionar el nombre de la ciudad donde había vivido con Kelly.

Él asintió, aparentemente satisfecho mientras Mel soltaba un silencioso suspiro de alivio.

-Tus padres se divorciaron, ¿no?

-Sí. Mi padre abandonó la casa familiar cuando yo era muy pequeña, ni siquiera lo recuerdo.

-Así que la historia se ha repetido contigo.

A ella le costó un cierto trabajo acordarse de que, oficialmente, su marido también la había abandonado. Pero no respondió, porque él la acababa de rozar accidentalmente con el brazo y ella se había quedado atónita por el erotismo del contacto.

-¿Creciste sin padre? -preguntó él-. ¿O tu madre volvió a casarse?

-Ella volvió a casarse.

-Así que al menos disfrutaste de un padrastro.

-No por mucho tiempo -no le gustaban sus preguntas ni las sensaciones de su cuerpo ante su proximidad, así que se lanzó a nadar. Después de dar unas cuantas brazadas, se volvió con espontaneidad y dijo-: Él también nos abandonó.

Vann la siguió y llegaron juntos a la otra orilla.

-¿Es por eso por lo que odias a los hombres? ¿O es por alguna otra cosa? Por algo que pasó durante tu matrimonio, quizá...

-Yo no odio a los hombres -dijo intentando alejarse. Pero él la retuvo, tomándole la barbilla entre el índice y el pulgar.

-¿De veras?

-Completamente cierto. Eso sólo son imaginaciones tuyas para poner a salvo tu ego.

-¿Crees que mi ego necesita rescate?

-¿Tú no?

-Posiblemente -concedió él-, pero sigo pensando que tienes un problema con los hombres.

-Es normal que lo pienses, porque sabes que no tengo ni la menor intención de irme a la cama contigo.

-¿Te lo he pedido acaso?

Ella se sonrojó.

-Te gusta incomodarme, ¿verdad? -lo acusó.

-Al contrario, me gustaría que estuvieras más relajada, pero creo que no puedes porque tienes miedo.

-¿Miedo de qué?

-Del compromiso. Del sexo. Del rechazo. De las necesidades físicas de tu propio cuerpo -dijo él tomándola de la mano para besarla en la palma de forma tan sensual y tierna que ella mantuvo una auténtica batalla para contener una emoción que amenazaba con hacerla llorar, aparte de dejarse sentir en todas las partes de su cuerpo-. No tengo intención de hacerlo, Melissa -dijo él para tranquilizarla-, pero la verdad es que estás deseando que te lleve a la cama. Lo deseas tanto que apenas puedes contenerte.

Un sonido los obligó a apartarse el uno del otro.

Vann miró con cierta irritación a Quintina, que decía algo incomprensible para Mel.

-Si, Quintina -dijo Vann con impaciencia.

-Grazie. Buon giorno -le dijo a Mel.

-Buon Giorno -contestó ella.

-Quintina tiene que ir a Positano y el taxista ha llamado diciendo que el coche se ha averiado -explicó Vann saliendo de la piscina-. Tengo que llevarla. Quédate aquí y disfruta. No tardaré.

Mel dedujo que él se había secado y vestido a toda velocidad porque a cabo de unos minutos oyó cómo el Austin se alejaba.

Desconcertada por lo que había pasado, salió de la piscina, se dejó caer en una tumbona y se concentró en sus pensamientos, preguntándose hasta cuándo podría mantener el engaño. Se estaba volviendo loca al tener que fingir con tanta intensidad bajo el intenso escrutinio de Vann. Supo que se estaba comportando como una estafadora y no le gustó nada reconocerlo. Pero no había podido prever que él aparecería de nuevo en su vida ni que su proximidad la iba a afectar de tal manera. Aquella fatídica noche había actuado de forma inconsciente y vergonzosa, olvidando los riesgos de entregarse por completo a sus caricias. Sin embargo, en ese momento ya era una mujer adulta, capaz de controlar sus instintos más básicos y de mantener la relación en un plano meramente profesional. Pero no había contado con que él la tocara y eso había bastado para

demostrarle que no era en absoluto inmune a ese hombre. De hecho, el efecto que él ejercía sobre ella parecía haberse multiplicado con el paso de los años y la madurez.

Estaba tumbada boca abajo, tratando de calmar sus pensamientos, cuando sonó su teléfono móvil.

Mel se incorporó a medias y buscó el aparato dentro de su bolso de lona.

-¿Mamá?

-Sí. ¿Qué pasa, cariño?

-Nada, tonta -respondió su hija, ajena a las preocupaciones catastrofistas de su madre-. ¿Por qué iba a tener que pasar algo?

-Porque no sueles llamarme durante el día. Quedamos en que te llamaría yo, a no ser que pasara algo importante.

-Es importante -anunció Zoé con impaciencia-. Tengo un par de amigos que viven en el mismo bloque que Karen y quieren que los acompañe a un concierto el viernes...

-¡No! -gritó Mel poniéndose en pie.

-Mamá...

-No y no, es definitivo.

-Pero mamá...

-No hay peros que valgan, Zoé. He dicho que no. No pienso dejarte ir a un concierto tú sola.

-Pero si no voy a ir sola, somos cuatro. ¡Y Gina tiene dieciséis años!

-¡Como si tiene sesenta! -dijo Mel sin poder hacer nada para contener el pánico-. No vas a ir, que te quede claro.

-¿Por qué no?

-Porque te lo digo yo -aseguró Mel mientras sus propias palabras la hacían sentirse avergonzada. No le hubiera gustado tener que oírlas de un adulto cuando era pequeña.

-¡Eso no es una razón! Es por lo que le pasó a Kelly, ¿no? Karen me avisó de que no me dejarías ir.

-Karen tiene razón. Dile que se ponga.

-Pero mamá...

-Dile que se ponga, Zoé.

Mientras oía cómo su hija se quejaba de ella por haber olvidado lo que significaba ser joven, Mel se dejó caer de nuevo sobre la tumbona, a la espera de oír la voz de Karen.

El sol estaba en su cenit y caía entreverado por las ramas de una adelfa cuyas flores rosas olían de maravilla.

Las losetas de barro estaban bastante calientes, pero Mel apenas lo notaba. Su teléfono perdió parte de la cobertura y sólo pudo oír a su amiga entrecortadamente.

-... cuando... le dije que tú no querrías...

-¡Por supuesto que no voy a dejar que vaya! Llévatela de compras, Karen. Déjala que se vaya al zoo, o al cine, a cualquier parte... menos a un concierto pop. Por Dios, Karen, asegúrate de que lo comprende. Yo sólo...

La conexión se cortó.

-¿Hola? ¿Hola? -insistió Mel. Desesperada, volvió a marcar, pero no había señal. Suspiró profundamente, con las facciones en tensión por la preocupación, cuando se dio cuenta de que Vann estaba junto a ella.

-¿Problemas? -preguntó él.

Sorprendida, Mel trató de componer una sonrisa. No se había dado cuenta de su llegada. ¿Cuánto habría escuchado?

-Era una llamada de Zoé -intentó explicar.

-Nada malo, espero.

-No, sólo el típico capricho de una adolescente rebelde. Se perdió la cobertura.

-¿Por qué no usas mi teléfono?

-No, gracias, no importa, ya había terminado.

-Pues a mí no me lo ha parecido. Me ha dado la impresión de que estabas luchando contra viento y marea para imponer tus razones.

-¿De veras? -rió ella nerviosamente-. Bueno, ya conoces a las niñas que se creen que son mayores.

-Nunca he tenido ninguna. Pero sí sé lo suficiente como para darme cuenta de que pueden mostrarse inflexibles y obligar a los adultos a tomar medidas demasiado severas.

-¿Demasiado severas? Como bien has dicho, no has tenido ninguna, así que no creo que sepas de lo que hablas. No creo que haya nada malo en que una madre quiera proteger a su hija. En cualquier caso, no sabía que me estabas escuchando.

-Me ha resultado imposible evitarlo. Estabas completamente histérica -dijo él con una mueca, bien plantado sobre los pies y con los brazos en jarras-. Y ambos sabemos por qué, ¿no, Lissa?

-¿Cómo lo has adivinado? -balbuceó ella, atónita, tanto física como emocionalmente, de pie en bikini mientras él estaba completamente vestido-. ¿Ha sido ahora, mientras hablaba por teléfono?

-Supongo que esa conversación ha confirmado mis sospechas. Pero lo cierto es que sentí algo especial desde el principio, desde aquel día en el bar de la playa. También cuando nos volvimos a ver durante la presentación de la empresa. Cuando bailamos. Y cuando ayer ví la fotografía de Zoé...

-¿Zoé?

-Sí. Llevaba el cabello tapado y la expresión del óvalo de su rostro me recordó inmediatamente a aquella chiquilla enfadada que apareció por mi hotel hace... ¿cuánto? ¿Trece? ¿Catorce años?

-Trece años y medio, para ser exactos -puntualizó ella, dándose cuenta de que eso era lo que le había hecho cambiar de humor el día anterior-. ¿Por qué no dijiste nada? -le preguntó con cierto tono acusatorio.

-¿Que por qué yo no dije nada? -repuso él con sarcasmo-. Eres tú la que te has empeñado en ocultar tu identidad. ¿Por qué, Lissa? ¿O debo llamarte Melissa? Me temo que vas a tener que aclarármelo.

-Mi nombre es Melissa. Pero no me gustaba a los dieciocho años y decidí acortarlo para dejarlo en Lissa. No tenía la menor intención de engañar a nadie y supongo que luego me hice mayor y seguí llamándome Mel, como cuando era niña.

-¿Por qué me has mentido? ¿Por qué has fingido no conocerme? -preguntó con tono de censura-. ¿Te avergüenzas, Melissa? -añadió con soma.

-¿Cómo puedes culparme? -repuso ella, atreviéndose a mirarlo a los ojos-. No estoy especialmente satisfecha de mi comportamiento aquella noche, cuando me acosté con el hombre que mi hermana idolatraba y por el que perdió la vida. Especialmente teniendo en cuenta que él jamás volvió a interesarse por mi paradero.

-Pero lo hiciste.

-Necesitaba, ya sabes... sentirme consolada.

-Y yo estaba allí.

-No -replicó ella a la defensiva.

-¿No? Dime la verdad, Melissa. ¿Llegaste esa noche con la única intención de llevarme a la cama?

-¡En absoluto! -exclamó ella con énfasis-. ¿Por qué habría de hacer una cosa así? Yo no era una de tus admiradoras. Me sentía terriblemente dolida, por Dios santo.

Él la miró con una ceja alzada.

¿Qué quería insinuar esa mirada? ¿Que no deberían haber hecho el amor dadas las circunstancias? ¿No entendía las devastadoras y complejas emociones que la habían llevado a suplicarle que la amara? ¿Se habría quedado atónito al recibir su nota? ¿O no la había recibido y por eso la estaba tratando como si para ella haber hecho el amor con él no hubiera significado nada?

-Estaba furiosa. Sólo pretendía hablar contigo.

-Pero se presentó la oportunidad de hacer algo más que hablar y...

-¡No! Yo no veo así las cosas...

-Fue culpa mía -la interrumpió él-, no tuya. No debería haber

permitido que llegáramos tan lejos. Yo era mayor que tú y debería haber utilizado la cabeza, cosa que no hice porque estaba trastornado y tú... eras tan complaciente y deseable... que no pude negarme. Fue una maldita noche de placer, que ambos lamentamos inmediatamente.

« ¡Yo no lo lamenté!», quiso gritar Mel, indignada por la trivial manera en que él acababa de describir lo que había sido el acontecimiento más importante de su vida. « ¡Te escribí y deseaba que te pusieras en contacto conmigo!» « ¡Pero no lo hiciste!» No lo había hecho, dedujo Mel con dolor, porque ella sólo había supuesto para él la aventura inesperada de una sola noche. Sin embargo, el hecho de que Vann pensara que ella se había desentendido del asunto a la mañana siguiente sólo podía significar que no había recibido su nota, de lo cual se alegraba enormemente.

-Bueno, lo cierto es que yo era joven y estaba dolida -dijo para consolidar la versión oficial de los hechos-. Y, como bien dices, tú estabas allí cuando yo necesitaba consuelo. Me lo diste. Eso es todo -añadió sin poder evitar que su voz se quebrara al final de la frase, incapaz de contener sus verdaderas emociones por completo.

-No -replicó él, colocándole un mechón de cabello-. Eso no es todo. Pretendes que me crea lo que has dicho, pero sé que te estás engañando, Melissa. Lo que yo creo, cariño, es que si me atreviera a tocarte acabarías estremeciéndote entre mis brazos, igual que aquella noche, por mucho que prefieras que no sea así.

-No, por favor -suplicó ella al sentir cómo sus dedos se deslizaban por su cuello, sin poder ocultar que sus pezones estaban enhiestos debajo de la parte superior del bikini.

-¿Suplicas, Mel? ¿La mujer invencible necesita implorar clemencia? Pensaba que eras inmune.

-Vann, no me hagas esto -rogó-. Compartimos aquella noche y luego todo se acabó. Finito.

-¿Finito? Créeme, amor mío, lo nuestro aún no ha empezado -dijo él acariciando su escote-. No sé por qué estás tan a la defensiva, pero estoy seguro de que no puedes evitar sentir por mí lo mismo que yo por ti -añadió, dispuesto a besarla.

Ella murmuró una protesta que se perdió bajo la intensa presión de sus labios. Las manos que había levantado para defenderse abrazaban su cuello. Atrapada entre sus brazos, gimió de placer.

-¿Aún lo niegas? -preguntó él en tono retador-. Sabía que en cuanto te tocara tu respuesta sería fogosa -dijo besándola por toda la cara-. Mientes, Melissa, y ya sabes lo que pasa con las mentiras... que se acaban descubriendo.

Ella estaba excitada por la dulce promesa de sus palabras, sus

pechos pedían a gritos ser acariciados y cuando frotó sus caderas contra las suyas, sintió la inequívoca prueba de que él estaba excitado.

Vann levantó la cabeza para deshacer el nudo que sostenía la parte superior de su bikini, que cayó al suelo como una pluma. Él miro con deleite sus pechos altos y redondos. Mel no se atrevió a mirarlo, pero dejó que le acariciara los senos y cerró los ojos para disfrutar del inusitado placer mientras él gemía de gozo al saber que tenía la batalla ganada, al tiempo que su boca lamía y succionaba sus pezones.

Ella deseaba hacer el amor con él, lo deseaba por encima de todo porque sabía que sólo ese hombre era capaz de satisfacerla por completo. Pero no estaba dispuesta a entregarse a un hombre que volvería a utilizarla egoístamente. Y, sin embargo, las sensaciones que la embargaban eran tan exquisitas que le permitió deslizar las manos por su vientre hasta llegar a los lazos que sujetaban la parte inferior del bikini, que deshizo inmediatamente, dejando caer la prenda.

Durante un instante abrió los ojos para verse tan desnuda como una ninfa, y luego volvió a cerrarlos para dejar que sus sentidos expectantes se recrearan en la oleada de calor que hacía temblar todo su cuerpo.

Vann le acarició el vientre antes de ponerse de rodillas para agarrar su trasero y degustar con la boca el dulce néctar de su feminidad.

Ella gimió extasiada, disfrutando de la libertad de estar completamente desnuda y sabiéndose en manos de un hombre capaz de conducirla hasta la cima del placer. La sensación de agonía era deliciosa.

-No -murmuró Mel, rezando sin embargo para que él no se detuviera.

Vann apretó aún más su trasero y dejó que su lengua se introdujera con destreza en las profundidades de su vulva. Ella tensó el cuerpo y se agarró al cabello de él, a la espera del torrente de suculentas convulsiones que no tardaron en sacudirla, para finalmente alcanzar las más altas cotas del éxtasis.

Cuando su respiración volvió a normalizarse, Mel oyó el alegre repiqueteo de la cascada artificial y admiró la azulada transparencia del cielo mientras Vann apoyaba la mejilla contra su vientre.

-¿Te encuentras bien? -preguntó él después de ponerse en pie.

Mel asintió, incapaz de hablar. De pronto había vuelto a sentirse avergonzada y terriblemente expuesta en su desnudez. Antes de que pudiera envolverse en una toalla, Vann se quitó la camiseta y se la ofreció.

-Toma -dijo suavemente-. Póntela.

Ella la aceptó, agradecida. Era suave, estaba caliente y olía a su aroma. Se alegró de que fuera lo suficientemente larga como para cubrirla hasta la mitad del muslo.

-Quintina nos ha preparado algo de comida antes de irse -explicó él, como si nada hubiera sucedido-. Reúnete conmigo en la cocina cuando estés lista.

Él debía estar atravesando por momentos de frustración, se dijo ella, observándolo mientras se alejaba, porque no cabía duda de que se había excitado tanto como ella. Sospechó que Vann había sacrificado su propio placer para dejar bien claro que ella lo deseaba. Pero... ¿para qué? ¿Para demostrarle que había mentido al decir que él sólo había representado un consuelo pasajero para ella? ¿O porque quería evidenciar que ninguna mujer era capaz de resistírsele?

¿Y ella? ¿Cómo se sentía? ¿Su respuesta desinhibida, a pesar de la convicción en contra, podía significar que lo único que había entre ellos era puro sexo? ¿Que las razones para haber hecho el amor con él aquella noche habían perdido peso? Ni siquiera se atrevía a planteárselo en serio.

Recogió su bikini y se metió en el cuarto de baño de la suite para darse una ducha y borrar las huellas de lo que había pasado.

Almorzaron en una cocina de estilo rural, con vistas al bien cuidado huerto de Marco.

A pesar de todo, Mel comió con voracidad el pan y los quesos de la región, acompañados de una ensalada de tomate.

-Ya veo que Harvey tenía razón al hablar de tus hábitos alimentarios. ¿Has recuperado el apetito, Mel? -preguntó él con cierta soma.

Ella se sonrojó y tomó la copa de vino como distracción al verse indefensa.

Se alegró de que, después de meter la vajilla en el lavaplatos para ayudar a Quintina, se dirigieran de nuevo al despacho de Vann. Aún tenían que tomar algunas decisiones sobre la nueva campaña publicitaria. Sin embargo, al cruzar bajo el dintel de la puerta, Mel se tropezó y acabó en sus brazos.

-Cuidado -dijo Vann-. No creo que Harvey y Asociados me miraran con demasiado aprecio si les devuelvo a una de sus mejores empleadas herida.

«Si tú supieras», pensó Mel, consciente de que no tenía ni la menor idea de cómo iba a poder recuperarse de lo sucedido ese día. Le había costado años superar aquella noche de hacía catorce años, si es que lo había superado realmente.

-Creo que has tomado demasiado el sol, tienes la piel enrojecida -

dijo Vann-. Tenemos que hacer algo.

-Tengo una crema hidratante en el bolso -murmuró ella, dirigiéndose hacia las escaleras. Se untó los hombros con una crema para la cara, pero le dolía la piel de la espalda.

-Tienes la espalda quemada -dijo él desde la puerta-. ¿Estás segura de que no necesitas esto? -añadió agitando un bote de aftersun-. Trágate el orgullo, Mel, y déjame que te lo aplique.

Ella se giró y se bajó los tirantes del veraniego vestido. Él le frotó la espalda con la refrescante loción y ella cerró los ojos para abandonarse a las sensaciones y dejarse adueñar de nuevo por el deseo. Él la había dejado satisfecha hacía menos de una hora y, sin embargo, no parecía suficiente.

-Lo sé -dijo él con voz ronca- estás sufriendo una verdadera agonía, ¿verdad? Tengo que confesarte que me siento culpable por haberte dicho que lamentaba haber hecho el amor contigo aquella lejana noche. No es verdad. Te deseaba tanto como te deseo ahora. No puedo seguir luchando, Mel.

Cuando Vann se inclinó para besarla, ella le echó los brazos al cuello con tanta pasión como él estaba demostrando. Daba la impresión de que una válvula de presión hubiera estallado en mil pedazos, dejando un torbellino de pasiones que sólo buscaban ser satisfechas.

Liberado por fin de la contención, Vann le quitó el vestido mientras ella le sacaba la camiseta de los pantalones.

-Dios santo, Mel...

Él la levantó en brazos sin esfuerzo aparente, como había hecho la primera vez, y la llevó hasta la gigantesca cama del dormitorio, recostándose junto a ella y terminando de desvestirse.

Él era todo un espectáculo de pura masculinidad, desde los marcados músculos del torso hasta el prominente miembro viril.

Ella tenía la entrepierna húmeda y abrió las piernas como las alas de una mariposa, invitándolo a penetrarla mientras él se colocaba un preservativo que había tomado de la mesilla de noche. Entró en ella sin mayores preámbulos, adentrándose en la magnífica suavidad de su interior hasta llenarla por completo.

-Eres preciosa -murmuró mucho más tarde-. Y hacer el amor contigo es todo un lujo, como ya sabía. A pesar de que sólo tuvieras dieciocho años y me odiaras, ya eras la mujer que todo hombre desearía meter en su cama.

Ella estaba recostada de lado, con la cabeza apoyada sobre el hombro de él. «No te odiaba», quiso haber dicho.

-Eso es todo un halago -comentó-, procediendo como procede de

un hombre que debe haber conocido a cientos de mujeres.

-No tantas.

-En aquella época se te tiraban a los brazos. -Reconozco que no carecía de oportunidades.

-A las que te resististe como un caballero, supongo.

-No a todas, Mel -murmuró él suavemente-. No me resistí a ti, ¿verdad?

Pero lo había intentado, pensó ella, feliz de que él no hubiera decidido recordar ese detalle.

-Me causaste una profunda impresión, Mel -prosiguió él-. El recuerdo de tu llanto de sirena mientras hacíamos el amor me persiguió durante mucho tiempo.

Ella sintió una punzada de esperanza. Al final, parecía que él no la había descartado de sus pensamientos tan pronto.

-Pero no quisiste seguir en contacto conmigo -dijo Mel, pensando que aunque no hubiera recibido la nota, podría haberla buscado.

-Eso es cierto -concedió Vann-. Pensé que no resultaría conveniente dadas las circunstancias.

¿Por causa de Kelly?, se preguntó Mel. ¿O porque había decidido que jamás podrían compartir un futuro en común? El destello de esperanza se esfumó, dejando tras de sí sólo el cálido letargo del sexo consumado.

-Lo entiendo -sentenció ella sin dejar traslucir sus verdaderos sentimientos, pero incapaz de rechazarlo cuando Vann volvió sobre ella.

Los labios de él habían empezado a lamer la sensible piel que cubría su clavícula y ella lo deseó de nuevo, a pesar de que ya sabía que terminaría con el corazón destrozado.

Las cálidas manos masculinas habían retomado la danza mágica a través de su cuerpo. Ella contuvo el aliento mientras él succionaba sus pezones, dejándose llevar por una catarata de emociones.

-Vann, Vann... -lo llamó-. No deseo ninguna clase de vínculo.

Él respiro con fuerza, lamiéndole todavía los pechos antes de levantar la cabeza para mirarla.

-Mi querida niña, aunque no te hayas dado cuenta, ya estamos vinculados -murmuró él con una sonrisa sensual, aún atrapado, como ella, en un deseo esclavizante-. No creo en que el destino esté escrito, pero hay ciertas cosas que pasan porque tienen que pasar. Esta... química... ha existido entre nosotros desde el principio. Jamás había visto a una chica con tanto coraje como tú. Fue verte y desearte.

«Pero no lo suficiente como para buscarme después», pensó ella, sin atreverse a dar contestación alguna.

-Estamos vinculados, Mel -prosiguió él-, para lo bueno y para lo malo. Negarlo no cambiará las cosas. Nos deseamos. Así que será mejor que disfrutemos aquí y ahora. No te estoy pidiendo un compromiso.

Desde luego que no, reflexionó ella con dolor, pero agradeciendo su honestidad. Y, evitando todo freno, enroscó las piernas en torno a la cintura de él mientras se dejaba besar los pechos.

Durante los días siguientes se vieron e hicieron el amor multitud de veces, tantas como sus obligaciones les permitían. En casa de él. En la habitación de ella. O en su yate, sobre cubierta y bajo las estrellas. Nunca parecían satisfechos y encontraban un placer especial en desnudarse urgentemente el uno al otro en cuanto podían disfrutar de un poco de intimidad, para dar paso al flujo de pasiones que los llevaría indefectiblemente al éxtasis.

-No sabía que se podía llegar a tanto -dijo Mel después de una sesión amorosa especialmente tórrida-. Jamás entendí a la gente que daba tanta importancia al sexo, siempre pensé que eran exageraciones.

-¿Sexo? -preguntó Vann, pensando que la palabra se quedaba corta para describir la necesidad que sentían-. Menos mal que no has permitido que Harvey intimara demasiado contigo. No creo que fuera capaz de satisfacer tu apasionada naturaleza.

Estaban en el yate de Vann y habían navegado costeando durante toda la mañana. Era su último día juntos. Mientras Mel tomaba el sol desnuda sobre cubierta, pensó en lo que le había dicho Jonathan dos días antes.

-Te estás acostando con él, ¿no? ¡Te has vuelto loca! No pensarás que exista la menor posibilidad de compartir el futuro con él, ¿verdad?

No lo pensaba, pero se había sentido humillada al oírlo de labios de Jonathan, especialmente cuando él había seguido echando sal en la herida.

-Es un empresario con un gran prestigio internacional y, además, multimillonario. La gente como él se mueve en círculos diferentes de los tuyos o los míos. Sólo está viviendo una simple aventura pasajera. Espero que sepas lo que haces.

Lo sabía, porque Vann había sido honesto con ella. Él no buscaba un compromiso para toda la vida, al menos no con ella. Además, era consciente de que cuando la semana hubiera tocado a su fin, ella volaría a Roma para pasar una semana con Zoé por la Toscana. Y después retornaría a su vida cotidiana, olvidando la locura de aquellos días.

-¿De verdad tienes que hacer ese viaje por la Toscana? -preguntó

él, como si le estuviera leyendo el pensamiento-. ¿Por qué no pasamos esa semana juntos?

-No puedo. Tengo planes.

-Deshazlos. -Además, está Zoé.

-¿Y...? A mí me gustan los niños. Piénsalo, Mel, otra semana más juntos.

-No sería lo mismo -dijo ella, evitando las tentaciones de aceptar.

-No, supongo que no tendríamos más remedio que refrenar un poco nuestros instintos.

-Y después... ¿qué?

Él pareció dudar durante un instante.

-Ya te lo he dicho. Sin ataduras. Eso fue lo que acordamos, ¿no? -Cierto.

-Gracias, pero no -interpretó él con tono sorprendentemente amargo-. ¿Qué nos queda por decir? ¿Te deseo un buen viaje? ¿Ha sido agradable conocerte? -añadió con tono fatalista, como si no tuviera ningún sentido pensar en la posibilidad de continuar la relación.

-Tengo otros planes, Vann. Mi agenda está llena de compromisos y no puedo faltar a mi palabra.

-Desde luego que no -dijo él con tono duro y una mueca sombría —. Es lo mismo de siempre, el triunfo de la mujer tozuda e independiente.

-¡Eso no es justo!

-¿Nunca has tenido un sueño, Melissa?

-Claro que sí -repuso ella, preguntándose por qué él parecía tan enfadado-. He soñado con esa independencia de la que pareces mofarte. Quería ser yo misma y tener éxito -no dijo que también hubiera deseado tener una familia llena de hijos, junto a un hombre que la amara.

Él se lanzó sobre ella y ambos rodaron, desnudos, sobre la tablazón de la cubierta.

-¡Pues no se puede negar que has conseguido tu objetivo! -gritó antes de besarla de forma despiadada y punitiva, como la había besado en Amalfi, sólo que en esa ocasión Mel le devolvió su propia furia. Deseaba herirlo tanto como ella se sentía herida por dentro, por no haberla amado como ella lo amaba a él, se dijo, reconociendo que estaba enamorada, que siempre lo había estado, que él le había robado el corazón aquella noche en el hotel cercano a Bath, impidiéndole así rehacer su vida con ningún otro hombre.

Hicieron el amor como si fuera la última vez, porque lo era. Aunque una poderosa fuerza la animaba a aceptar su invitación para

la semana siguiente, sabía que no debía ahondar más en la relación si pretendía restablecerse pronto. Y, además, la convivencia con Zoé supondría serias complicaciones con las que no deseaba enfrentarse.

Capítulo 7

EL AEROPUERTO de Nápoles estaba lleno de gente, principalmente turistas haciendo largas colas. Mel tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para abrirse paso entre el gentío, con una maleta que parecía pesar toneladas a pesar de que tenía ruedas y una bolsa de mano cuya correa se le clavaba en el hombro. Finalmente llegó hasta la fila del mostrador de vuelos internos donde obtendría la tarjeta de embarque para Roma. Después de haber pasado la noche sin dormir apenas, se sentía agotada y muy sola. Todo el mundo a su alrededor parecía estar con alguien, había familias con niños, parejas...

Pero ella tenía a Zoé, no podía olvidarlo. Sólo se sentía sola porque durante los últimos días había estado constantemente acompañada.

-Billetes, por favor.

Aliviada al darse cuenta de que ella era la siguiente, se dispuso a abrir la cremallera de la bolsa de mano donde llevaba el pasaporte y el billete. Estaba abierta, debía haberse olvidado de cerrarla. Buscó entre sus efectos personales una y otra vez, pero no pudo encontrar lo que buscaba. De pronto se dio cuenta de que había sido robada.

-¡Mi pasaporte, mi cartera, todo! ¡Me han robado!

La azafata de tierra no parecía impresionada.

-Lo tenía todo al salir del taxi, lo sé -dijo Mel con énfasis a la pareja de italianos que estaba detrás de ella y que se había ofrecido a explicarle cuáles eran las gestiones pertinentes.

Tenía que ponerse en contacto con la policía, denunciar el robo, hablar con el consulado británico y pedir un nuevo pasaporte de tramitación urgente. Pero todo eso llevaría su tiempo.

-Tengo que telefonear a mi hija -dijo Mel con nerviosismo-. Habíamos quedado en el aeropuerto de Roma.

Karen y su marido iban a volar a Suiza para celebrar su segundo aniversario de boda en cuanto Mel hubiera llegado. Habían acordado verse en el aeropuerto de Roma, pero ella ya no podría llegar a tiempo.

Buscó su teléfono móvil en la bolsa, pero el ladrón también se lo había llevado.

-¿Puedo usar uno de sus teléfonos, por favor? -le pidió a la azafata-. Tengo que ponerme en contacto con una amiga.

La llevaron hasta una pequeña oficina, pero nada más entrar Mel se dio cuenta de que el teléfono de Karen, que llevaba apuntado en un papel guardado en la cartera robada, también había desaparecido. Tampoco tenía dinero ni tarjetas de crédito. Estas últimas tendría que cancelarlas, pero el número de teléfono de cancelaciones estaba en la agenda de su teléfono móvil. Rió histérica durante unos instantes

antes de convencer con mucho trabajo al oficinista para que las cancelara. Después llamó al teléfono móvil de Zoé, pero estaba desconectado.

Si no podía llamar a Karen ni a Zoé, ¿cómo podía hacerles llegar el mensaje de que no llegaría a tiempo a Roma? Ya habrían salido de casa, se dijo Mel echando un vistazo al reloj de pulsera. Y el despacho de Simon estaría cerrado durante el fin de semana, de modo que no había posibilidad de conseguir el número de Karen por ese camino. Estaba atrapada en aquel aeropuerto sin ningún contacto y sin dinero, incapaz de reunirse con su hija, que era lo único que importaba. Ni siquiera le importaba tener que cancelar las vacaciones, pero tenía que ponerse en contacto con Zoé. ¿Cómo?

-¿Qué voy a hacer? -le dijo al oficinista.

-¿No hay nadie en Italia que...?

Un pensamiento que ya se la había cruzado por la mente cobró fuerza. Al fin y al cabo, sí existía alguien, ¿no?

Marcó un teléfono.

-Buon giorno -dijo Quintina al otro lado de la línea.

-Soy Mel, Quintina. ¿Está Vann en casa?

«No está», se dijo para sí mientras se producía un silencio tal que parecía haber perdido la conexión.

-¿Melissa? -dijo la profunda voz de Vann con sorpresa, llenándola de alivio.

-¡Vann! Necesito que me ayudes. Se trata de Zoé.

-¿Zoé? -preguntó él con preocupación-. ¿Qué le ha pasado?

-Nada -lo tranquilizó ella-. Pero no puedo ponerme en contacto con ella. ¡Está esperándome en el aeropuerto de Roma y yo he perdido el vuelo porque me han robado el billete y todo lo demás!

-Venga, venga, tranquilízate y cuéntamelo todo más despacio.

Ella se calmó un poco y le dio todo tipo de explicaciones.

-Quédate donde estás -le pidió él-. Voy ahora mismo a buscarte.

-¿Y Zoé? Estará esperándome en el aeropuerto. Karen y Simon van a tener que cancelar su viaje por mi culpa. No creo que se atrevan a dejarla sola, pero ella es tan cabezota que insistirá en que se vayan. Jamás podría perdonarme que le sucediera algo a mi hija.

-No va a pasarle nada -aseguró él flemáticamente, asumiendo el control de la situación-. Tengo contactos en Roma. Mandaré un coche para que la recoja y dejaré un mensaje para Karen en el mostrador de llegadas. No te preocupes. Todo va a salir bien.

-No quiero causarte demasiados problemas -dijo Mel en tono de disculpa-. Sólo me importa Zoé. No tienes por qué ocuparte de mí.

Él chasqueó la lengua, divertido.

-¿Pretendes que rescate a la hija y deje a la madre abandonada en el aeropuerto de Nápoles?

«Sí», se dijo Mel. «Porque ella es joven y vulnerable. Porque sólo tiene doce años. ¡Y porque es tu hija!» Durante un instante Mel creyó haberlo gritado en voz alta, pero se dio cuenta de que no había sido así al volver a oír la tranquilizadora voz de Vann.

-Haz lo que te he dicho. Voy a buscarte en cuanto resuelva el asunto de Roma.

Una vez hubo colgado el teléfono, Mel se dirigió a la comisaría del aeropuerto para cursar la denuncia pertinente y luego lo esperó en el vestíbulo, disfrutando de un café y unos bollos que le había ofrecido el personal de tierra. Cuando lo vio llegar, se sintió regocijada.

-Vann -dijo antes de lanzarse entre sus brazos-. Gracias por venir.

-Ha sido un placer -susurró él-. ¿Para qué están los amigos?

A ella se le saltaron las lágrimas al oírlo. Ni siquiera sabía que él la consideraba una amiga.

El viaje hasta la casa de Vann fue tranquilo y, mientras el coche devoraba kilómetros, Mel pensó que él había conseguido el objetivo de retenerla a su lado, ayudado por el destino.

-Esto de rescatar a las mujeres de la familia Sheraton se está convirtiendo en una costumbre -comentó él secamente, sin saber que acababa de tocar la fibra sensible de Mel.

Ella lo miró y durante un instante dudó sobre la posibilidad de contarle la verdad, pero se contuvo.

-Debes sentirte bastante orgulloso.

-¿Por qué dices eso? No estarás pensando que yo he organizado el robo para traerte de vuelta, ¿no? Aunque la verdad es que a lo mejor lo habría hecho, si se me hubiera ocurrido. Pero no lo hice. Acabas de sufrir un trauma. No sólo has perdido tus enseres más valiosos, sino que te has preocupado hasta el límite por Zoé. Por supuesto que no me siento orgulloso, aunque admito que me alegro de que estés aquí. Mentiría si dijera lo contrario, pero no me siento orgulloso en absoluto.

Mel se sintió escarmentada por sus palabras. Y, sin embargo, le estaba tremendamente agradecida por haber tomado el control de la situación. Karen había recibido el mensaje y la había llamado al teléfono móvil de Vann. Incluso había hablado con Zoé.

En ese momento, sentada al lado del hombre que amaba, sabiendo que Zoé estaba de camino, Mel trató de no preocuparse por las complicaciones que todo ello traería consigo.

-¡Este sitio es estupendo! -gritó Zoé con entusiasmo bajando las escaleras después de haberse instalado en su propia suite. Había

estado lanzando gritos de sorpresa y alabanza desde que había llegado, con muchas más maletas de las que se había llevado, excitada por el viaje desde Roma en un coche de lujo, con un chofer que hablaba inglés y había estado bromeando con ella todo el tiempo mientras ella veía películas de vídeo.

Mel aprovechó que Zoé había decidido darse un baño de espuma antes de acostarse para darle las gracias a Vann por tratar a su hija con tanto esmero.

-¿Creías que me había olvidado de lo que significa ser joven? -contestó él, estrechándola contra sí cuando ella se levantó del sofá para irse a la cama-. Puede que no tenga hijos propios, pero sé que el aburrimiento puede llegar a atormentar desesperadamente a los adolescentes. Y te agradezco que me des las gracias porque es lo menos que puedes hacer -añadió en un ligero tono de burla.

Antes de que ella pudiera darse cuenta, él la había besado virilmente en la boca, consiguiendo que el cuerpo de Mel respondiera con ardor, haciendo caso omiso a una voz interior que le pedía constantemente que le contara la verdad. Lo haría, se lo contaría, pero todavía no.

Él hizo un esfuerzo para separarse de ella.

-Te he prometido contenerme, así que será mejor que te vayas a la cama antes de que me arrepienta.

Vann había insistido en que ocuparan habitaciones separadas. Y ella había pensado en un principio que era por causa de Zoé, pero empezaba a plantearse si no sería por culpa de sus sirvientes. Durante la semana anterior habían sido muy discretos y sólo habían hecho el amor cuando no había nadie en la casa. Si decidían compartir el dormitorio, Quintina y Marco lo sabrían y su relación dejaría de ser un secreto de cara al público, lo cual podía suponer un inconveniente para él.

Habían pasado dos días y, bajo el sol de la mañana, Mel trataba de conjurar sus preocupaciones para compartir el entusiasmo de Zoé por estar allí en vez de viajando con su madre por la Toscana. Pero no se sentía capaz. No se podía culpar de haber mentido adrede, pero sí de haber permitido que Vann desconociera la verdad con respecto a Zoé. Y con la niña todo el día presente, se multiplicaban las posibilidades de que esta dijera algo que despertara las sospechas de su padre y anfitrión. ¿Qué podía hacer? ¿Decírselo en tono casual? Por cierto..., Zoé es hija tuya. Sonaba demasiado trivial. ¿Y cómo reaccionaría él?, se preguntó con ansiedad.

-Voy a bañarme en la piscina -anunció Zoé, con el bañador cubierto por un juvenil pareo-. Vann dice que va a enseñarme a nadar

a estilo mariposa. ¿Nos acompañas?

-No -contestó Mel, sintiendo el comienzo de una migraña-. Id vosotros dos. Me duele la cabeza.

-Siempre dices lo mismo cuando pretendes escabullirte -se quejó Zoé con el ceño fruncido.

-¡Eso no es verdad! -respondió Mel con demasiada acritud.

-¿De que estás acusando a tu madre? -intervino Vann, procedente de su habitación con el bañador puesto.

-De no querer bañarse con nosotros -explicó Zoé algo avergonzada-. Dice que le duele la cabeza.

-Pues será verdad, ¿no te parece? Y creo que se merece una disculpa por tu parte, ¿verdad? -le dijo a la niña con una mirada penetrante.

-Lo siento, mami.

Mel y Vann intercambiaron una mirada.

-Vete a la piscina -le dijo Vann a Zoé-. Me reuniré contigo dentro de un instante -la niña obedeció, marcando el paso sobre el suelo de mármol-. Puede que darte un baño te ayude a despejarte. ¿Qué opinas, Mel?

Era tan fácil dejarse convencer por él, que al cabo de unos minutos ella ya se había puesto un bikini verde y flotaba en la piscina boca arriba, relajándose. Y su dolor de cabeza había disminuido, se dijo, mientras escuchaba las instrucciones que Vann le daba a Zoé, en medio de bromas y risotadas. Mel pensó en lo bien que se estaba portando su anfitrión con Zoé. El día anterior por la mañana habían estado los tres haciendo esquí acuático y por la tarde Marco se había llevado a Zoé a una granja cercana para que pudiera montar a caballo, junto a su nieto de once años.

En cuanto a los problemas de ella, estaba sorprendida de que él hubiera podido resolverlos con tanta diligencia: las transferencias de dinero y la petición de pasaporte, fundamentalmente.

-Ten cuidado con tu preciosa piel -dijo él emergiendo a su lado-, o me veré obligado a aplicarte una loción hidratante. Y ya sabes lo que pasó la última vez.

Mel se sintió estremecida por una punzada de deseo, tan intenso que estuvo a punto de hundirse, si no hubiera sido porque él la sostuvo. Pero el contacto físico resultaba demasiado erótico, sobre todo después de los días de abstinencia, y ella se escabulló de sus brazos para nadar hacia el lado opuesto de la piscina.

Zoé nadó hacia su madre, con una mirada intencionada.

-Piénsalo -dijo-. Si te casaras con él, se convertiría en mi padre.

A Mel se le hizo un nudo en el estómago.

-Cambia de idea -repuso.

Vann se presentó junto a ellas.

-Ya la has oído, Zoé. No hay ni la menor posibilidad de que lleguemos a casarnos.

A Mel se le cayó el alma a los pies mientras observaba cómo él salía de la piscina y se secaba con una toalla.

¿La había escuchado y por eso había dicho lo que había dicho? ¿O sólo había aprovechado la oportunidad para dejar bien claro que entre ellos sólo había una relación sin ataduras? Convencida de lo último, se puso a nadar de nuevo para combatir una tremenda angustia.

Al día siguiente, Vann había hecho planes para llevar a Quintina a Positano para hacer unas compras, y Zoé decidió irse con ellos. Se pusieron de acuerdo para que Marco las trajera de vuelta, lo cual significaba que Vann se quedaba libre para volver solo a la casa en cuanto terminara de resolver sus asuntos en el pueblo. A Mel se le aceleró el pulso. Pero cuando los vio marcharse juntos, cuando vio cómo él bromeaba con ella y cómo le revolvía el pelo mientras ella reía tontamente, se le encogió el corazón. Deberían saberlo, pensó. Y volvió a jurarse que se lo diría... pronto. Sólo esperaba que Zoé no dijera nada que pusiera en funcionamiento los pensamientos de Vann. Cada vez que estaban los dos a solas suponía un nuevo riesgo que le ponía a Mel los nervios de punta. Aunque en ese caso, Zoé iba a pasar casi toda la mañana con Quintina mientras Vann se dedicaba a sus asuntos.

-Volveré en breve - había sido la despedida de Vann. Y ella se había estremecido interiormente anticipándose a lo que el brillo de sus ojos sugería.

Sin otro pensamiento que el de su regreso, Mel había corrido escaleras arriba para quitarse los pantalones cortos y la camiseta y ponerse la falda dorada y ocre de estilo gitano que había comprado la semana anterior y que tan bien entonaba con el color de su pelo. La combinó con una camisola de color limón que, como no llevaba sujetador, marcaba la rotunda redondez de sus senos. Unas sencillas sandalias de cintas de cuero hacían resaltar el color moreno de sus pies. Se puso un poco de maquillaje, de barra de labios y un toque de perfume. Se miró en el espejo y se sintió como si fuera una esclava sexual a punto de ser iniciada por el amo.

Se sobresaltó al oír el teléfono como si fuera una criminal a punto de cometer un delito.

Era la policía de Nápoles. Asombrosamente, habían encontrado su pasaporte y su cartera, completamente vacía a excepción de una foto. El agente hablaba un buen inglés y ella le dijo que iría a recogerlos.

-Gracias -musitó casi sin aliento antes de colgar.

Debería ponerse a hacer el equipaje, se reprochó a sí misma mientras escucha cómo el coche de Marco se ponía en marcha. En vez de acicalarse para seducir a un hombre que realmente no la deseaba.

A los cinco minutos de desaparecer Mel, oyó cómo se acercaba el coche de Vann. Lo esperó en lo alto de las escaleras, convencida de que él desearía hacer el amor tanto como ella. Pero cuando lo vio llegar, con el rostro desencajado, supo que algo había ido mal.

-¿Qué ha pasado? -preguntó preocupada.

Pero él estaba pálido y la dureza de su boca casi le dio miedo.

-Vaya, vaya, Mel -dijo con los puños apretados-. ¿Llevas ropa interior o estás esperando a que yo lo descubra por mí mismo?

-Vann... ¿Qué pasa?

-¿No es eso lo que quieres que haga, Mel?

-No... -sí era lo que quería, pero no comprendía lo que pasaba.

-Sí, Melissa, eso es lo que yo creo. Pero me parece que no se te da nada bien decirme la verdad, ¿me equivoco?

-¡No! -gritó Mel.

-Sí -respondió Vann, viéndola consternada-. Afortunadamente, tu hija ha decidido no seguir tus pasos.

Mel no necesitaba preguntarle a qué se refería. Había llegado el momento que había temido durante tanto tiempo.

-¡Hay una gran diferencia entre acabar de cumplir doce años e ir a cumplir trece dentro de tres semanas! -le espetó él-. No me habría enterado si no se lo hubiera escuchado contar a Quintina, inocentemente. Eso significa que nació a los sietes meses de que tú y yo... -él perdió la voz con aspecto herido y desconcertado, tratando de asimilar-. A no ser que ya estuvieras encinta cuando hicimos el amor aquella noche -dijo respirando con dificultad-. Es hija mía, ¿verdad? -preguntó agarrándola fuertemente por los hombros-. Es mía, ¿no? -insistió.

Ella se sintió presa de un miedo irracional. Podía negarlo, dejarle creer que ya había estado encinta, como él acababa de sugerir. Pero ya bastaba de engaños, se dijo, soltando un pequeño suspiro mientras dejaba caer los hombros.

-Iba a contártelo, pero nunca parecía encontrar el momento. Nació prematura y salió adelante a duras penas.

-¿Por qué no me lo contaste? ¿Inmediatamente? ¿En cuanto lo supiste? -preguntó él sin acabar de comprender.

-No pensé que querrías saberlo. Especialmente después de haberte mandado una nota.

-La nota...

-¿Recibiste mi nota? -preguntó ella, incrédula.

-Sí -afirmó él secamente mientras la soltaba-. No pudiste aguantarte, ¿eh?

Sus palabras le produjeron un escalofrío. Lo sabía, había sido una tontería escribir aquella nota.

-¿Qué pensaste cuando supiste que estabas embarazada? ¿Que habías quemado los puentes? ¿O fue tu orgullo lo que te impidió buscarme para decírmelo? Perdiste una buena ocasión, Mel, podrías haber conseguido un padre en ese momento.

-¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Pensabas que iría detrás de tu dinero?

-No -dijo él soltando un prolongado suspiro-. Pero pensaba que no existía ningún riesgo por meterme en la cama con Lissa Ratcliffe.

-Sheraton -aclaró ella.

-¿Qué?

-Kelly y yo teníamos padres diferentes. Kelly se apellidaba Ratcliffe y yo Sheraton.

-Entonces... ¿tampoco ha existido ningún marido? -preguntó él, incrédulo.

Ella meneó la cabeza, contrita.

-Me dejaste pensar que lo había habido. Me has mentido. Me has mentido en todo. Sobre quién eras tú. Sobre Zoé.

Él la miraba como si ya no supiera quién era ella y Mel no podía soportarlo.

-De acuerdo -admitió con auténticos remordimientos-, te mentí sobre habernos conocido con anterioridad, pero me sentía fatal -¿y cómo debería sentirse?, pensó, le había escrito una carta y él no había respondido-. Pero no te he mentido directamente sobre ninguna otra cosa. Cuando me preguntaste por la edad de Zoé, te dije... ya no me acuerdo lo que te dije... pero-fuiste tú el que supusiste que acababa de cumplir doce años. Tampoco llegué a decirte en ningún momento que había estado casada, pero... ¡tú lo supusiste! ¡Creíste lo que quisiste creer!

-Y tú me dejaste. Incluso permitiste que ignorara que tenía una hija. ¿No te dabas cuenta de que yo tenía derecho a saber? ¿No pensabas que también Zoé tenía derecho a saberlo? -la acusó.

-¡Para ya!

-¿Qué es lo que le has contado a Zoé? ¿Qué es lo que le cuentas cuando ella pregunta? ¿Que no sabes quién es su padre? ¿O te has inventado alguna otra historia para embobarla y engañarla?

-¡No! -su propia furia le devolvió las fuerzas-. Nunca le he mentido. ¿Cómo te atreves a acusarme de algo así? Si quieres saber la verdad te diré que ella sabe que su padre fue alguien a quien conocí muy poco,

pero no sabe nada de las circunstancias en que fue concebida ni sobre tu identidad. Pero siempre le he dicho que había sido un hombre muy especial y que ella debería sentirse orgullosa de él.

-Mel... -dijo él acercándose para abrazarla-. ¿Por qué no me lo contaste?

-Por aquel entonces no me encontraba nada bien -repuso ella apoyando la cabeza sobre uno de sus hombros-. Mi madre murió dos semanas después de Kelly.

-¿Qué? -dijo él mirándola, horrorizado.

-Salió en todos los periódicos. Todavía era noticia.

-No me enteré. Nadie me lo dijo. Estaba en Australia.

-Cuando murió, mi padre regresó de la nada e insistió en quedarse a vivir conmigo. Acepté porque actuaba como un autómata, pero al cabo de unas semanas me di cuenta de que sólo quería quedarse con la casa de mi madre. Vendí la casa, le di parte del dinero y me busqué un piso para mí sola con el resto. No le he vuelto a ver. Pero al menos tenía un hogar para mi bebé.

-Nuestro bebé -la corrigió Vann-. Pero no quisiste que lo supiera. ¿Por qué, Mel? Después de la intimidad que habíamos compartido, no quisiste que lo supiera.

-No lo sé -contestó ella rápidamente, evitando mirarlo a los ojos. Ni siquiera ella sabía por qué-. En todo caso, ¿qué habría cambiado si yo te hubiera escrito para decirte que iba a tener un hijo tuyo?

-¿Tú qué crees? Como ya te he dicho en alguna ocasión, creo que es mejor que los hijos tengan padre y madre.

Así pues, pensó Mel, él se hubiera hecho cargo del compromiso, se hubiera casado con ella y hubiera pagado los gastos, a pesar de que no la amaba. No estaba segura de haber podido soportar semejante situación.

-¿Y qué habría pasado si yo me hubiera opuesto?

-Hubiera encontrado la manera de llevarte ante el altar. La criatura era lo primero.

Era normal que él pensara así dada su educación italiana sobre la familia y el daño que sus propios padres le habían hecho.

-¿Y ahora? -se aventuró Mel tentativamente.

-Quiero conocer a mi hija -dijo él con autoridad, soltándola de repente-. Lo cual significa que, cuando tengas que volver al trabajo, ella se quedará aquí conmigo hasta el final de las vacaciones escolares.

-¡No! -exclamó Mel con celos posesivos. Sin embargo, tendría que habérselo imaginado. Durante los últimos catorce años ambos habían madurado y ella ya no era aquella adolescente desvalida, sino toda una mujer de éxito e independiente que no necesitaba el apoyo de un

marido.

-Sí, Melissa -contraatacó él-. Vas a dejarme que participe a partes iguales en la vida de mi hija y vas a darle a Zoé la oportunidad de conocer a su padre... un poco tarde. Aunque estoy seguro de que coincides conmigo en que es mejor tarde que nunca, por lo que lo primero que vas a hacer es contarle quién soy yo.

-¡No! -exclamó ella temerosa.

-Si no lo haces de buena gana -la amenazó él-, me ocuparé personalmente de que así sea.

-De acuerdo -dijo ella levantando las manos como si quisiera apartar de su mente algo horrendo-. Pero tienes que dejarme que lo haga a mi modo, que me tome mi tiempo -suplicó.

El timbre del teléfono sonando desde el salón la sobresaltó.

-El momento ha llegado, Melissa -dijo él, apresurando el paso para contestar.

Capítulo 8

-¿Por qué no me lo has contado antes? -preguntó Zoé con un tono de censura muy parecido al de Vann, una vez hubo conocido toda la historia-. ¿Por qué no me has permitido que lo supiera?

Al principio la adolescente se había mostrado casi incrédula, con lágrimas de alegría, pero luego había pasado al severo reproche.

-Fue un encuentro de una sola noche -trató de explicar Mel amablemente-. Jamás pensé que él quisiera saberlo, que él quisiera estar con nosotras -«y tampoco quería que te sintieras rechazada», pensó con dolor al tiempo que hablaba.

-Deberías habérmelo contado -la amonestó Zoé mientras paseaban por el jardín, escuchando a lo lejos el sonido de la azada de Marco-. ¿Lo amabas?

-¡Zoé, sólo tenía dieciocho años! -dijo Mel sin saber qué contestar.

-Pero debiste amarlo para irte con él a la cama -repuso Zoé haciendo gala de su madurez precoz.

-Sí, lo amaba.

-¿Lo amas todavía?

-La gente cambia -dijo Mel, conteniendo el aliento, incapaz de mirar a su hija a los ojos.

-Yo creí que cuando alguien se enamoraba de verdad era para siempre -replicó Zoé-. Tú siempre me lo has dicho.

-No exactamente -repuso Mel, decidiendo que su hija estaba confundiendo el amor físico con la voluntad de establecer un compromiso basado en el matrimonio-. Es maravilloso que llegue a ser así, pero la vida impone su propio ritmo. Además, tiene que ser un amor correspondido.

-Estás saliendo con él -dijo la niña después de pensárselo un rato con el ceño fruncido-. Y él nos ha invitado a estar aquí. Pensé que...

-Sólo somos sus huéspedes, Zoé -dijo Mel, a sabiendas que su hija aún no sería capaz de comprender las complejidades de las relaciones entre adultos-. No le des mayor importancia.

-Pues yo creo que debes gustarle más que sus novias anteriores.

Era una afirmación inocente, pero muy dolorosa para Mel.

-¿Por qué?

-Por mí.

Mel le pasó un brazo por los hombros, apenada por la ingenuidad de su hija. Si las cosas fueran tan fáciles...

-Él me ha dicho que quiere conocerte mejor. Me ha pedido que te quedes... cuando yo me vaya.

-¿Qué? -dijo Zoé entusiasmada-. ¿Yo sola con él?

Mel deseó poder compartir la alegría de su hija, sentirse feliz de

que ella hubiera encontrado finalmente a su padre. En realidad, sí estaba contenta por lo sucedido, se dijo, pero no podía evitar que la embargara una desagradable sensación de tortuosa ansiedad.

-Me ha sugerido que te quedes hasta el final de las vacaciones escolares, pero yo quiero que regreses antes.

-¿Por qué? -preguntó Zoé con rebeldía.

-Porque tienes que prepararte para volver al colegio -improvisó Mel rápidamente.

-Para eso sobra con un solo día. Sólo quieres que regrese antes para no estar sola -la acusó la niña injustamente-. El es mi padre y si quiere que me quede más tiempo, me quedaré -añadió cruzándose de brazos y con gesto obstinado.

-La custodia legal es mía todavía -dijo Mel con énfasis, deseando no tener que enfrentarse a su hija-. Y cuando te digo que vas a regresar a casa, es que vas a regresar.

Pero al final, tanto padre como hija se habían mostrado firmes, y a Mel no le había quedado más remedio que ceder.

-¿Está tu hija todavía en Italia? -preguntó Jonathan una mañana de finales del mes de agosto, entrando en la oficina de Mel mientras esta regaba las plantas. Aunque no lo había preguntado expresamente, su jefe pensaba que estaba con Karen, y Mel había sido incapaz de aclararle las cosas. Tampoco le había dicho, porque la ocasión no se había presentado, que había pasado la última semana de vacaciones en casa de Vann.

-Sí, allí sigue -respondió-, pero regresa mañana.

Iba a recoger a Zoé en el aeropuerto a media mañana y contaba los segundos que quedaban. Había sido la primera vez que Zoé había celebrado un cumpleaños lejos de ella y Mel la había echado de menos hasta límites inconcebibles durante todo un mes.

-En ese caso, ¿por qué no salimos esta noche a cenar para celebrarlo?

-¿Celebrar?

-He reservado mesa en un restaurante especial.

-¿De veras? -preguntó ella sonriente-. ¿Qué celebramos?

-Que Vann ha aceptado trabajar con nosotros. Hoy mismo hemos recibido la orden para poner en marcha la campaña de Heywood -dijo admirando con sus ojos grises el perfecto atuendo de Mel-. Sé que no fui del todo amable contigo mientras estábamos en Italia, pero comprendo que ese hombre es capaz de impresionar a cualquier mujer. ¿Lo consiguió? Al fin y al cabo, fui yo quien os empujó el uno hacia el otro -él llevaba un elegante traje gris oscuro, con camisa azul y corbata de rayas grises, y parecía contento. Seguramente porque

pensaba que Vann había desaparecido del mapa-. Me gustaría felicitarte Mel. Buen trabajo.

Ella trató de no desvelar sus sentimientos adoptando una máscara de profesionalidad y asumiendo las buenas noticias con calma, así como la invitación de Jonathan a cenar.

¿Por qué iba a privarse de celebrarlo?, pensó, una vez él se hubo marchado. La costumbre de pasar la velada en casa pensando en Vann sólo conducía al desastre, y eso era exactamente lo que había estado haciendo desde que había vuelto a casa.

Durante los últimos días en Italia, él se había mostrado cortés e incluso amable, pero su principal interés había consistido en lanzarse de lleno a asumir su nueva paternidad con tanta alegría y entusiasmo que había quedado claro que sus sentimientos eran genuinos. Una tarde las había llevado hasta Ravello, un pueblo de la montaña, para escuchar un concierto de música clásica en el jardín de un edificio histórico.

Habían pasado muchas horas en el yate aprendiendo las lecciones básicas de la navegación a vela. Otro de los días habían ido de picnic a una playa privada y habían lanzado piedras planas sobre la superficie del agua para que saltaran, jugando a ver quién llegaba más lejos, como una familia normal y corriente. Pero el amante desinhibido de la semana anterior había desaparecido bajo una férrea disciplina que había torturado a Mel.

Y cuando había llegado el día de su marcha, él la había llevado al aeropuerto solo, puesto que Zoé había decidido quedarse con Quintina y Marco para cuidar los olivos. Durante el viaje su conversación había sido casual e intrascendente y sólo cuando ella estuvo a punto de cruzar el arco de seguridad, él la había tomado en brazos para darle un beso que únicamente podía significar que todo había acabado entre ellos.

Mel se obligó a seguir trabajando, haciendo caso omiso a la sensación de vacío que la había invadido desde ese día.

Ella seguía siendo la misma mujer confiada e independiente de siempre, se dijo con firmeza, pero no podía engañarse del todo, aunque fuera capaz de engañar al mundo entero. Volver a ver a Vann había cambiado su vida por completo.

No le apetecía salir con Jonathan aquella noche y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para arreglarse. Se había aplicado el maquillaje y secado el pelo, pero aún estaba en albornoz cuando sonó el timbre de la puerta a las siete.

¡Maldita sea!, pensó, preguntándose por qué él llegaba tan temprano, pero cuando abrió la puerta soltó un grito de sorpresa y

alegría.

-¡Zoé! ¿Qué haces...? -empezó a decir inclinándose un poco para que hija pudiera abrazarla. Pero fue la figura familiar del hombre que estaba detrás de ella la que atrajo de inmediato su incrédula sorpresa-. ¡Vann!

-Hola, Mel -se limitó él a saludarla con una cálida sonrisa mientras seguía a la niña hacia el interior de la casa.

-¿Qué... qué estás haciendo aquí? -balbuceó ella mientras Zoé los abandona para irse directamente a la cocina, como hacía siempre.

-Tenía que venir a Londres -dijo él-. ¿No habrás pensado que iba a dejar que nuestra hija viajara sola, verdad? Sólo hemos tenido que adelantar el viaje un día. Supongo que no hay problema -añadió estudiando el buen gusto con el que estaba decorado el vestíbulo de la casa.

-Ninguno -repuso ella, sin darse todavía cuenta de que su mera presencia generaba en ella una auténtica necesidad de arrojarse entre sus brazos, enterrar la cabeza en su pecho y quejarse de lo mucho que lo había echado de menos.

-Estás preciosa -susurró él.

«Y tú estás irresistible», pensó ella mientras Zoé gritaba desde la cocina.

-¡Mamá, no hay nada en la nevera!

-¿Has estado comiendo como Dios manda? -preguntó Vann, solícito.

-¡Busca en el armario! -gritó Mel de vuelta. Allí guardaba el chocolate favorito de Zoé-. Había pensado en hacer la compra mañana, al regreso del aeropuerto -le explicó a Vann-. Y sí, he estado comiendo sanamente -añadió-, además tengo que salir...

« ¡Dios, Jonathan!», recordó.

-¿Sí?

-Iba a salir a cenar -aclaró ella, pensando en que, dadas las circunstancias, no tendría más remedio que cancelar la cena.

-¿Una cita? -preguntó Vann mientras ella se dirigía al teléfono.

-Negocios, fundamentalmente.

-Me lo imagino. El servil Jonathan:

-¡No es servil! -le espetó Mel, decidida a no tolerar insultos que pudieran dejarla en mal lugar.

-¡Así que se trata de él!

-Sí, había quedado con Jonathan -dijo ella con cierta satisfacción-. Va a venir a buscarme a las siete y media.

-Entonces, es obvio que vas a tener que decepcionarlo -advirtió él con una firmeza que se traslucía a través de un tono de voz suave-. Y

como, al parecer, no tienes nada en la nevera para dar de cenar a tu hija, creo que lo mejor será que ambas cenéis fuera conmigo.

-No puedo... -protestó Mel. La mera idea de pasar tiempo en su compañía, amándolo sin esperanza, era suficiente para hacerla saltar en pedazos.

-¡Mamá!, ¿no hay nada más?, ¡me muero de hambre!

-Lo mejor es que le llames ya, Mel -dijo Vann, haciendo un gesto hacia el teléfono.

Jonathan no se tomó demasiado deportivamente que Vann hubiera aparecido para arruinar su cita. Ya estaba en el coche de camino a la casa de Mel cuando recibió la llamada.

-¿Qué quiere decir eso de que Capella ha aparecido con Zoe? Pensé que tu hija no llegaba hasta mañana. ¿Qué tiene que ver Vann en todo esto?

-Prefiero no hablar de ello ahora -repuso Mel, consciente de que sería mejor dar explicaciones sin tener la atenta mirada de Vann clavada sobre ella. Además, tampoco le parecía buena idea soltarle a Jonathan la verdad mientras conducía.

-¡Acabas de cancelar nuestra cita y quiero saber por qué ahora mismo! -insistió la voz del director ejecutivo mientras Mel apretaba los labios y le echaba una mirada a Vann, que él comprendió perfectamente dejándola sola-. Creí que todo había terminado entre ese tipo y tú. Sabes perfectamente que jamás conseguirás establecer con él una relación seria, así que... ¿por qué te involucras tanto? ¿Y qué pasa con Zoo?

-Vann es su padre, Jonathan.

-¿Qué? Deberías habérmelo contado.

-Acabo de hacerlo -repuso ella sin ser del todo justa antes de colgar el teléfono.

Jonathan se merecía un mejor trato, pero ella estaba demasiado impresionada por la aparición de Vann. Lo oyó bromear con Zoo en la sala de estar. Ambos parecían relajados, disfrutando de su mutua compañía.

-¿Le has decepcionado, no? -preguntó secamente Vann cuando Mel se unió a ellos; Estaba cómodamente sentado con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

-No demasiado -mintió ella, contenta de que Zoo se hubiera marchado a su cuarto-. Teníamos cosas que discutir, pero pueden esperar.

-Me lo supongo -dijo él, aparentemente convencido de que ella mantenía una relación más seria de lo que realmente era con su jefe.

No pensaba sacarle de su error, decidió, luchando contra las ganas

de contarle que el único hombre importante de su vida era él. Pero guardó silencio sobre ese tema mientras aceptaba amablemente la invitación a cenar que él había propuesto.

Sien embargo, cuando llegó la hora de pagar la cuenta, ella insistió en compartir los gastos.

-¿Tienes miedo de perder tu preciada independencia si te dejas invitar? -preguntó él casi con sorna mientras Zoo se dirigía hacia los servicios-. No se trata de una cena de negocios y hoy no soy tu cliente. Me has negado la compañía de nuestra hija durante años y creo que debes concederme el capricho de pagar la cuenta.

Mel podía haber protestado de nuevo, pero algo en su forma de hablar le llegó al corazón y cedió.

Él pasó cuatro días en Londres, hospedado en el hotel West End, donde negociaba un trato con una empresa japonesa.

-¿Por qué no se ha quedado con nosotros? -había preguntado Zoé a la mañana siguiente de su regreso.

-Porque tiene que estar pendiente de sus negocios -había contestado Mel, sin atreverse a decir la verdad, que era que ella no lo había invitado, dado que él no parecía desearlo.

Desde aquel beso de despedida en el aeropuerto de Nápoles, él sólo había mostrado hacia ella una cortesía fría y contenida. Lo único que los ligaba ya era la existencia de Zoé, se dijo ella con dolor. El pasaba con la niña todo el tiempo que le permitían sus obligaciones.

Sin embargo, las veladas se tornaban agridulces para Mel. Algunos días habían cenado fuera y otros ella había cocinado en casa, como ese último día de la visita de Vann a Londres. Ni el humor compartido cuando Zoé se había ido a la cama, ni las apasionantes discusiones sobre libros o sucesos habían conseguido derribar la impenetrable barrera que se había establecido entre ellos. La situación resultaba tensa, sobre todo para ella, y especialmente aquella noche. Él tampoco estaba demasiado relajado. Era de suponer que la relación personal con la madre de su hija le había hecho pensar en complicaciones que no deseaba asumir. Pero Mel se alegraba de que Zoé fuera feliz. Al fin y al cabo, eso era lo único que importaba, se dijo.

La niña empezaba el colegio al día siguiente y lo normal habría sido que Mel la hubiera acompañado, pero se había levantado con un tremendo dolor de cabeza y había llamado a un taxi para llevar a Zoé antes de meterse en la cama después de haberse tomado dos calmantes.

El timbre de la puerta la despertó, el dolor de cabeza había desaparecido dejando tras de sí el típico mareo sin importancia. Mel acudió a la puerta descalza.

-¡Vann!

-¿Te encuentras bien? -preguntó él preocupado, viéndola en pijama-. Te he llamado a la oficina y Hannah me ha dicho que estabas enferma.

Ella asintió, abriendo un poco más la puerta para que él pudiera entrar. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿No se suponía que iba a tomar un avión esa mañana?

-Me dolía la cabeza -explicó, sin mencionar que se había pasado la noche en vela preguntándose si él tendría planes de volver a verla. De repente, se dio cuenta del horrible aspecto que debía presentar con el cabello revuelto y sin pizca de maquillaje.

-Nunca has estado más atractiva -dijo él dándose cuenta de que ella se sonrojaba.

-¿Por qué me llamaste a la oficina?

-Quería hablar contigo. A solas. Tenemos cosas que discutir.

-¿Como qué?

-Supongo que aún no has visto esto -dijo él mostrándole una revista sensacionalista abierta por cierta página. Allí había una foto de los tres mientras cenaban en un restaurante, tomada dos días antes.

Rápidamente, Mel agarró el periódico para leer el breve artículo. Lo decía todo. Quién era ella. Lo que había sucedido hacía catorce años. Las especulaciones sobre Zoé y la posible paternidad de Vann.

-No puedo creérmelo -dijo ella con cansancio-. ¿A quién le puede haber interesado airear todo esto?

-Simple sensacionalismo, eso es todo. Dejará de ser noticia en cuanto aparezca otro asunto más apetitoso.

-¿Dejará de ser noticia...? ¿Y qué pasa con Zoé? Hoy es su primer día en el colegio, seguro que estará sufriendo los comentarios de sus compañeros.

-No lo creo -repuso él con calma-. A diferencia de ti, ella no se ha empeñado en ocultar quién es su padre. Se lo ha estado contando a todo el mundo, tanto aquí como en Italia, así que a nadie le pillará por sorpresa. Ella parece estar muy orgullosa de mí, aunque tú no seas de la misma opinión, cariño. Supongo que tendría que hacerse público antes o después.

-Pero parece que yo me fui a la cama contigo a pesar de la muerte de Kelly. Como si eso no hubiera importado... -comentó ella avergonzada de que su secreto fuera a ser conocido por todos.

-La verdad, Mel...-dijo él soltando el periódico sobre una mesa-, es que lo hiciste.

Ese amargo comentario no la ayudó en lo más mínimo a superar su inquietud.

-Sabes que no fue exactamente así. La gente va a pensar...

-¡Al demonio con lo que la gente piense!

-La gente se cree lo que lee -contraatacó ella.

-De acuerdo -aceptó él después de pensárselo un rato, apretando los labios-. Creo que deberíamos casarnos.

-¿Qué? -exclamó ella mirándolo con incredulidad, sin creerse del todo lo que acababa de oír-. ¿Por ese artículo?

-No seas ridícula -repuso él-. Soy lo suficientemente duro como para soportar a la prensa. Ya pensaba proponértelo antes de leerlo.

¿De veras?, se preguntó ella sintiendo debilidad en las piernas.

-¿Por qué? ¿Por Zoé?

-¿No te parece razón suficiente? -preguntó él sin emoción.

« ¡No! ¡Yo quiero casarme con un hombre que me ame!», gritó una voz en su interior. « ¡Quiero que me ames!» Pero se limitó a mirarlo con recelo.

-¿Para legalizar su situación y todo eso?

-No me importan lo más mínimo la legalidad ni las apariencias. Lo que me preocupa es que nuestra hija tenga que estar constantemente yendo y viniendo de Inglaterra a Italia, porque con independencia de lo que creas, quiero pasar el mayor tiempo posible con ella. Me he perdido su niñez, pero no estoy dispuesto a perderme su adolescencia. Siempre estaré disponible cuando me necesite, con su madre o sin ella. Creo que podrás comprender mi punto de vista, si no eres demasiado egoísta. Deberías aceptar mi propuesta. Los niños necesitan tener un padre y una madre que vivan y trabajen juntos. Al menos mientras ella esté creciendo. Cuando se haya convertido en una persona adulta e independiente, puedes divorciarte de mí si quieres.

Y eso era todo, pensó Mel, torturada. Se podría decir que él estaba proponiendo un acuerdo empresarial. Firmar un contrato que dejaría de ser vigente en cuanto hubiera cumplido su propósito.

Durante unos instantes, Mel cerró los ojos, consciente de su aroma y proximidad, pensando en ceder a la tentación de aceptar la posibilidad de compartir su vida con él. Pero él no había dicho que la amara. Sus motivos parecían estar más bien relacionados con lo mucho que lo habían hecho sufrir sus propios padres. Y ella no podía casarse sólo por el bien de Zoé. Si lo hiciera, se le rompería el corazón en mil pedazos y se sentiría, si eso era posible, peor que en aquellos momentos.

-Pero yo no te amo -mintió agonizando interiormente, sin mostrar sus verdaderos sentimientos.

-Ni yo te lo pido -dijo él con frialdad-. Sólo quiero que me ayudes a proporcionar a Zoé un hogar cálido y seguro. Al fin y al cabo, nos

gustamos, ¿no? Coincidimos en cuestiones intelectuales y tenemos una relación estupenda en la cama.

Ella habría preferido que él no lo hubiera mencionado. El simple recuerdo del sexo compartido la había excitado.

-No niego que la relación fuera buena -dijo ella, resistiéndose a la tentación-, pero tampoco la calificaría de estupenda.

-¿Eso piensas? -contestó él burlonamente-. Quizá necesites que te lo recuerde.

-¡Vann, no! -gritó ella mientras él la rodeaba con los brazos.

Mel sucumbió porque todo su cuerpo deseaba al único hombre que sabía hacerla feliz.

Capítulo 9

ELLA estaba preparada para verse tratada con una cierta brutalidad, producto tanto del enfado de él como de la prolongada abstinencia de ambos. Pero descubrió con sorpresa que Vann mantenía todos sus gestos bajo un sereno control y gimió cuando él la besó en la boca con dulzura. Parecía dispuesto a tomarse todo el tiempo del mundo y fue conquistando el cuerpo de ella poco a poco y a base de ternura.

Ella gritó su nombre cuando él la penetró y empezó a sollozar mientras su cuerpo se convulsionaba en una serie de espasmos que los condujo hasta la cima del éxtasis.

Sin decir palabra, Vann se separó de ella, se levantó y se fue al cuarto de baño para darse una ducha. Regresó al cabo de unos minutos con una toalla arrollada a la cintura y la vio llorar.

-¿Debo entender eso como una respuesta, Mel?

¿Cómo podía explicarle ella que sólo lloraba porque estaba realmente conmovida? ¿Debía hacerlo acaso, sabiendo que él no la amaba? ¿Sabiendo que él tenía la capacidad de elevar a cualquier mujer hasta las máximas alturas del placer sin verse afectado por ello?

-Vann, yo... -¿qué podía decir? En ningún caso la verdad. Ya era suficientemente humillante saber que no podía resistirse a un hombre que no la amaba. Y si ella le permitía conocer sus verdaderos sentimientos, él utilizaría toda la fuerza de su convicción para que ella aceptara el matrimonio-, no puedo aceptar tu propuesta. Es demasiado pronto. Incluso pensando en Zoé. Además, tengo que atender mi carrera profesional... -eso era más fácil que decir la verdad.

-¡Y jamás permitirás que nada se interponga!

-¡Eso no es justo!

-¿Tú crees?

-¡No!

-No es sólo el trabajo, ¿verdad? Hay alguna otra razón que te impide casarte conmigo, ¿no? Creo que lo que te retiene debe ser algo más profundo. Sufres y ese sufrimiento puede acabar contigo si no haces algo para superarlo.

¿Qué había querido decir él exactamente?, se preguntó ella mientras él se vestía. ¿Pretendía insinuar qué ella tenía un problema con los hombres como ya había hecho anteriormente?

-Cuando te aclares -prosiguió él-, quizá quieras contármelo.

Después de esa frase, él salió de la habitación y al cabo de unos segundos ella oyó cerrarse la puerta de la calle.

Durante las siguientes semanas, Mel se sintió abatida. Sólo veía a Vann unos minutos cuando él aparecía para recoger a Zoé. Además, se

dio cuenta de que la niña estaba cambiando.

-Está muy poco comunicativa -le había confiado a su amiga Karen mientras tomaban el té en el hotel Ritz durante uno de los habituales viajes de la ex modelo a Londres para comprar ropa-, excepto cuando se trata de hablar de Vann. Está siempre pendiente de pasar los fines de semana con su padre, pero nunca me cuenta qué hacen. Puede que sea una tontería, pero me parece que la estoy perdiendo, Karen.

-Sólo hace lo que haría cualquier adolescente, Mel -le aseguró su amiga-. Y, en cuanto a Vann, te ha pedido que te cases con él y lo has rechazado, por lo que seguramente estará intentado demostrarte lo mucho que te pierdes. Por lo que me has contado, me da la impresión de que ese hombre está loco por ti, cariño -concluyó riendo-. Creo que ha habido más entre vosotros de lo que estás dispuesta a admitir, y estoy segura de que todavía lo hay.

Pero Karen no conocía a Vann ni sabía lo profundamente traumatizado que estaba por su propia niñez. Ella creía que Vann la consideraba una egoísta por no ceder a sus deseos de hacer lo que era mejor para Zoé. Lo cual no tenía nada que ver con las suposiciones amorosas de Karen.

Llegó la primera semana de vacaciones de Zoé y Vann decidió llevársela a Italia.

-No entiendo por qué tiene que pasar contigo las vacaciones completas -se quejó Mel mientras hacía la maleta de Zoé-. ¿No te parece que sería sano que pasara parte de su tiempo libre con su madre?

-¿Se lo has preguntado?

-¿Tú qué crees? Prefiere mil veces irse a Italia.

-Tú también puedes venir.

Ella le lanzó una rápida mirada.

-Sabes que eso es imposible -por una parte tenía que trabajar y, por otra, no quería dejarse manejar de ese modo.

-Pero podrías reunirte con nosotros a mediados de semana. Estaremos en Inglaterra, en Surrey -él le había contado ya que tenía negocios que atender-. Estoy seguro de que a los dos nos encantará que vengas.

Mel sabía que podía ir al trabajo por las mañanas y desplazarse a Surrey por la tardes para compartir con ellos la velada y pasar la noche en uno de los hoteles de cinco estrellas donde él solía alojarse. Pero la invitación había sido hecha en nombre de él y de Zoé, no había sido una propuesta íntima, y no quiso dejarse tentar.

-Es un plan demasiado complicado y, además, tengo mucho papeleo pendiente en la oficina.

-Mantengo la oferta -dijo él refiriéndose al matrimonio.

Mel contuvo el aliento y luchó contra todas y cada una de las moléculas de su cuerpo, que le pedían a gritos que cediera. Con una simple palabra sería suficiente...

-Creo recordar -dijo con amargura- que no fue la propuesta del siglo.

-Con una mujer tan obstinada como tú, pensé que las flores no serían adecuadas.

-Y por eso decidiste tratar de embaucarme.

-¿Eso es lo que piensas? ¿Que trato de embaucarte?

-Pues sí, eso creo. ¡A ninguna mujer le gusta que le digan que la quieren sólo por el bien de su hija!

-Bueno, está claro que no sólo me refería a eso. No soy un especialista en declaraciones amorosas, pero supón que te digo que quiero que te cases conmigo porque te quiero para mí, porque verte y no poder tenerte me está volviendo loco.

Mel deseó con toda su alma poder creerlo. Su mirada se fijó en la evidente turgencia en la entrepierna de Vann y ella se humedeció los labios. Así que eso era todo, pensó, puro sexo.

-¿Sabes lo que creo? Creo que serías capaz de decir cualquier cosa con tal de conseguir tu objetivo. Al fin y al cabo, no tienes nada que perder.

-Me perdería el respeto a mí mismo -dijo él-. No pienso suplicarte, Mel. Daría igual aunque lo hiciese, ¿verdad? -añadió tomando la maleta del asa-. ¡La verdad es que no me creerías ni aunque te lo escribiera con mi propia sangre!

Durante aquella semana, Mel procuró mantenerse ocupada, trabajó hasta tarde y salió a cenar con amigas o compañeras de trabajo. Cualquier cosa con tal de evitar el vacío de su casa. Pero nada de todo eso le impidió pensar en la clase de vida que estaría llevando si hubiera aceptado la proposición de Vann. Sin embargo, los dos matrimonios fallidos de su madre pesaban demasiado sobre su conciencia. Aunque, ¿no sería mejor aceptar las condiciones de Vann en vez de sufrir a solas?

Y, por si fuera poco, apenas había hablado con Zoé desde que esta se había marchado, lo cual no era normal. La adolescente tenía la costumbre de llamarla por teléfono cada dos por tres, pero parecía que Vann la estaba entreteniendo tanto que ni siquiera se había acordado de ella. Y Mel tampoco llamaba porque no quería convertirse en una madre posesiva.

Cuando llegó el jueves, Mel lloró como una niña al suponer que ya estarían en Surrey y que podría unirse a ellos si no fuera tan cabezota.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, pensando que era una mujer adulta y que tenía que respetar la libertad de Zoé, aunque eso supusiera irla perdiendo poco a poco.

De pronto sonó el teléfono y Mel supo, nada más oír a Zoé, que algo marchaba mal.

-¡Es papá! ¡Ha tenido un accidente! ¡He llamado a una ambulancia! ¡Es horrible, mamá, tienes que venir! -dijo Zoé entre sollozos.

-¿Qué tipo de accidente? -preguntó ella poniéndose en pie, asustada.

-Estaba mirando algo en el ático, después de que se hubieran marchado los albañiles. ¡Pero la escalera se rompió en mil pedazos mientras él bajaba! ¡Mamá, está tirado en el suelo y no se mueve!

No se movía..., pensó Mel con un escalofrío mientras intentaba entender la situación. ¿A qué ático se refería Zoé?

-¿Zoé, dónde estás?

Mel apuntó la dirección mientras trataba de calmar a su hija.

-Entonces, no estáis en un hotel...

-No, estamos en la casa de papá. Mamá, date prisa, por favor.

-¿Estás sola? -preguntó sin saber a qué casa se refería.

-No, ha venido un vecino que se ha ofrecido a acompañarme hasta que llegue la ambulancia.

-Voy para allá -dijo Mel sencillamente antes de colgar.

La salida de Londres tenía un tráfico terrible y Mel estaba impaciente por saber cómo se encontraba Vann realmente. Zoé había dicho que estaba inconsciente, pero ella no sabía desde qué altura había caído. ¿Estaría muerto? Hizo el viaje secándose las lágrimas de los ojos para poder ver la carretera. Lo amaba y si él desaparecía, sólo Zoé podría servirle de consuelo.

Abatida, recordó que él le había propuesto matrimonio en dos ocasiones y que ella, como una tonta, lo había rechazado. Y, probablemente, ya era demasiado tarde para reconsiderar las cosas. Intentó llamar a Zoé, pero se había dejado el teléfono en la oficina.

La niña le había dicho que estaban en su casa, pero ella no sabía que Vann tuviera una casa en Inglaterra. ¿Se lo habría contado él alguna vez sin que ella prestara atención?

Finalmente llegó a la dirección facilitada por su hija y se asombró al ver la antigua casa solariega que, al parecer, era propiedad de Vann. Era lo suficientemente grande como dejarle a uno sin aliento, pero no tanto como para parecer ostentosa.

Aparcó, se dirigió a la puerta principal y llamó. ¿Se habría marchado Zoé con la ambulancia? ¿Estaría allí el vecino para darle las malas noticias? Pasó unos momentos de auténtico pánico, hasta que

Zoé abrió la puerta con aspecto aliviado.

-¡Mamá! ¡He intentado llamarte, pero tenías el teléfono desconectado!

-¿Por qué? ¿Cómo está él, Zoé? ¡Dímelo!

Capítulo 10

ESTÁ bien -dijo Zoé-, está bien. Por eso he intentado llamarte.

Se oyó un ruido y Mel alzó la vista. -¡Vann!

Vestido con pantalón y camisa vaquera, él acababa de salir de una de las espaciosas habitaciones que daban un vestíbulo, con toda su potencia viril incólume. No estaba muerto, sino muy vivo.

-¿Lloras, Mel? ¿Por mí? No puedo creérmelo.

-Pensé que... -se detuvo porque no podía seguir hablando y Vann hizo un gesto a Zoé para que los dejara solos.

-Me subo a mi habitación a ver un vídeo increíble que me ha regalado papá -dijo la niña, como si hubiera tomado una decisión propia-. Me alegro mucho de que hayas venido, mamá, me alegro mucho -añadió antes de alejarse.

Con los ojos empañados, Mel observó a su hija subir las escaleras. Toda la casa olía a madera nueva y a pintura fresca.

-Zoé me dijo que estabas herido -señaló Mel, mirándolo.

-Se ha asustado demasiado -repuso él con un gesto de dolor.

-¡No estás bien! -exclamó Mel-. ¿Por qué no estás en un hospital? Zoé...

-No pasa nada -la apaciguó él mientras se dejaba conducir a uno de los sofás que había en el salón-, me encuentro bien, no necesito atención médica. Zoé sintió pánico.

-Pero me dijo que estabas inconsciente...

-He pasado por muchos malos momentos en mi vida, pero siempre me recupero -contestó el con cierto cinismo que molestó a Mel.

-Vann, por favor...

-¿No irás a ponerte sentimental conmigo ahora, no? No es tu estilo.

Ella miró hacia otro lado, dándose cuenta por primera vez de la magnífica decoración.

-Supongo que querrás llevarte a Zoé -prosiguió él, removiéndose en el asiento con muecas de dolor.

-¿Por qué? ¿Cómo se te ocurre semejante cosa?

-¿No es a eso a lo que has venido?

-No -estuvo a punto de confesar que quería quedarse para cuidarlo, pero se controló a tiempo. No quería descubrir sus sentimientos mientras él mantuviera esa actitud sarcástica-. Zoé me dijo que había pedido una ambulancia. ¿La cancelaste?

-¡Por supuesto! Ella insistió, pero yo me negué. En cualquier caso, pensaba llevártela mañana. Han surgido una serie de cosas que pueden obligarme a mantenerme fuera... indefinidamente. Mandaré a buscarla de vez en cuando, no quiero perder el contacto con ella. Pero creo que tenías razón en cuanto a lo del matrimonio, no debería haber

intentado forzarte sabiendo que no lo deseabas. Me equivoqué al pensar que podría hacerte cambiar de opinión, pero la verdad es que nunca has llegado a perdonarme... ¿verdad, Mel?

-¿Porqué?

-Por lo de tu madre, por lo de tu hermana. Después de la nota que me dejaste aquella noche, dando por sentado que no querías volver a verme...

-¿Qué? -lo interrumpió ella sin comprender.

-«Gracias, pero no» -citó él de memoria-. Yo hubiera querido volver a verte, pero me cerraste claramente el camino.

-¡Yo no escribí eso! Te dejé mi número de teléfono y escribí un par de comentarios sobre lo nuestro, pero nunca usé semejantes palabras.

-Venga, cariño, puedo entender que en aquellos momentos de dolor...

-¡Yo jamás escribí eso! Nunca había sentido lo que sentí contigo y quise escribirte unas líneas contándotelo. Pensaba dejarte sólo mi número de teléfono, pero cuando empecé a escribir no pude parar. Te dije que esa noche había perdido la virginidad contigo y que había sido algo especial. También te dije que sentía mucho todas las penalidades por las que habías pasado y que deseaba volver a verte pronto. Pero cuando vi que no me contestabas, pensé que te había ahuyentado. Pensé que me había comportado como una adolescente inmadura y no como a ti te habría gustado. ¡Pero nunca escribí las palabras que has mencionado!

-Entonces... -dijo él abriéndose paso entre la incredulidad-, si no fuiste tú... ¿quién...?

-No lo sé. Le dejé la nota a Bern Clayton para que te la entregara.

-Clayton -dijo Vann, comprendiendo al fin-. Fue él, estoy seguro, imitaría tu letra en el papel timbrado del hotel. Habíamos tenido una pelea porque yo quería cancelar la gira de Australia y él quería seguir llenándose los bolsillos. Si yo hubiera tenido una buena razón para quedarme en Inglaterra, nunca habría podido convencerme para seguir adelante.

-¿Quieres decir que has estado convencido de que yo no quería volver a verte durante todos estos años? -preguntó ella, incapaz de entender cómo nadie podía ser tan ruin-. Ya me explico por qué no intentaste ponerte en contacto conmigo...

-Lo hice.

-¿Lo hiciste? ¿Cuándo?

-Unos meses más tarde. Cuando regresamos de Australia, localicé la dirección donde había vivido Kelly, pero la casa tenía nuevos propietarios y nadie había oído hablar de Lissa Ratcliffe. No sabía que

Kelly sólo era tu hermanastra y que tu nombre no era Lissa.

Entonces, se dijo Mel, él sí había ido a buscarla. ¡Qué diferente habría sido todo si hubiera podido encontrarla!

-¿Por eso quisiste mantener las distancias conmigo en Italia? ¿Porque pensaste que había hecho caso omiso de tu carta? -dijo él con una nueva mueca de dolor.

-¡Estás herido! -exclamó ella.

-¡Al diablo con mi caída! -repuso él lanzándose sobre ella para abrazarla-. Mi amor..., pobrecita -añadió con mucho sentimiento mientras le acariciaba el pelo-. ¿Qué no habrás pensado de mí? ¿No sabes que estoy loco por ti? ¿Que siempre lo he estado?

-Vann... -ella no podía creerse lo que estaba oyendo, pero era perfectamente consciente de cómo su cuerpo reaccionaba ante su cálido abrazo.

-Por eso me resultaba imposible convencerte de que lo que había entre nosotros no era sólo sexo. Que había mucho más, por ambas partes. Porque tú me amas, ¿no?

-Sí.

-Dímelo con todas las letras, necesito oírlo.

-¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!

-¿Entonces por qué has puesto tanto empeño en convencerte de lo contrario? -preguntó él con el corazón dolorido mientras enterraba la cabeza en su hombro.

-No lo sé -admitió ella dócilmente-. Tenía miedo.

-¿De qué?

-No lo sé. De muchas cosas. Pensaba que sólo querías casarte conmigo por el bien de Zoé.

-¿Sólo por Zoé? Quería casarme contigo porque te amo, tan simple como eso. ¿Cómo has podido pensar que sería capaz de casarme con alguien a quien no amara? ¿Cómo has podido pensar que me pudiera importar más la legalidad del matrimonio que la felicidad de nosotros dos..., no, tres?

-Pero me dijiste que podría divorciarme de ti en cuanto Zoé fuera mayor.

Él frunció el ceño, pero luego soltó una risotada.

-¡Qué tontería! Te dije eso porque había llegado al límite y creía que jamás iba a poder convencerte. Era un hombre desesperado.

-Yo no me habría negado si hubiera conocido tus sentimientos.

-¿Me crees ahora?

-Lo único que tienes que hacer es repetírmelo muchas veces -repuso ella besándolo.

-Te amo, Mel -dijo él estrechando el abrazo-. Con el corazón, con la

cabeza, con todo mi cuerpo. Creo que me enamoré la misma noche que apareciste por el hotel, pero sólo lo constaté cuando recibí aquella terrible nota. Esa noche me diste algo en lo que creer. Estabas terriblemente dolida, pero demostraste tener un coraje impresionante. Y me trataste como a un ser humano, no como a un ídolo fabuloso. Por eso quería volver a verte, porque sabía que eras capaz de amarme. Cuando nos volvimos a encontrar en la playa de Positano no te reconocí, pero sentí que se había establecido una fuerte corriente entre nosotros, algo que merecía la pena ser tenido en cuenta. Después descubrí la verdad sobre Zoé y me enfadé contigo por no habérmelo dicho, pero creí comprender que yo no te interesaba realmente.

-Tenía miedo de decírtelo, de perderla. Vann, he estado tan confusa...

-Te entiendo, mi amor -dijo él acunándola-. Por eso me he mostrado cabezota algunas veces, tenía la sensación de que estabas desorientada y de que alguien debía tomar las riendas de tu vida. Y, en cuanto a Zoé, nunca he querido separarla de ti, sólo compartirla. Por eso compré esta casa no hace mucho. Pensaba en la posibilidad de crear un hogar para los tres. Quería darte una sorpresa después de terminar las reparaciones. No está lejos de Londres y tú podrías haber seguido trabajando. Zoé me ha animado mucho.

Mel recordó el secretismo de su hija durante las últimas semanas y miró con afecto hacia el que debía ser su cuarto. Había pensado que la niña no quería estar con ella, y en vez de eso sólo había estado haciendo planes para crear un verdadero hogar.

-Espérate a que vuelva a verla cara a cara -bromeó-. ¡Y el trabajo pienso dejarlo! -dijo descubriendo lo poco que realmente le había importado su vida profesional-. Iré a todas partes contigo, a la luna si hace falta. O me quedaré aquí para mantener viva la llama del hogar, lo que tú prefieras.

Él levantó las manos, riendo.

-¡Eh, para un poco! ¿Estoy oyendo hablar a la señorita Sheraton? Nunca te pediría tanto. Creo que no serías del todo feliz si no mantuvieras viva tu parcela creativa y tus dotes para hacer negocios. Lo único que necesito es que mantengas caliente la cama del amo y que le dejes ser el padre de tus hijos.

-¿Eso es todo? -dijo ella sintiendo una punzada de deseo-. Es una pena que no podamos empezar ahora mismo -añadió metiéndole las manos por debajo de la camisa.

-¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

-Nada me gustaría más que concebir un hijo ahora mismo, para verlo crecer juntos esta vez. Zoé se entusiasmará con la idea. Pero

dijiste que tenías que marcharte fuera...

-Sólo para celebrar nuestra luna de miel.

-Pero dijiste...

-Lo que quise decir es que había surgido algo urgente en una de mis empresas europeas y que cabía la posibilidad de que tuviera que pasar mucho tiempo lejos. Lo cual pensaba hacer hasta que llegaste y me demostraste lo mucho que te importaba. Había perdido la esperanza. Hubiera mantenido el contacto con Zoé, pero no me sentía preparado para verte y no poder tenerte. Pero dado el rumbo que han tomado las cosas...

-¿Sí?

-Dado el rumbo que han tomado las cosas, me sentiré muy feliz cuando delegue parte de mis responsabilidades en mi director general. Creo que vas a tener que ayudarme, cariño, siento una cierta presión en alguna parte de mi cuerpo.

-¡Estás herido! -rió ella, dándose cuenta de qué era a lo que él se refería.

-Pero no he perdido las manos, ¿verdad? -dijo él con una sonrisa maliciosa-. Y tú tampoco -añadió mirándola de arriba abajo con adoración-. Además, ese vídeo va tardar por lo menos una hora más en acabarse.

Y, de pronto, ella se vio sobre el regazo de él, sujeta por sus brazos, y presta para recibir ávidamente la lengua de Vann en su boca.

-Mel -susurró él-, Lissa, mi preciosa Melissa. No me lo estoy imaginando, ¿verdad? ¿Aceptas casarte conmigo?

Ella encontró dificultades para responder porque las manos de él estaban recorriendo su cuerpo provocándole una intensa reacción de placer. Recordó brevemente el dolor de los años perdidos por una infamia y finalmente se decidió a aceptar.

-Sí -murmuró-. Sí, por favor.

Elizabeth Power - Amor secreto (Harlequín by Mariquiña)